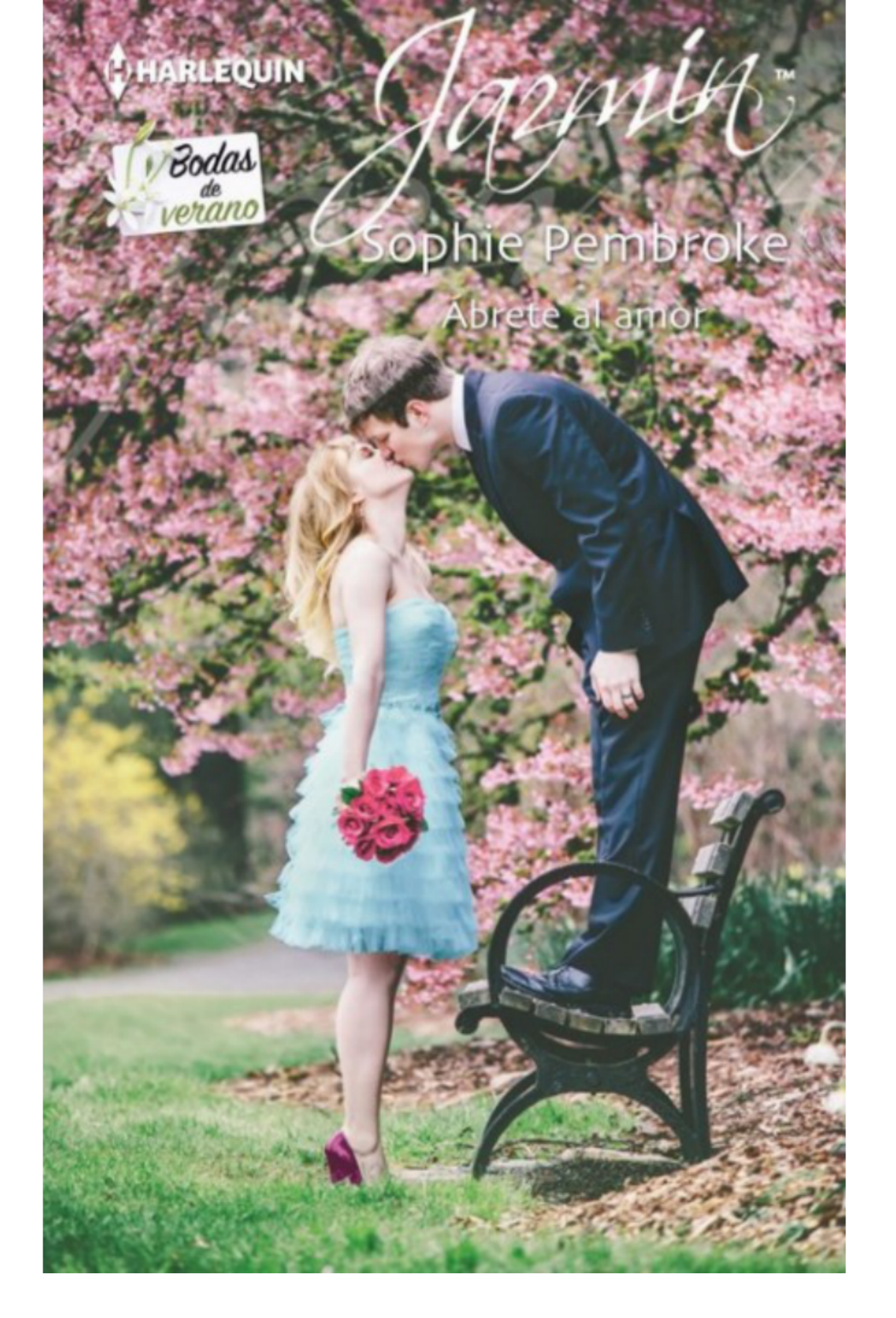

HARLEQUIN
Jazmín
Bodas de verano
Sophie Pembroke
Ábrete al amor



Sophie Pembroke

Ábrete al amor



Argumento

¿Siempre la dama de honor?

Violet Huntingdon-Cross siempre era la dama de honor en las bodas, pero lo cierto era que no le importaba, debido a su desastroso pasado amoroso. Entonces conoció al atractivo periodista Tom Buckley y, de pronto, se dio cuenta de que aquel hombre suponía una gran amenaza para su corazón.

Tom estaba escribiendo un libro sobre el padre de Violet, pero su hermosa hija lo distraía de su trabajo. Tenía que convencerla de que era distinto de otros periodistas… y ayudarla a descubrir que el amor no era algo que les sucedía a otros.

Capítulo 1

El dulce olor de los pétalos de rosa llenaba el aire de la tarde y confería al crepúsculo una sofocante calidez. La banda tocaba en el patio. Parpadeantes lucecitas pendían de las ramas de los árboles y en el interior de los entoldados, y la cálida brisa hacía susurrar las hojas.

El escenario era tan encantador que Violet pensó que se pondría enferma si tenía que soportarlo un instante más.

Lanzó una mirada airada a su vestido de dama de honor y se retiró a un rincón para observar tocar a la banda con tranquilidad. Debía esforzarse más por disfrutar de la velada, y tal vez la música la ayudara. La ceremonia de la renovación de votos matrimoniales de sus padres había sido muy bonita, y la fiesta posterior, un éxito. Los Screaming Lemons volverían a subir al escenario, aunque su actuación oficial había terminado una hora antes. Conociendo a su padre, esa segunda actuación sería más tranquila y acústica.

Sacar a su padre del escenario era más difícil que hacerlo subir, y siempre estaba dispuesto a tocar otra canción más.

El patio frente al que se hallaba situado el escenario estaba lleno de gente que bailaba, se abrazaba, se besaba o se enamoraba.

Violet frunció el ceño y apartó la vista.

Su familia, por supuesto, no contribuía a mejorar la situación. Apoyada en su flamante marido, lord Sebastian Beresford, conde de Holgate, ni más ni menos, estaba su hermana menor, Daisy; mejor dicho, lady Holgate. Se le hacía difícil creer que Daisy fuera una condesa de verdad, pero no tanto como asimilar la leve hinchazón de su vientre bajo su vestido verde esmeralda de dama de honor, cuidadosamente elegido para la ocasión.

Unos meses más, y Violet sería oficialmente la tía solterona de la familia. ¡Por Dios! ¡Si ya hacía los arreglos florales de la iglesia casi todos los fines de semana! Tal vez debiera adoptar un gato de tres patas y comenzar a hacer ganchillo.

En realidad, le gustaría aprender a hacerlo, pero ese no era el tema.

Seb tenía la mano puesta en el vientre de su esposa, y la sonrisa de Daisy se hizo más ancha al ofrecerle el rostro para que le diera un beso. Violet se dio la vuelta porque, de pronto, se sintió violenta por estar mirando.

Pero, por desgracia, su mirada se posó en Rose y Will, que se miraban arrobados. Rose era su hermana gemela y su mejor amiga. Violet reconoció que no lo había visto venir. Tal vez cierta atracción, o una aventura. Pero no que Will fuera a abandonar para siempre su estatus de novio que las dejaba plantadas ante el altar y a entrar a formar parte de la familia.

Pero allí estaba Rose, vestida de novia, que se había marchado sigilosamente para casarse en secreto, después de que hubiera acabado la ceremonia de renovación de votos de sus padres.

Tal vez, Violet careciera de un radar para detectar el amor; o tal vez estuviera estropeado. Eso explicaría muchas cosas.

Will alzó la vista y, esa vez, Violet no pudo apartar la mirada con la suficiente rapidez, ni tampoco evitar darse cuenta de que Rose y su marido hablaban en susurros, tal vez sobre de quién era la culpa de que Violet estuviera dolida de nuevo.

Violet suspiró. No era que no se alegrara por sus hermanas. Se alegraba mucho. Y sabía que la felicidad de ellas no debiera empeorar su lamentable situación personal. Pero lo hacía.

Tragó saliva y se miró los pies. Los zapatos de tacón le oprimían los dedos. Aquello pasaría y, un día podría mirar a toda aquella gente feliz y sonreiría sin esa amargura que amenazaba con teñir todo su mundo.

Pero ese día aún no había llegado.

—Rose cree que estás enfadada con ella, o conmigo —dijo Will, que se le había acercado con las manos en los bolsillos.

Normalmente, la presencia de Will era un consuelo, ya que se trataba de alguien de fiar que la ayudaba a soportar las miradas divertidas, los comentarios susurrados y las ocasionales proposiciones de tipos borrachos que Violet apenas conocía, pero que creían que lo sabían todo de ella y de sus tendencias sexuales.

Ese día, sin embargo, Will solo le recordó que las cosas no volverían a ser iguales.

—¿Enfadada con Rose? —preguntó—. ¿Por qué iba a estarlo? ¿Porque te me ha robado?

La mirada de asombro de Will le indicó que había cometido un error de apreciación.

—No, cree que estás enfadada porque tienes que ir a recoger a ese periodista al aeropuerto esta noche, por lo que te perderás el champán.

Ah, eso. Sí tendría sentido, ya que ella había manifestado su malestar por la llegada del periodista.

—No he… ¿De verdad crees que tu hermana te ha robado el novio? —le preguntó él.

Violet lo fulminó con la mirada.

—Sí, Will. Te he deseado y me he consumido por ti a lo largo de todos tus compromisos matrimoniales y tus espantadas en el último momento. Y finalmente te has casado con mi hermana. Creo que nunca lo superaré.

Su rostro deliberadamente inexpresivo hizo que Will se riera con evidente alivio.

—Vale. ¿Y tampoco estás enfadada por lo del periodista?

—Estoy enfadada por lo del champán. Por lo demás, me las arreglaré.

—¿Estás segura? Sé que estás un poco…

Violet trató de adivinar la palabra que Will evitaba decir.

¿Nerviosa?, ¿preocupada?, ¿paranoica?

Paranoica, probablemente.

—Inquieta por su llegada —dijo él, por fin.

Violet suspiró. Inquieta era un eufemismo. Pero su padre se había empeñado en contar su historia, publicar su biografía oficial, y había elegido a ese tipo para hacerlo. Rose la había mirado con preocupación cuando su padre lo había anunciado, pero incluso ella reconocía que tenía lógica hacerlo entonces, antes de la nueva gira y el nuevo álbum. El periodista tendría acceso exclusivo y le haría entrevistas en profundidad; además poseía muchos contactos en los medios de comunicación.

—Rose dice que es simpático. Lo conoció en Nueva York, antes de que ella volviera a casa.

—Estoy segura de que es un encanto.

Daba igual quién fuera. Trabajaba en la prensa, y la familia solo le interesaba como una historia que pudiera vender.

Violet había aprendido la lección a base de cometer errores.

Will frunció el ceño.

—Tal vez si hablas con tu padre…

Violet negó con la cabeza y le sonrió con dulzura.

—Todo saldrá bien, te lo prometo.

Su padre había tomado una decisión y punto, como siempre. Will, Daisy, Rose o Violet no podían hacer nada. Así que no valía la pena seguir pensándolo. No interferiría y esperaría que todo fuera bien.

¿Qué otra cosa podía hacer?

—Vamos, Will —lo empujó por el brazo—. Vete de luna de miel con Rose. Yo me ocuparé de todo lo de aquí, te lo prometo. Como ya le has mandado un mensaje al periodista con mi número de teléfono, ahora es responsabilidad mía, y creo que conseguiré ir a recogerlo al aeropuerto. Acostúmbrate a estar casado, en vez de temporalmente comprometido.

—De acuerdo. Hasta pronto, cielo.

Le dio un abrazo y un beso en la mejilla y volvió con Rose. Violet volvió a quedarse sola.

Como era habitual.

Pensó que no había mentido a Will. Nunca había pensado en casarse con él, ni siquiera en tener una aventura de una noche. Tenía mucho más valor para ella como amigo, y nunca había sentido la chispa de algo más.

Era extraño que él hubiera sentido esa chispa con Rose, ni más ni menos. Su hermana gemela.

Aunque ya debiera haberse acostumbrado a que la gente viera en Rose algo que nunca veía en ella. Al fin y al cabo, ¿no habían sus padres obligado a Rose a quedarse en casa en vez de volver a Estados Unidos, después de la boda de Daisy, para que pudiera organizar la ceremonia de la renovación de votos y la fiesta? Y eso, a pesar de que Violet estaba allí, le sobraba tiempo y estaba dispuesta a ayudar.

No estaba enfadada, porque conocía el motivo de que sus padres no se lo hubieran pedido a ella: estaban seguros de que no querría hacerlo, de que no estaría dispuesta a tener que relacionarse con tanta gente, con tantas miradas de complicidad.

Y, probablemente, tuvieran razón.

Will no había pensado en ello al decirle dónde estaba la agenda negra de Rose y pedirle que se encargara de que todo fuera sobre ruedas en el concierto de solidaridad de Huntingdon Hall mientras ellos estaban de viaje de novios. Aunque tal vez creyera que ella se la entregaría a alguien de la agencia que habían contratado para realizar el trabajo de Rose.

Violet pensó que podría hacerlo, ya que no sabía nada de cómo se organizaba un concierto para miles de personas. Will le había dicho que Rose había realizado el trabajo más difícil y que ella no tendría casi nada que hacer.

Porque, en caso contrario, habrían buscado a alguien más competente.

Violet negó con la cabeza. Estaba pensando cosas ridículas. No hubiera querido, en ningún caso, organizar la ceremonia de renovación de votos ni, ya puestos, el concierto. Tenía otras obligaciones. Pero como Rose había dicho a su padre que, cuando volviera de la luna de miel, dejaría de encargarse de las relaciones públicas y los conciertos de los Screaming Lemons, alguien tendría que hacerlo. Y Violet no podía dejar de hacer caso a la pequeña porción de su cerebro que creía que debía ser ella.

No, no tenía experiencia ni deseo alguno de relacionarse con gente que se reía a sus espaldas. Se limitaría a llevar a cabo lo que se le daba bien. Como los arreglos florales, por ejemplo.

Los que había concebido para la renovación de votos eran los

mejores que había hecho en su vida. Había muchas flores de vivos colores. Eran sorprendentes y memorables, como sus padres. Todos decían que sus flores tenían vida.

Así eran las cosas: veintisiete años en el planeta y eso era de lo único que podía vanagloriarse.

Violet Huntingdon-Cross, especialista en arreglos florales y futura especialista en ganchillo.

No, eso no era todo. Era lo que los demás veían, y a ella no le importaba que fuera así. Todos los días, Violet mejoraba la vida de algunos jóvenes y adolescentes, aunque nadie supiera que era ella. Al fin y al cabo, si se corría la voz de que era una de las personas que contestaba al teléfono de la línea de ayuda a jóvenes con problemas, las llamadas se dispararían para hablar con ella de su propio pasado, o simplemente para hablar con una persona famosa de segunda categoría. Y los jóvenes a los que quería ayudar no conseguirían comunicarse con ella. Así que ayudaba donde podía, aunque desearía hacer más.

Sus padres hacían lo mismo. Ayudaban a organizaciones de beneficencia de forma anónima. La única diferencia era que también llevaban a cabo mucho trabajo de ese tipo de carácter público, por lo que todos creían saberlo todo de Rick y Sherry Cross.

Violet no se imaginaba lo que la gente seguiría diciendo de ella. Lo más agradable sería, probablemente, que se había convertido en una reclusa.

De todos modos, eso era mucho mejor que lo que decían ocho años antes.

Sacó el móvil del bolso, miró la hora y volvió a leer el correo electrónico que Will le había enviado con los detalles que le había dado Rose sobre el vuelo del periodista. Thomas Buckley… así se llamaba. Tendría que esforzarse en no llamarlo «el periodista», aunque no estaba de más recordar que la prensa era la prensa, dijeran lo que dijeran los periodistas. Era algo que no quería volver a olvidar.

Había llegado la hora de marcharse. Se quitaría el vestido de dama de honor, agarraría la ridícula tarjeta con el nombre del periodista que Rose le había dejado y estaría en el aeropuerto de Heathrow con tiempo de sobra para tomarse un café antes de que aterrizara el avión.

Se dirigió a una puerta lateral y se detuvo a contemplar a sus padres bailar a la luz de la luna, que acababa de salir. Se miraban tan absortos que parecía que las doscientas personas que habían ido a celebrarlo con ellos no estuvieran allí. Era sabido que Sherry Huntingdon y Rick Cross estaban locos el uno por el otro, pero, solo en momentos como aquel, Violet se creía lo que decían los medios de comunicación.

Y tuvo que reconocer que esa era la verdadera razón de que todo

aquel amor la pusiera de los nervios. En su fuero interno, siempre había creído que se enamoraría de alguien con quien tendría una relación perfecta como la de sus padres, como la que sus dos hermanas acababan de iniciar.

En lugar de eso, lo que había tenido era muy distinto. Algo así como el «antiamor», una relación que te destruía por dentro y te convertía en otra persona. Y Violet, sinceramente, no sabía si estaba dispuesta a intentarlo de nuevo.

Le sonó el móvil y ella contestó automáticamente, contenta de que algo la distrajera.

—¿Dígame?

—Pensaba que usted, quienquiera que sea, tenía que venir a buscarme al aeropuerto hace veinte minutos.

El acento estadounidense la sorprendió. Era el periodista. Pero el mensaje de Rose decía que aterrizaría hora y media después.

—Lo siento, señor… —¡por Dios! ¿Cómo se llamaba?

—Buckley —él omitió el nombre de pila—. Y no se disculpe.

Haga el favor de venir. Estaré en el bar.

Y colgó.

Violet se recogió la falda del vestido y fue corriendo al garaje mientras rogaba que nadie hubiera dejado su coche bloqueado. Si no, tendría que tomar prestado uno de sus padres. No tenía tiempo de cambiarse ni de agarrar la tarjeta de Rose. Si quería que confiaran en ella para algo más que para los arreglos florales, aquello tenía que salir bien. Y puesto que la mala impresión que se había llevado el periodista sobre ella y su familia ya era irremediable, debía hallar el modo de arreglarlo.

Para empezar, tenía que llegar a Heathrow lo antes posible, antes de que él comenzara a escribir un borrador de su libro. Conocía a los periodistas. La verdad no era óbice para conseguir una buena historia, y, cuando creían que lo sabían todo de alguien, era casi imposible convencerlos de lo contrario.

Y ella ya había conseguido que su familia tuviera mala prensa para el resto de su vida.

Capítulo 2

Tom se abrió paso hasta la barra tirando de la maleta. Una cafetería. ¿De qué le servía a esa hora de la noche? Necesitaba un trago como era debido. Pero el vestíbulo de llegadas no era tan bueno como el de salidas. Después de tantos años de recorrer mundo, cabía esperar que lo recordara. Pero normalmente lo recogían en cuanto desembarcaba, y atravesaba a toda prisa el vestíbulo de llegadas antes de salir para el hotel, por lo que no tenía tiempo de mirar a su alrededor.

Solo esperaba que quienquiera que fuera la mujer que Rose había elegido para ir a recogerlo mirara los mensajes telefónicos y viera que le había mandado uno diciéndole que se encontrarían en la cafetería.

Echó una ojeada a la carta que había en la barra e intentó decidirse. Había consumido tanta cafeína las dos semanas anteriores que le temblaban los músculos permanentemente. A eso había que añadir la falta de sueño, por lo que no estaba seguro de que lo que necesitara fuera otra dosis de líquido oscuro. Lo que necesitaba, desde luego, era una cama enorme con sábanas limpias, una ventana con persiana y veinticuatro horas de descanso.

Nada de lo cual sería posible hasta que apareciera aquella mujer.

Pidió un descafeinado, dejó la chaqueta y el ordenador portátil en un taburete y esperó a que le llevaran el café. Si hubiera volado en primera clase, o incluso en clase business, podría haber bebido gratis todo lo que hubiese querido en el avión. Pero aquel viaje había tenido que pagárselo de su bolsillo. Los viejos hábitos tardaban en desaparecer, y algo en su interior se negaba a pagar mucho más dinero por un asiento mejor, aunque el dinero hubiera dejado de ser un problema para él. No, desde luego, como el que había sido en su infancia.

Su carrera como periodista musical había despegado en los años anteriores. Había recorrido un largo trecho desde su primera historia importante, diez años antes.

Así que podía haberse permitido viajar en primera. Y, si hubiera recordado que la bebida era gratis, probablemente lo hubiera hecho.

Agarró el café que le tendía la chica desde detrás de la barra, se sentó a una mesa y se dispuso a esperar. No sabía cuánto tardaría la mujer que iba a recogerlo, pero podía trabajar un poco mientras la

esperaba, a pesar de que le pareciera que los ojos se le iban a salir de las órbitas si no los cerraba pronto.

Al menos, el trabajo compensaba que hubiera tenido que viajar desde Nueva York. Una historia como aquella podría consagrarlo. Se convertiría en la persona a la que acudir para todo lo relacionado con los Screaming Lemons, y eso era dinero del bueno en aquella industria. Le daría acceso a los nuevos grupos y podría elegir sobre lo que quisiera escribir.

Ya se había hecho un nombre en las revistas musicales, las páginas web e incluso las revistas dominicales más importantes. Pero aquel viaje y aquellas entrevistas serían algo más: se traducirían en un libro. Eso era lo que Rick Cross le había prometido. Y Tom iba a asegurarse de que el hombre cumpliera su palabra.

Le molestaba haberse perdido todos los acontecimientos que había habido en la familia Huntingdon-Cross los dos meses anteriores, pero ya no había remedio. Se había comprometido con otro proyecto en Estados Unidos. De todos modos, ¿quién hubiera podido prever que una de las famosas hijas de Rick y Sherry se casaría y estaría embarazada en el plazo de ocho semanas? ¿Y qué habría sido de Rose? Había aparecido hacía poco en la prensa, en una foto con su famoso novio, que era el mejor amigo de su hermana Violet. O eso creía recordar. Tal vez hubiera sucedido algo y se lo hubiera vuelto a perder. Lo único que tenía era un mensaje de texto que había leído al desembarcar, con un número telefónico de contacto y la información de que, debido a circunstancias imprevistas, otra persona lo iría a buscar.

Tom suspiró. Tendría que asegurarse de conseguir buenas entrevistas con toda la familia. Y, dondequiera que estuviera Rose, al menos una de las hijas seguía viviendo con los padres, probablemente la más famosa, si se pensaba en los famosos de Internet.

Abrió el ordenador portátil y buscó las notas sobre la familia. Se alojaría en Huntingdon Hall, la casa de los padres. Se había pasado semanas recopilando antiguas entrevistas, artículos y fotos de la familia, y creía que lo tenía todo bastante asimilado. Y tras haber hablado con Rose en Nueva York y por teléfono mientras preparaba el viaje, creyó que contaba al menos con un aliado, hasta que ella decidió marcharse sin despedirse.

Lo más probable era que hubiera recibido una oferta tan buena que no hubiera podido rechazarla, por muchos inconvenientes que supusieran para otro. Los hijos de los famosos… siempre egocéntricos, a pesar de lo simpática y normal que Rose le había parecido al conocerla.

Solo había hablado una vez con el hombre al que iba a ver: Rick Cross, estrella del rock y padre de familia. Las entrevistas de las que

disponía se remontaban a treinta años antes, cuando los Screaming Lemons empezaban a ser importantes. Pero se habían convertido en viejos roqueros, y tenían que esforzarse mucho más para escandalizar o sorprender.

Parecía que Rick quería que se escribiera un libro con la historia de la banda y la de su familia.

Tom le había preguntado por qué se había decidido en aquel momento. No podía ser por dinero, ya que el grupo seguía vendiendo muchas recopilaciones de grandes éxitos y los programaban frecuentemente en la radio, por lo que no importaba que su último disco no se vendiera bien. Pero lo único que le había dicho Rick era que había llegado el momento.

Tom miró sus notas para recordar los datos más pertinentes.

La mayoría de los ingleses y de los estadounidenses conocían a Rick Cross y podían contar su historia, al igual que la de su esposa, la hermosa y rica exmodelo, Sherry Huntingdon. Ambos causaban impresión por la fama de él y la familia de ella.

Después estaban las hijas. Daisy, la pequeña, era la nueva lady Holgate, lo cual le iba como anillo al dedo, pensó Tom. Al fin y al cabo, si tenías fama y dinero, un título era lo único que te faltaba, sobre todo en el Reino Unido.

Las gemelas eran unos años mayores: tenían veintisiete años. A Rose la conocía personalmente porque había vivido en Nueva York los años anteriores, aunque había decidido volver a Inglaterra y quedarse allí, por lo menos hasta que se celebrara el concierto benéfico.

Y después estaba Violet. Tom se había divertido mucho buscando información sobre ella. Pensarlo lo hizo sonreír.

Se produjo una conmoción en la cafetería y alzó la vista. Parpadeó al ver a una alta mujer rubia, con un vestido ridículo y zapatos de tacón. ¿Era Rose? ¿O la falta de sueño lo hacía alucinar?

—Lo siento —gritó la mujer, por lo que Tom pensó que era real. Las alucinaciones no gritaban.

Hizo un movimiento negativo con la cabeza para espabilarse y cerró el ordenador portátil. Parecía que quien lo iba a buscar había llegado. Por fin podría tumbarse en la cama y dormir una semana, o al menos hasta que Rick Cross lo llamara para realizar la primera entrevista.

Por toda la información que había leído, Tom estaba seguro de que a Rick no le gustaba madrugar.

—Rose —dijo él al tiempo que se echaba la bolsa de viaje al hombro y agarraba la maleta—. Creí que te habías ido. No tenías que haber venido hasta aquí porque la idiota a quien le pediste que me viniera a recoger se haya olvidado. Podría haber tomado un taxi.

Rose lo miró con los ojos muy abiertos.

—Ah, no pasa nada, Thomas. No pasa nada, Thomas.

¿Por qué repetía su nombre? ¿Y por qué, de repente, lo llamaba Thomas en lugar de Tom? Habían hablado muchas veces e incluso habían comido juntos una vez. No podía haberse olvidado de pronto.

A menos que…

Esbozó una leve sonrisa.

—Lo siento, Violet. Creí que eras tu hermana. Y me llamo Tom.

—No pasa nada. No eres el único que se ha confundido —puso cara de frustración y él se echó a reír.

A Tom le resultaba muy familiar esa expresión, y no por Rose.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, sorprendida, por su risa.

Él pensó que tal vez debiera haber tomado café con cafeína porque era evidente que la falta de sueño comenzaba a afectarlo.

—Perdona. Por un momento has puesto la misma cara que en… —al ver la expresión pétrea del rostro de Violet, se calló.

—No, continúa —dijo ella en tono cortante. El humor que Tom había hallado en la situación se evaporó—. Supongo que ibas a acabar la frase diciendo «el vídeo de sexo filtrado a los medios», ¿verdad?

—Lo siento —dijo Tom, que se dio cuenta de que se había disculpado ante aquella mujer en tres minutos más de lo que normalmente hacía en un mes con alguien que saliera con él.

Pero Violet lo interrumpió antes de que pudiera mencionarle la falta de sueño y de control de los estímulos.

—Eso es —afirmó ella en voz más alta de lo necesario—. Soy la famosa gemela Huntingdon-Cross del vídeo sexual, no la que ha encontrado el amor y se ha casado, sino a la que los hombres solo desean para filmarse con ella y colgarlo en Internet. Autógrafos, aquí.

La cafetería estaba prácticamente vacía, pero un par de tipos que se hallaban sentados a la mesa más cercana habían sacado los móviles para grabar. ¿Cuánto valor se necesitaba para plantarse frente al público y reconocer que era la protagonista de un explícito vídeo de sexo que había visto medio mundo? El que solo los ricos y famosos tenían.

—Y parece, por la expresión de frustración y enfado de mi rostro, que ni siquiera fue buen sexo. La verdad es que no lo recuerdo, pero el señor Buckley, aquí presente, ha visto el vídeo lo suficiente para que se le considere un experto. Pueden hacer preguntas, si lo desean. No tengo prisa. Solo me estoy perdiendo la ceremonia de renovación de los votos matrimoniales de mis padres.

Violet se sentó en un taburete de la barra y esperó. Tom sintió que se había sonrojado. Recogió sus últimas cosas de la mesa y se dirigió a la salida. Tal vez Violet HuntingdonCross estuviera acostumbrada a exhibirse de aquel modo, pero él no lo estaba.

—¿No hay preguntas? ¡Qué pena! Entonces, será mejor que nos

pongamos en marcha —Violet saltó del taburete y fue detrás de Tom.

—Supongo que me lo tengo merecido —murmuró él mientras Violet le sostenía la puerta de la terminal para que saliera. Pero ella había llegado hora y media tarde a recogerlo. Así que la falta de sueño era en parte culpa suya.

—Supongo que sí. Y siento mucho haber llegado tan tarde. Rose se equivocó al darme la hora del vuelo.

Tom se quedó sin argumentos.

—Ahora es cuando te disculpas por humillarme delante de esa gente —dijo Violet. Tom enarcó las cejas.

—¿Que me disculpe? Tú misma te has humillado, guapa —respondió él, como si una actuación como aquella formara parte de su segunda naturaleza. Podría ser, a juzgar por el vídeo. Le habían dicho que Violet se había calmado en los últimos años, pero pudiera ser que la familia hubiera aprendido a ocultar mejor sus hazañas.

Ella se puso roja como un tomate y pasó por delante de él mientras salían de la terminal.

—He aparcado en el aparcamiento de estancias cortas —le gritó ella.

Tom estaba seguro de que no tenía que haber oído lo que ella murmuró después, pero lo hizo.

—Aunque espero que no tan cortas como tu estancia aquí.

Tom sonrió. Violet Huntingdon-Cross era claramente un buen sujeto para una entrevista. Y, si podía desenterrar nuevos o viejos escándalos de la primogénita de la familia que ayudaran a vender el libro, sería un estúpido si no lo hacía.

Capítulo 3

A Violet le seguían temblando las manos mientras intentaba introducir la llave en el contacto. En la parte trasera del coche, Tom hacía esfuerzos para abrir el maletero, pero ella no pensaba ayudarlo. Debido al temblor que experimentaba, probablemente lo hiciera peor que él.

¿Qué le había pasado? Ocho años de conducta intachable, de andar con la cabeza gacha, de no hacer caso de los comentarios y los chistes, se habían evaporado en un momento de frustración y humillación en la cafetería de un aeropuerto.

Había sido su risa, pensó, al tiempo que conseguía introducir la llave. Esa risa le había demostrado que, para él, no era una persona de verdad, sino una divertida anécdota que le daría tema de conversación para quién sabía cuántas ocasiones.

Estaba acostumbrada a que la consideraran un personaje público. Primero era la hija de Rick y Sherry, y con frecuencia la hermana de Rose o Daisy, antes de que se la considerase una persona por sí misma. Salvo cuando era la gemela del vídeo sexual. Y, francamente, prefería no ser nadie a ser eso.

Parecía que eso era lo único que era para todos aquellos que no formaban parte de su familia. Y estaba harta.

Oyó que el portaequipajes se cerraba. Tom debía de haber conseguido meter las maletas. En cuestión de segundos se sentaría a su lado y tendrían que hablar educadamente hasta llegar a casa. Eso o mantenerse en un silencio glacial. Violet no sabía qué era peor.

Suspiró. Sí, lo sabía: el silencio sería peor, porque solo su padre sabía cuánto tiempo se quedaría Thomas Buckley con ellos, y no podía hacerle el vacío indefinidamente. Aquello no era un internado, sino la vida real. Y, de algún modo, la vida había resultado más asfixiante y restrictiva que la estricta escuela católica a la que sus hermanas y ella habían ido.

Ya era una persona adulta, por lo que se suponía que sus errores de juventud formaban parte del pasado. Ella era algo más que las historias que contaban, lo que implicaba hacerle la pelota al ofensivo periodista musical norteamericano que iba a escribir la historia de su familia, y esperar que olvidara lo desastrosa que estaba siendo aquella noche.

Era lo que había dicho su padre cuando el vídeo había aparecido en Internet y su rostro se había publicado en todos los periódicos y revistas. Rick había dejado al resto de la banda en el hotel, en mitad de la gira, y había vuelto a casa a verla. Mientras ella sollozaba en la cama, él le había acariciado la espalda y le había dicho: «Al menos, ya lo sabes, cariño. No todos quieren lo mejor para ti. Y solo tú puedes decidir en quién confiar».

Violet había descubierto que la respuesta era fácil: No había que confiar en nadie, salvo en la familia.

Will había sido la excepción de la regla, pero ella no le había abierto su corazón por completo, como Rose había hecho.

La puerta del copiloto se abrió y Violet contuvo el aliento antes de obligarse a sonreír.

—¿Todo bien?

Tom la miró con recelo, como si no estuviera seguro de que no fuera a arrancar con medio cuerpo de él fuera del coche y el otro medio dentro. Violet no podía culparlo, ya que no había sido coherente desde que se habían conocido.

Era hora de limar asperezas antes de que el periodista comenzara a escribir.

—Muy bien —respondió él mientras se sentaba—. ¿Y tú?

Ella se obligó a sonreír de forma deslumbrante.

—Estupendamente.

—Bien. ¿Siempre tienes estos cambios de ánimo extremos?

Seguro que estaba pensando que tomaba drogas, que padecía un trastorno bipolar u otra cosa que se tradujera en una buena historia. Aquello no iba bien.

Violet suspiró y recurrió a la sinceridad.

—Mira, hemos empezado con mal pie, pero mi padre quiere que te quedes con nosotros y trabajes con él, y no cambia de opinión cuando ha tomado una decisión. Así que tendré que hacerte la pelota. Y como no quiero pasarme las próximas semanas evitándote o insultándonos a la vista de todos, creo que lo más fácil es fingir que la última media hora no ha sucedido, ¿de acuerdo?

—¿Y, además, quieres que me abstenga de contar esa historia en futuros libros o artículos?

—Bueno, es normal, ¿no?

Él se quedó callado tanto tiempo que ella lo miró para comprobar que no se había quedado dormido. Vio que le tendía la mano.

Ella se la estrechó, y se mordió los labios al sentir un cosquilleo por el contacto de su piel. ¡Por Dios, solo se estaban dando la mano! ¿Tanto tiempo hacía que no la acariciaba alguien que no fuera de la familia que su cuerpo se había olvidado de cómo era?

—Soy Tom Buckley —dijo él con una media sonrisa—. Encantado

de conocerte. Gracias por venir a recogerme.

—Violet Huntingdon-Cross. Siento haber llegado una hora y media tarde.

Él se rio.

—Podemos echar la culpa de todo a Rose.

—Es lo que llevo intentando hacer mis veintisiete años de vida. Pero, por desgracia, sin conseguirlo.

Mientras Tom soltaba una carcajada, ella arrancó.

—Voy a llevarte a casa. Debes de estar cansado después del viaje.

—Agotado —reconoció Tom.

Ella lo miró y vio que tenía ojeras, incluso a la escasa luz del aparcamiento.

—Es mi disculpa por todo lo que ha pasado: falta de sueño. He tenido una semana terrible.

—Rose me dijo que estabas trabajando en Miami.

Él asintió.

—Estuve la semana pasada. Después volé a Nueva York para cambiar de equipaje, y luego aquí. Me siento como si no hubiera dormido en un mes. Estoy deseando tener un poco de tranquilidad. Tu padre me ha dicho que Huntingdon Hall está en medio de la nada, ¿no?

—Sí —respondió ella mordiéndose los labios al recordar la fiesta que había dejado unas horas antes. Eran más de las doce de la noche. Sin duda, todos se habrían marchado cuando llegaran. ¿O no? Las fiestas de Rick y Sherry eran legendarias. Tendrían suerte si no encontraban a nadie durmiendo en la pista de tenis por la mañana.

—¿Tienen invitados? —Tom la miró y vio que fruncía el ceño—. Un momento. Hoy es la ceremonia en que han renovado los votos, ¿verdad? Has dicho que te la habías perdido. ¿Por eso estabas tan molesta de tener que ir a recogerme?

—Y por eso llevo este bonito, aunque inadecuado, vestido —le confirmó ella.

Él no tenía por qué saber que se había alegrado de marcharse de la fiesta.

—Me temo que hay muchas probabilidades de que la celebración continúe cuando lleguemos —añadió ella. Después miró el reloj que había en el salpicadero—. De hecho, creo que mi padre y su grupo estarán de nuevo en el escenario para volver a actuar.

Tom gimió y dejó caer la cabeza en el respaldo del asiento.

—Me estás diciendo que no voy a dormir esta noche.

—Más o menos. Lo siento. ¿Por qué no intentas dormir ahora?

Violet debería sentirse peor de lo que se sentía por él. Era evidente que el tipo estaba tan cansado que había perdido los buenos modales. Debiera lamentar que sus padres y sus amigos fueran a tenerlo

despierto otra noche.

Pero no lo lamentaba.

A Tom le pareció que acababa de cerrar los ojos cuando una puerta del coche se cerró con estrépito, otra se abrió y sintió el aire fresco de la noche en el rostro. Inmediatamente, sus oídos se vieron asaltados por uno de los éxitos clásicos de los Screaming Lemons.

En condiciones normales, estaría frente al escenario disfrutando del momento, acumulando recuerdos para futuros artículos e intentando hallar las palabras adecuadas para describir la perfección de esos tres minutos y medio.

Esa noche, o más bien madrugada, solo deseaba que se acabara.

—Despierta, bello durmiente —dijo Violet con voz demasiado alegre para alguien que lo acababa de fulminar con la mirada—.Te estás perdiendo la fiesta.

Él abrió un ojo y esperó a enfocar correctamente el borroso rubio de su pelo, la palidez de su rostro y la mancha púrpura de su vestido. Después parpadeó. Ella estaba más cerca de lo que creía y, de repente, lo único que vio fueron sus brillantes ojos azules.

—Menos mal —dijo ella incorporándose—. Por un momento creí que te tendría que dejar aquí a pasar la noche o pedir a alguien que te llevara en brazos a la cama, que es algo que no causa buena impresión.

A diferencia, por ejemplo, de mencionar el vídeo sexual de una mujer a los cinco minutos de conocerla. Tom pensó que, como era la única hija que vivía en la casa, podía complicarle la vida, si se lo proponía.

Y se temía que estuviera más que dispuesta a hacerlo. Tal vez, en ese momento, fuera la ambición de su vida.

—Estoy despierto —mintió él al tiempo que se esforzaba por enderezarse. Unos instantes más y podría incluso bajarse del coche.

Violet lo tomó de la mano y, a pesar del sueño que él tenía, notó la suavidad y frescura de su piel y que algo indefinible le subía por el brazo, algo repleto de posibilidades.

Algo que hizo que se despertara del todo.

Volvió a parpadear, se giró para poner los pies en el suelo y se levantó. Entonces, se dio cuenta de que aún seguía agarrado a la mano de Violet.

La soltó a toda prisa, pero los ojos azules de ella siguieron fijos en él, y las arrugas de sorpresa que tenía en el entrecejo le indicaron que, fuese lo que fuese lo que había sentido, ella también lo había experimentado.

Al menos, él tenía la excusa de la falta de sueño. ¿Y ella?

Violet negó con la cabeza y retrocedió para dejarle espacio.

—Sé que estás agotado, pero, dado que dormir va a serte imposible al menos durante un par de horas, y dado que estás aquí para observar y entrevistar a la banda, ¿por qué no vienes a conocer a papá?

«Papá». A Tom le resultó extraño que ella se refiriera a una de las personas más famosas del mundo como «papá». ¡Qué distinto debía de ser el mundo en que vivía Violet del mundo en que habitaba él, para que ella considerara que Huntingdon Hall era su hogar y una de las más conocidas parejas del mundo su mamá y su papá!

Muy distinto, desde luego, del niño de Nueva York que no sabía nada de su padre, salvo que no le hubiera hecho ningún bien que se quedara a su lado; un niño a cuya madre le había parecido tan mal la forma que él había utilizado para salir del arroyo que, cuando murió, hacía ya tres años que no se hablaban.

Sí, el mundo de ambos era diametralmente opuesto. Y Tom debía recordarlo todo el tiempo que se quedara allí.

—¿No está actuando? —preguntó esperando que no resultara evidente que trataba de ganar tiempo.

Por teléfono, le había parecido que Rick sabía ver más allá de la máscara de la gente. Quería estar en plena forma cuando se sentara con él por primera vez.

Violet ladeó la cabeza para escuchar la música.

—Esa suele ser la última canción. Acabará pronto y estará excitado por la actuación. Es un buen momento para conocerlo si quieres caerle bien.

—¿Y tú quieres que le caiga bien? —sería extraño teniendo en cuenta lo sucedido.

Violet lo miró molesta, como si no estuviera acostumbrada a que le hicieran tantas preguntas sobre sus sentimientos o sus motivos. Tal vez no lo estuviera.

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Acaso importa? —Violet se apartó el cabello de la cara en el momento en que sonó el último acorde en el escenario— . Vamos, o se marchará.

—No has contestado a mi pregunta —Tom se cruzó de brazos, se apoyó en el coche y esperó.

Ella lanzó un bufido de impaciencia, lo agarró de la mano e intentó tirar de él hacia el escenario.

Tom no se movió hasta que ella comenzó a hablar.

—Porque papá se hace una idea de las personas y de las cosas instantáneamente. Estás aquí y vas a escribir sobre él y sobre nosotros. Si le caes bien, te mostrará su mejor cara, que es de lo que quiero que escribas. Si no le caes bien… —¿Se complicarán las cosas?

Ella suspiró al llegar al escenario. Aunque la audiencia estaba formada por amigos y familiares, las aclamaciones cuando la banda bajó del escenario eran tan fuertes como las que Tom había oído en cualquier estadio.

—Digamos que la experiencia sería menos divertida para todos.

De repente, el escuálido rostro de Rick Cross apareció en lo alto de los escalones que conducían al escenario. Tenía la boca abierta y se reía de algo que un compañero de la banda decía detrás de él.

—Comienza el espectáculo —murmuró Tom, y Violet le dedicó una rápida sonrisa, la primera sincera que él le había visto.

Tom respiró hondo. Había llegado el momento de conocer a los padres.

Capítulo 4

Violet ocultó su sonrisa ante la expresión traumatizada del rostro de Tom cuando su padre y los chicos bajaron los escalones del escenario riéndose y charlando, aún atrapados en su mundo de música, ruido y melodías.

Sabía la impresión que provocaban fuera del escenario. Cuando era más joven, con la edad suficiente para que la permitieran quedarse levantada hasta tarde para ver una actuación entre bastidores, a Rose y a ella les resultaba difícil comprender el papel de su padre cuando no era papá, sino Rick Cross, estrella del rock.

Violet sabía que la descarga de adrenalina desaparecería pronto. Su padre abrazaría a su esposa, pediría algo de beber y, al cabo de un rato, se iría a acostar. O tal vez se quedara algo más con sus amigos íntimos bebiendo, charlando y, probablemente, cantando.

Justo en aquel momento, era la persona a quien Tom Buckley quería entrevistar. No le había mentido al decirle que era el mejor momento para que Tom le causara una buena impresión, pero también para que Tom recordara que a quien pensaba entrevistar no era un cualquiera.

La prensa publicaba lo que le parecía sobre sus hermanas y ella. Pero sus padres eran intocables. Rick y Sherry estaban más allá de cualquier juicio o reproche. No había aventuras amorosas, ni adicciones, ni errores: nada a lo que agarrarse para convertir sus vidas en un infierno. Tal vez hubiera sido distinto en otra época, pero ya no lo era.

Constituían un tesoro nacional, de lo que Violet estaba muy orgullosa.

—Señor Cross —Tom se le acercó con la mano tendida y una cálida sonrisa.

Violet tuvo que reconocer que, si no hubiera estado durmiendo en el coche tres cuartos de hora, no notaría que estaba agotado. Parecía un profesional dispuesto a hacer un buen trabajo.

Solo esperaba que la idea que tenía su padre de lo que era un buen trabajo coincidiera con la de él.

—Supongo que es usted el señor Buckley —Rick esbozó su famosa sonrisa—. Es estupendo que haya venido —estrechó la mano de Tom con entusiasmo—. Chicos, este es el tipo al que he invitado para que

escriba nuestra historia.

—Y la de su familia —apuntó Tom.

Violet puso los ojos en blanco. ¡Como si alguien fuera a olvidar que estaba allí para sacar a la luz la vida privada de todos!

—Así que ha venido a escarbar en la basura, Rick —Jez, el tío Jez para las chicas, el guitarrista del grupo, dio un codazo a su amigo en las costillas—. Ha llegado la hora de ocultar mejor los trapos sucios.

Rick soltó una carcajada. Violet rogó que no hubiera nada oculto que ella desconociera. No suponía que pudiera haberlo, teniendo en cuenta lo mucho que intervenía en la vida y el trabajo de sus padres desde que había vuelto a casa ocho años antes.

Pero nunca se era lo bastante precavido cuando se trataba de la prensa. Y, si su padre tenía secretos, el tío Jez los conocería.

—Le aseguro que estoy aquí apara escribir la mejor historia que pueda, y la más sincera, para su legión de fans, que solo está interesada en la verdad.

—Y eso es lo que le voy a contar —Rick le dio una palmada en la espalda a Tom, y Violet supo que el periodista había pasado una especie de prueba que nadie, salvo su padre, entendería—. La pura verdad, lista para que la escriba para la posteridad.

Violet se debatía entre el alivio y la inquietud. Por un lado, que a su padre le cayera bien Tom contribuiría a que las entrevistas se desarrollaran sin problemas, lo que disminuiría las posibilidades de que su padre apareciera como una estrella difícil y recalcitrante; por otro, cabía la posibilidad de que Rick se abriera demasiado a Tom. Por mucho que dijera que le contaría la pura verdad, tenía que darse cuenta de que había aspectos de la vida de la familia que nadie quería compartir con el mundo, por enésima vez en algunos casos.

Habría que esperar a ver cómo se desarrollaban las cosas y vigilar a los dos para cortar cualquier posible problema antes de que apareciera en los periódicos.

—Habéis estado tan brillantes como siempre —Sherry se acercó a ellos y besó a cada miembro del grupo en la mejilla antes de estampar un beso menos leve a su marido. Violet se fijó en que Tom miraba al suelo. Los demás estaban tan acostumbrados que no se molestaron en hacerlo.

—Mamá, es Tom Buckley —dijo Violet cuando las muestras de afecto acabaron—. Es el escritor que papá…

—¡El escritor que va a contar nuestra pequeña historia! —Sherry le tendió la mano, aunque Violet no supo si para que Tom se la estrechara o se la besara.

Tom se la estrechó. Todavía no lo había cautivado. Era evidente que la insincera descripción de su trabajo no lo había engañado. Nadie en el mundo describiría la historia de los Screaming Lemons como

«pequeña», y, mucho menos, nadie que la hubiera vivido.

—Encantado de conocerla, señora Huntingdon-Cross.

—Llámame Sherry, por favor —dijo ella al tiempo que le dedicaba una de sus legendarias sonrisas como las que llevaban décadas apareciendo en las portadas de las revistas—. Cualquiera que se aloje en Huntingdon Hall se convierte automáticamente en miembro de la familia. Más vale que te vayas acostumbrando.

¿Tom Buckley, miembro de la familia?, se preguntó

Violet.

Pero ese era el problema de sus padres. No eran excesivamente confiados ni ingenuos, ya que conocían perfectamente los peligros de la fama y tenían cuidado de llevar una vida circunspecta. Sin embargo, cuando aceptaban a alguien y lo consideraban un amigo, costaba mucho que perdieran la confianza en él, lo cual podía ser peligroso.

—¿Dónde está Daisy? —preguntó Violet. Necesitaba a alguien que la respaldara, y como Rose y Will ya se habían ido, tendría que hacerlo Daisy.

—Creo que Seb y ella ya se han ido a acostar —dijo Sherry—. Daisy estaba agotada, pobrecilla. Un embarazo es muy cansador —añadió en un aparte a Tom, que asintió, a pesar de su sorpresa—. Y creo que Seb quiere salir mañana temprano para Hawkesley.

Violet maldijo para sí. Como Tom estaba a punto de caerse de sueño, tenía pocas probabilidades de estar levantado a tiempo de conocer a Daisy antes de que se fuera, lo que implicaba que estaba sola para intentar que aquel proyecto no les estallara en la cara.

Estupendo.

—¿Y Rose ya se ha marchado? —preguntó Tom educadamente—. La conocí en Nueva York el mes pasado, y sé que quería quedarse aquí hasta que se celebrara el concierto.

—Sí —respondió Sherry sonriendo—. Will y ella se han ido de luna de miel hace un par de horas.

Tom enarcó las cejas y Violet se estremeció.

—¿De luna de miel? No sabía que se fuera a casar.

Ni siquiera que saliera con alguien, como el resto de las hermanas. De hecho, Violet estaba dispuesta a apostar a que lo que Tom estaba pensando era: «Dos hermanas que se casan en un espacio de tiempo sospechosamente corto, y una de ellas embarazada. Ahí tiene que haber una historia». Sobre todo, si había visto las fotos de Will y Rose en los periódicos.

Había llegado el momento de poner fin a todo aquello.

—Sí —dijo sonriendo alegremente—. Hace años que Will es prácticamente un miembro de la familia. Estamos encantados de que lo hayan hecho oficial.

Era verdad: Will era parte de la familia, mucho más, desde luego, de lo que Tom Buckley llegaría a serlo nunca. ¿Y por qué iba a tener que saber que, hasta el mes anterior, había sido el mejor amigo de Violet? Y si no se enteraba de que Will y Rose se habían conocido en la boda de Daisy… sería estupendo. Esperaba que Tom Buckley no siguiera de cerca los cotilleos sobre los británicos famosos.

Rick le pasó a Tom un brazo por los hombros mientras el resto de la banda se dispersaba para tomar algo o para acostarse. Violet se fijó en que su padre tuvo que erguirse un poco para hacerlo.

—Es el único inconveniente de tener hijas —dijo Rick sonriendo a Violet—. Tener que entregárselas a hombres que no se las merecen.

—Calla —dijo Sherry—. Adoras a Will. Y Seb será un yerno maravilloso.

—Es cierto. Ya se me ha acabado la suerte —Rick se volvió hacia Violet y le sonrió, y a ella se le contrajo el estómago al pensar en lo que diría después. La incapacidad de guardarse sus inadecuados comentarios para sí mismo era una de las desventajas de la subida de adrenalina posterior a la actuación—. Me preocupa a quién elegirá Violet para traer a casa. No puedo tener tanta suerte tres veces seguidas.

Violet se sonrojó y tuvo la certeza de que se había pasado más tiempo poniéndose colorada en presencia de Tom Buckley que hablando con él.

—No es algo que deba preocuparte, papá —ni algo que debiera comentar delante de un periodista.

La expresión de Rick se volvió triste.

—No, supongo que no.

—De todos modos, Rose volverá pronto y te pondrá al día —dijo Violet con forzada alegría.

Tom la miró de una forma que le transmitió claramente que sabía lo que ella estaba haciendo: desviar la conversación de cualquier tema interesante.

—En realidad, cariño —intervino Sherry—, hablé con Will cuando se iban. Creo que van a estar fuera cuatro semanas.

Cuatro semanas. Con Tom Buckley allí, a Violet le pareció que serían una eternidad, justo cuando más necesitaba que su gemela estuviera con ella. ¿En qué estaría pensando Will? No en su mejor amiga, atrapada en su casa con el hombre que quería sonsacarle todos los secretos, sino en tener a su hermana más tiempo desnuda en la cama.

¡Malditos fueran los hombres y su incapacidad de pensar en más de una cosa al mismo tiempo!

—Eso es —dijo—, aunque no conseguí sonsacarle adónde iban.

—Yo tampoco —apuntó Rick—. Will me comentó que no podía

arriesgarse a decírmelo. Tu madre hubiera enviado un mensaje de texto a Rose de camino al aeropuerto y habría arruinado la sorpresa.

—Volverán dos días antes del concierto, pero Will me ha dicho que te había dejado las notas de Rose —dijo Sherry.

—Sí, está todo en el despacho de Rose: la agenda negra, las carpetas y los contratos.

—Y Will me ha dicho que te ocuparás de todo mientras están fuera —eso era lo que le preocupaba a su madre: que hubiera accedido a hacer algo de lo que no era capaz y que, en realidad, no deseaba hacer.

Pues tal vez hubiera llegado la hora de demostrar a sus padres, y a Tom Buckley, que se equivocaban. Si Rose podía organizar un concierto benéfico, ella también podría.

—Así es —y lo haría.

Pero no quería hablar de ello delante de Tom. Por otro lado, no podría dormir esa noche si no acordaban un plan para el concierto. Lo único que le faltaba era que fuera un desastre porque Rose no estaba, justo el año en que había un periodista para dar fe de todo para la posteridad.

¿Cómo habían podido hacerle eso Will y Rose? Era evidente que el amor los había trastornado. Era la única explicación.

—Pareces preocupada, cariño —su padre le pasó el brazo por la cintura y la atrajo hacia sí para abrazarla—. Pero no tienes por qué. Rose ha estado llevando esto durante años y siempre ha funcionado como un reloj. Hace meses que todo está contratado.

Violet miró a su padre. Si todo estaba solucionado, ¿por qué Rose iba siempre de un lado a otro corriendo, como una loca, las últimas semanas previas al concierto?

—Tal vez tu padre sea un poco optimista —intervino Sherry—. Pero, cariño, de verdad que todo está organizado. Y lo que queda es porque hay que hacerlo a última hora. Y seguro que encontraremos a alguien, si tú no quieres hacerlo. Rose y Will lo entenderán. Llamaré a una agencia.

Una persona de una agencia: otro desconocido en su hogar que asumiría la responsabilidad del concierto más importante del calendario de los Screaming Lemons; alguien a quien le daría igual que todo estuviera perfecto o simplemente bien, con tal de que le pagaran.

Violet miró a Tom. Casi leyó la historia escribiéndose sola tras sus cansados ojos. «Hija alocada de un famoso desaparece antes de un importante acontecimiento benéfico, tras un idilio arrollador, y siembra el caos en la organización del concierto. Su gemela, la mujer del vídeo sexual, decide que prefiere cortar flores que encargarse de la tarea».

Era un comienzo casi tan malo como el suyo en la cafetería.

—No, lo haré yo. No tienes que llamar a nadie. Me ocuparé del concierto. He visto hacerlo a Rose, y estoy segura de que sus notas serán muy buenas. Quiero hacerlo.

Era mentira. Lo último que deseaba, cuando debiera vigilar a Tom, era embarcarse en un importante proyecto en el que tendría que hablar con todos a los que llevaba ocho años evitando. Pero, a veces, para demostrar algo, sobre todo a alguien como Tom Buckley, había que sacrificarse.

—¿Estás segura, cariño? —su madre frunció el ceño—. No parece que sea… bueno, lo tuyo.

Por supuesto que no lo era. Por mucho que ella se hubiera quejado por que sus padres hubieran llamado a Rose para que organizara la ceremonia de renovación de sus votos matrimoniales, sabía perfectamente por qué lo habían hecho: para ahorrar a Violet el sufrimiento de volver a tener que enfrentarse al público y a la publicidad. Ya bastante desagradable era tener que hacerlo como invitada a innumerables actos benéficos. Siempre que había cámaras, se ponía de los nervios. Y la organización del concierto supondría relacionarse con estrellas del pop y famosos.

Habría muchas cámaras. Le temblaban las manos solo de pensarlo.

—Estoy segura —afirmó con toda la firmeza de que fue capaz—. El concierto benéfico es importante, y quiero asegurarme de que todo irá igual de bien que si Rose estuviese aquí.

Tal vez pudiera simplemente fingir que era Rose. Tal vez nadie notara que era la otra gemela.

—Bueno, cariño, si estás segura… —dijo su padre con el ceño fruncido. De pronto sonrió y le dio una palmada a Tom en la espalda —. Quizá Tom pueda echarte una mano.

Capítulo 5

Tom no sabía si era la falta de sueño o si realmente se estaba perdiendo parte de la conversación. Le pareció que en realidad había dos: una con palabras y la otra con los gestos de las cejas.

De todos modos, estaba seguro de que no podría entender la segunda hasta que no durmiera. De hecho, estaba pensando en la manera de que lo llevaran a su habitación cuando Rick le ofreció que

ayudara a Violet.

—¿Yo? ¿Que la ayude con el concierto benéfico?

Sherry palmoteó.

—¡Es una idea genial! Por algo me casé contigo —declaró, y volvió a besar a su esposo.

Tom se fijó en que Violet no había dicho nada. Parecía estar en estado de shock y necesitada de terapia para empezar siquiera a considerar la idea.

—A no ser… Violet, cariño, ¿estás segura de que de verdad quieres hacerlo? —Sherry volvió a fruncir el ceño y Rick la imitó.

Sí, era evidente que Tom se estaba perdiendo algo.

Pero Violet se recuperó del shock, sonrió y dijo:

—¡Claro que sí! Y agradecería toda la ayuda que Tom me pueda prestar en los ratos libres que le deje el trabajo que ha venido a hacer —incluso consiguió dirigirle una sonrisa sincera.

—Entonces, no se hable más —dijo Rick, aunque su entrecejo indicaba que el asunto no estaba arreglado. Tom se imaginó que habría una conversación familiar cuando él hubiera encontrado, por fin, una cama en la que echarse.

Pues que así fuera. A pesar del entusiasta recibimiento de Sherry, no era de la familia. No necesitaba saber todo lo que decían. Solo quería su historia y, desde luego, sus secretos. Estos serían los que distinguirían su libro de todo lo que se había escrito sobre Rick Cross y su familia.

Y estaba convencido de que los conseguiría a partir del día siguiente.

—Si tengo que estar listo para comenzar a entrevistaros, escribir un libro y organizar el mejor concierto de la historia, lo mejor será que me vaya a dormir —dijo con la mejor de sus sonrisas.

—Por supuesto —Sherry adoptó rápidamente el papel de anfitriona —. Violet, ¿le enseñas a Tom su habitación?

La sonrisa de Violet comenzaba a parecer fija, pero nadie se dio cuenta excepto Tom.

—Claro, y yo también voy a acostarme —besó a sus padres en ambas mejillas—. Ha sido un día estupendo. Que cumpláis muchos más años de casados.

Tom siguió a Violet a través de los jardines. La fiesta llegaba a su fin, una vez que los Screaming Lemons habían acabado de tocar. Las lucecitas de los árboles iluminaban platos y vasos vacíos y el suelo manchado de hierba de los entoldados. Algunos rezagados seguían en el bar, donde la única camarera que quedaba bostezaba ostensiblemente, pero la mayor parte de la gente se había marchado.

Tom alabó su buen sentido. Aunque teniendo en cuenta que eran más de las cuatro de la mañana…

Miró hacia atrás y vio que Rick y Sherry se dirigían a donde se hallaba el resto de la banda con sus parejas y amigos, sentados a la luz de la luna. Jez rasgueaba una guitarra acústica y sus notas se mezclaban con las risas y la conversación.

—No sé cómo aguantan —dijo Violet después de ver hacia dónde miraba Tom—. Yo estoy molida, pero ellos siempre son los últimos en abandonar la fiesta. Supongo que es cuestión de orgullo. Y siempre acaban la noche juntos.

Tom debiera estar allí empapándose del momento, del ambiente que haría que su libro fuera auténtico. Sin embargo, era un momento privado y él, un recién llegado. No podía obligar al grupo a que lo aceptara. Tenía que ganarse su sitio, lo cual suponía tiempo y confianza.

Violet lo miraba de manera extraña.

—¿Sigues queriendo acostarte? —se sonrojó levemente, y él supo que esperaba que bromeara sobre si le estaba proponiendo irse a la cama con él, así que no lo hizo.

—Quiero decir solo, no conmigo —balbuceó ella, como si él se lo hubiera propuesto.

Se lo debían de proponer con frecuencia, aunque se imaginaba que ella haría caso omiso o le devolvería la gracia al bromista. Después de su comportamiento en la cafetería, Tom sabía que poseía la seguridad en sí misma y la energía para hacerlo.

Pero, en aquel momento, parecía una Violet distinta, alguien que había conocido la humillación y el dolor; una Violet a la que no esperaba conocer cuando en Miami y Nueva York había leído sobre la gemela del vídeo sexual.

Recordó que ella ni siquiera había hecho declaraciones ni se había disculpado por haber dado mal ejemplo y haber decepcionado a las muchas adolescentes que la respetaban. Tampoco había lamentado la vergüenza causada a la familia.

¿Por qué? De repente, le interesaba mucho saberlo. Pero esos temas requerían paciencia y confianza. Tal vez cuando hubieran transcurrido unas semanas. Al fin y al cabo, iban a preparar juntos el concierto. Disponía del tiempo necesario para averiguarlo todo sobre Violet y su familia.

—Sinceramente, Violet, esta noche rechazaría tu proposición, si me la hicieras —le sonrió amigablemente para demostrarle que era una broma y que no pretendía ofenderla. Pero, cuando sus miradas se encontraron, deseó no estar agotado y que aquella hermosa mujer le hiciera realmente un ofrecimiento.

Lo que era ridículo, desde luego. No tenían nada en común. Ella nunca lo entendería ni tampoco entendería su vida, y él hacía mucho tiempo que había abandonado el hábito de acostarse con cualquier

hermosa mujer que se lo propusiera. Quería que sus relaciones sexuales tuvieran algún sentido. No se refería a un amor verdadero y eterno, sino, al menos, a una conexión significativa.

No se imaginaba ninguna entre la egocéntrica hija de un famoso y él. De todos modos, sintió cierto alivio al observar que el color de las mejillas de Violet disminuía y que asentía rápidamente.

—Vamos, entonces. Tu habitación está por aquí —Violet se dirigió a la escalera principal.

Mientras la seguía, Tom tuvo que morderse la lengua para no preguntarle dónde estaba la de ella.

Violet se despertó agotada, tal vez debido a la excitación y el caos del día y de las semanas anteriores. No había podido relajarse lo suficiente para dormirse, a pesar de que eran más de las cuatro de la mañana cuando se fue a la cama. Al final, después de una hora de dar vueltas y más vueltas, se había dado por vencida y había encendido la luz de la mesilla para leer.

Una ducha, los vaqueros más cómodos que tenía y una camiseta la hicieron volver a sentirse un ser humano. Se recogió el pelo, se aplicó crema hidratante y bajó a tomarse un café.

—El café mejorará las cosas —murmuró al encender la cafetera.

La mentira era tranquilizadora. ¿Cómo iba una taza de café a mitigar todas las preocupaciones que se le habían acumulado en las veinticuatro horas anteriores?

—¿Crees que incluso puede ayudar a tu anciano padre? —le preguntó Rick, apoyado en el marco de la puerta—. Creo que ya soy demasiado viejo para trasnochar.

—En absoluto —Violet le preparó una taza—. Seguirás cantando cuando vayas con bastón y el resto de nosotros nos hayamos vuelto viejos y aburridos.

Pero ella no necesitaba que pasara el tiempo: ya era vieja y aburrida. Toda su existencia se hallaba confinada en los límites de Huntingdon Hall. O lo había estado. Tal vez el concierto le ofreciera la ocasión de extender las alas.

—Tengo la suerte de tener a mis hijas para sostenerme —afirmó Rick mientras se sentaba a la mesa de la cocina—. No sería tan divertido sin vosotras.

—¿Mamá sigue durmiendo? —Violet le dio la taza a su padre y se sentó.

—Dice que necesita dormir para estar guapa —Rick se rio— . Claro que todos sabemos que ya lo está sin que tenga que dormir.

—Pensé que nadie se levantaría hasta dentro de unas horas.

—Tengo que trabajar en el centro esta mañana —dijo Rick—.

Nadie más podía hacer ese turno, así que…

Violet le sonrió. Aunque todo el mundo sabía que Rick y Sherry apoyaban públicamente toda clase de causas benéficas, muy pocos sabían el tiempo que les dedicaban. Su padre trabajaba mucho en organizaciones de lucha contra el Alzheimer, además de ayudar en el centro local de rehabilitación de drogadictos, en tanto que su madre se dedicaba a colaborar con organizaciones de ayuda a la infancia. ¿Le hablarían de eso a Tom? Violet no tenía ni idea.

—Volveré esta tarde para conceder a Tom la primera entrevista. Y tú, ¿qué vas a hacer hoy?

Violet tomó un sorbo de café.

—Voy a mirar los archivos de Rose para hacerme una idea de en qué me he metido con esto del concierto.

Rick se puso serio.

—Ya sabes, cariño, que no hace falta que te encargues tú. Aún estás a tiempo de cambiar de idea.

—Crees que no soy capaz de hacerlo, ¿verdad?

—Violet, creo sinceramente que, si lo decides, puedes hacer todo lo que quieras. Pero se trata de si de verdad quieres hacerlo.

Violet se mordió el labio inferior. Su padre creía que podía hacerlo. Confiaba en ella. Y tal vez supiera algo que ella desconocía. Al menos, quería tener la oportunidad de demostrarle que no estaba equivocado.

—Quiero hacerlo —afirmó sin hacer caso del incipiente temblor de su cuerpo. Era la oportunidad de hacer algo más que estaba esperando —. Es importante para mí, y creo que ya es hora —hora de dejar de esconderse entre los muros de Huntingdon Hall; hora de empezar a vivir de nuevo en el mundo real, aunque estuviera lleno de monstruos.

La sonrisa de su padre recompensó con creces su decisión.

—Creo que tienes razón —dijo Rick, y le besó la mano por encima de la mesa—. Creo que ha llegado la hora de que el mundo entero se acostumbre a ver, de una vez, a la verdadera Violet Huntingdon-Cross.

Violet le devolvió la sonrisa, a pesar de los nervios que sentía.

¿No sería maravilloso que las palabras de su padre se hicieran realidad?

Capítulo 6

Huntingdon Hall era inmensa, pensó Tom, tras perderse por tercera

vez de camino a la cocina. Estaba decorada con buen gusto, y no se había intentado recrear el estilo regencia como él había creído, ya que la familia casi pertenecía a la aristocracia. Pero como aquella familia era poco corriente en todos los aspectos, ese era uno más.

Había muchas contradicciones que tenía que descubrir, pero sería divertido.

Primera contradicción: Sherry había heredado la mansión solariega de su familia aristócrata, pero la había reformado con el dinero de su esposo o con el suyo propio, pensó Tom. Al fin y al cabo, había tenido una lucrativa carrera de modelo. El exterior del edificio parecía de otro periodo histórico, el interior era moderno.

Mientras Tom recorría un pasillo que parecía exactamente igual que el que acababa de dejar, las indicaciones que le había dado Violet la noche anterior le parecieron ridículas: «Sigue las paredes. Al final, todas llevan a la escalera principal».

¿Que siguiera las paredes? ¿Qué consejo era ese? Sobre todo cuando parecía que llevaba cinco minutos siguiéndolas en la dirección equivocada. ¿Por qué no había un criado en algún sitio para ayudarlo?

Eso le llevó a la segunda contradicción. En una casa de ese tamaño, con una familia tan rica, había esperado que hubiera decenas de lacayos corriendo de un lado a otro para servirlos. Pero no había visto a nadie. Estaba seguro de que había un ama de llaves, y dudaba mucho que Sherry se dedicara a limpiar la casa. Pero ¿aparte de eso? Parecía que todo quedaba en familia. Rose se encargaba de las relaciones públicas de la banda y de todo lo que hubiera que organizar.

Al menos, hasta que se había ido de luna de miel y Violet se había hecho cargo.

Violet era, sin lugar a dudas, la tercera contradicción.

Tom dobló otra esquina y, por fin, llegó a la escalera principal. El camino hasta su desayuno estaba despejado.

Bajó saltando los escalones de dos en dos mientras sonreía porque oía voces que esperaba que procedieran de la cocina. Se sorprendió de no haber sido el primero en levantarse, ya que, a pesar de haberse acostado tan tarde y de su nivel de agotamiento, le había resultado imposible dormir más allá de las diez. Tantos años temiendo perderse un vuelo a algún sitio habían hecho que tuviera el sueño ligero.

—Buenos días.

Rick y Violet levantaron la vista al oír sus palabras, y Tom tuvo el presentimiento de que los había interrumpido.

—Nuestro huésped está despierto —Rick se acercó con la cafetera —. ¿Un café solo? ¿O eres de los que, como mi hija, toman leche templada con olor a café?

—Solo, por favor.

En realidad, prefería algo intermedio, pero no quería arriesgarse a suspender la prueba del café de Rick Cross ni ninguna otra que le pusiera antes de que se confesara con él y le diera el material que necesitaba.

Rick asintió mientras se lo servía.

—Buena elección. Y acerca de la entrevista de hoy… —dio a Tom la taza con una sonrisa de disculpa. A Tom se le cayó el alma a los pies. No habría entrevista ese día.

Era el riesgo que corría al haber ido allí. Estar en Huntingdon Hall daba acceso a todo, pero producía en las personas la ilusión de que tenían un tiempo ilimitado y un montón de excusas para no sentarse a hablar con él.

Tom no disponía de tiempo ilimitado, y necesitaba aquella historia.

—Esperaba que pudiéramos comenzar con preguntas sobre lo que los Lemons están haciendo en la actualidad. Probablemente tenga espacio en dos revistas, y estaría bien que la gente sepa lo que la banda va a publicar.

—Rose se enfadaría mucho si me viera rechazar la publicidad, pero me temo que hoy tengo compromisos a los que tengo que atender antes de sentarme contigo —Rick agarró su taza. Tom observó, sorprendido, que tenía leche—. Lo siento, Tom. Volveré esta tarde. Me ocuparé de que Sherry y los chicos de la banda te dediquen también un tiempo. Quiero que el grueso de las primeras entrevistas se haya hecho en las dos próximas semanas, para, después, poder centrarnos en el concierto. ¿Te parece bien?

—Estupendo —así que Rick no iba a evitar que lo entrevistara. Tal vez fuera tan en serio con lo del libro como Tom esperaba—. Y ya me las arreglaré para encontrar algo en que entretenerme esta mañana.

No era su intención mirar a Violet, pero la vista se le fue en esa dirección. Su cabello parecía más oscuro. ¿Lo tendría mojado? En vaqueros y camiseta y sin maquillaje parecía mucho más joven y vulnerable.

¿De qué hablaba con su padre antes de que él entrara? Tom deseó haberse quedado fuera escuchando.

—Puedes ayudar a Violet a repasar las notas de Rose – Rick parecía muy complacido consigo mismo por aquella idea. —Así podríais acelerar los planes del concierto— se acercó a su hija y le apretó el hombro. Ella le sonrió débilmente. —Todo el mundo necesita que lo ayuden de vez en cuando, ¿verdad, cariño?

—Supongo —Violet respiró hondo y miró a Tom a los ojos—. ¿Qué te parece, Tom? ¿Estás dispuesto a aceptar el desafío?

—Por supuesto —se tomó el café de un trago y sonrió, sin saber si el desafío era el concierto o ella.

—A ver, Will me dijo que Rose había dejado aquí todo lo relacionado con el concierto benéfico —Violet se acercó a la puerta del despacho del primer piso, que se utilizaba muy poco. Hacía años que no entraba allí, desde que era el cuarto del despacho.

Era el despacho de Rose, no el suyo. A pesar de lo unidas que estaban las gemelas, en los años anteriores sus vidas se habían distanciado, y la distancia había aumentado al irse Rose a Nueva York.

Seguían hablando de casi todo. Violet sabía que, si necesitaba algo, Rose acudiría en su ayuda inmediatamente. Pero sus vidas eran distintas. Rose viajaba por el mundo y se iba construyendo una carrera trabajando para los Screaming Lemons, y también cultivando su pasión por la joyería. Las alianzas que había diseñado para Seb y Daisy, y el brazalete para su madre, eran de las cosas más bonitas que Violet había visto en su vida. Rose tenía talento, y Violet sabía que Will la animaría, sobre todo porque ella había decidido dejar la publicidad y perseguir sus sueños.

Tal vez fuera hora de que ella también lo hiciera, pensó Violet al abrir la puerta del despacho.

—¿Te dijo Will exactamente dónde? —preguntó Tom.

Buena pregunta. A ella se le cayó el alma a los pies al contemplar los montones de papeles, las carpetas llenas y el montón de revistas sobre el escritorio. La pobre Rose se había pasado el mes anterior agobiada con la preparación de la gira de la banda y la promoción de su último disco, además de la organización de la ceremonia de renovación de los votos de sus padres. No era de extrañar que no hubiera tenido tiempo de ordenar todo aquello.

—Tenemos que empezar haciendo limpieza —dijo ella al tiempo que agarraba la vieja agenda negra de Rose, que se hallaba en medio de los montones de papeles del escritorio—. Lo miraremos todo en la agenda y buscaremos el material relevante, después estableceremos aquí mi despacho. Will me ha dado acceso al correo electrónico que Rose utiliza para el concierto benéfico todos los años. Así que tendré todo para poder empezar…

—Cuando encuentres el escritorio —Tom acabó la frase por ella.

—Lo siento. Probablemente no sea lo que esperabas hacer esta mañana.

Él se encogió de hombros.

—No, pero esta tarde me resarciré. Y no voy a perder completamente el tiempo. Puedo hacerte preguntas mientras trabajamos —sacó su teléfono inteligente y buscó una aplicación con el icono de un micrófono—. No te importa que te grabe, ¿verdad?

Violet se quedó inmóvil y con la espalda en tensión. Al menos le había preguntado. La vez anterior no lo habían hecho.

—Creo que hoy deberíamos centrarnos en ordenar todo esto. Si voy a hacer declaraciones, quiero asegurarme de poner toda mi atención en tus preguntas.

De ese modo, a él le resultaría más difícil hacerle preguntas trampa o tergiversar sus palabras. Después del asunto del vídeo, había dedicado cierto tiempo a estudiar cómo enfrentarse a los medios de comunicación. Claro que, cuando todas las preguntas eran sobre el vídeo, no había mucho que hacer. Pero sabía mucho más que a los diecinueve años, y dicho conocimiento le proporcionaba cierta seguridad.

—Muy bien, me parece justo —Tom volvió a meterse el móvil en el bolsillo y Violet se relajó. Si él sabía por qué la había alterado, y sin duda lo sabía, no lo demostró. Era un profesional, pensó ella—. ¿Por dónde empezamos?

Violet examinó la habitación.

—¿Por el escritorio? Probablemente sea allí donde esté el material más reciente. Y, cuando lo hayamos ordenado, al menos tendremos un sitio donde trabajar.

—Me parece un buen plan —Tom agarró un montón de papeles y un jersey rojo de la silla del lado de las visitas del escritorio, los dejó sobre este y se sentó. Después tomó unas carpetas del extremo del mismo.

Violet agarró otras y se sentó en la otra silla.

—¿Es tu hermana siempre así de desordenada cuando trabaja? —le preguntó Tom.

Violet se enfureció.

—Ha estado enormemente atareada. Seguro que si estuviera aquí sabría dónde está cada cosa. Es muy eficiente.

—No lo dudo —Tom dejó la primera carpeta en el suelo—. Este es mi montón de renovación de los votos matrimoniales. Supongo que a Rose le ha debido de llevar mucho tiempo. Pero habréis ayudado todos, ¿no?

—Como hemos podido —respondió Violet. Claro que con Daisy con las primeras molestias del embarazo, y ella dedicada a los arreglos florales, había sido básicamente Rose la que había hecho el trabajo. Como siempre—. Mi madre estaba quemada después de haber organizado la boda de Daisy y Seb, así que dejó que se encargara Rose. Yo me ocupé de las flores.

Tom alzó la cabeza y la miró con expresión de leve incredulidad.

—¿Haces arreglos florales?

—Sí —nadie se esperaba que la gemela del vídeo sexual se dedicara los fines de semana a poner flores en la iglesia—. Desde hace años soy la presidenta del comité de arreglos florales de la iglesia local.

Eso, desde luego, también había sido un escándalo: era demasiado joven, carecía de experiencia, y no tenía muy buena reputación. Pero, al menos, dicho escándalo no había llegado a la prensa nacional.

—Siempre me imaginé que esas señoras estaban… —Tom se calló y Violet enarcó las cejas mientras esperaba que terminara la frase— casadas.

Violet lanzó una carcajada y agarró otra carpeta.

—Casadas. ¿Es eso todo lo que se te ocurre?

—Vale, de acuerdo. Creía que eran mayores, más aburridas, más anodinas y considerablemente menos guapas que tú.

Violet sintió que el calor le subía a las mejillas, pero se resistió a preguntarle si de verdad le parecía guapa.

Seguro que él creería que buscaba que la alabaran.

—Pues resulta que los arreglos florales ahora son muy populares —no sabía si era verdad, pero sonaba bien—. En todo el país, las jóvenes hacen cursos —probablemente.

—¿Tú hiciste uno?

—No exactamente.

—Entonces, ¿cómo demonios te nombraron presidenta del comité de arreglos florales de la iglesia? Seguro que había una cola de señoras de pelo gris dispuestas a asumir el cargo. ¿No les molestó que se lo arrebataras?

Claro que sí. Pero Tom lo decía como si ella hubiera aparecido de pronto exigiendo que le dieran el puesto por ser sus padres quien eran, del mismo modo que algunas personas a las que conocía exigían que se las dejara entrar en clubes privados. Y, normalmente, lo conseguían.

—Me enseñó durante cinco años la presidenta anterior del comité —dijo Violet al tiempo que se le formaba un nudo en la garganta, como siempre que pensaba en Kathleen—. Cuando cayó enferma insistió en que yo me hiciera cargo. Me dictaba los arreglos por teléfono, tenía que llevarle fotos para demostrarle que lo estaba haciendo bien. Cuando murió… me eligieron al día siguiente del entierro.

De hecho, Kathleen había intentado dejarle el cargo en herencia en su testamento, pero no era de su propiedad, por lo que hubo una votación que Violet ganó por un solo voto de diferencia.

De todos modos, creía que con el paso de los años se había ganado a las que tenían dudas sobre ella. Era lo único que había conseguido. Hasta ese momento. Era un salto enorme pasar de los arreglos florales a la organización de un concierto, pero, con independencia de lo que sucediera, demostraría que podía hacerlo, igual que había demostrado su valía en el comité de la iglesia.

—Pero lo deseabas —Tom ladeó la cabeza y la examinó. Ella

estuvo a punto de estremecerse, pero se esforzó por mantenerse inmóvil. Estaba segura de que él quería que se estremeciera, y ella no iba a conceder a Tom Buckley nada de lo que deseara.

—Para Kathleen significaba mucho que yo desempeñara ese cargo. Y me produce un gran placer trabajar con flores.

Él asintió con aire ausente, pero volvió a fijar sus ojos verdes en ella y le preguntó:

—Entonces, ¿cómo pasa la hija de una estrella del rock de protagonizar un vídeo pornográfico a dedicarse a los arreglos florales de Semana Santa?

Capítulo 7

Violet se quedó inmóvil durante unos segundos. Tom se recostó en el respaldo de la silla y esperó. Sabía cuál era su papel. En una entrevista normal, ese era el momento en que la persona entrevistada intentaba recordar todos los consejos de su relaciones públicas sobre cómo presentar sus fechorías del mejor modo posible.

Y la señorita Violet Huntingdon-Cross había recibido, como era evidente, consejos, probablemente de su hermana gemela: intentar pasar desapercibida, hacer trabajo de voluntariado o para la comunidad, rehabilitar la propia imagen hasta que todos olvidaran que la habían visto desnuda en Internet, en escenas de sexo.

¿Para eso le había presionado Rick para que la ayudara con el concierto? Tom no dudaba que lo que más le interesaba a Rick era que se hiciera publicidad a la banda, pero tal vez relanzar a su hija mayor como un miembro responsable de la sociedad fuera un buen beneficio secundario. Tal vez fuera ese el propósito de haberlo hecho ir hasta allí. Con dos hijas casadas, su padre podía presentarlas como personas asentadas y maduras, y Violet iría montada en su carro.

Sin embargo, Tom la había visto perder los estribos en la cafetería del aeropuerto. Había contemplado a la Violet real, salvaje y apasionada.

—Creí que estábamos de acuerdo en que este no era el momento adecuado para una entrevista —dijo ella con voz dura.

Él se encogió de hombros.

—No estoy grabando. Solo era una pregunta.

—Seguro —Violet sonrió con amargura—. Supongo que mi respuesta sería extraoficial y todo eso. Pues no, gracias, ya sé cómo es esto.

—Si digo que algo es extraoficial, lo es —Tom se irritó un poco ante lo que implicaban las palabras de ella—. Tu padre me ha traído aquí porque conoce mi reputación de periodista justo, honrado y preciso. No trato de engañarte, Violet.

Se había esforzado mucho para obtener dicha reputación, después de la historia con la que se había hecho un nombre, para ponerla en peligro por una rubia alocada. Incluso su madre, si viviera, reconocería que era una persona respetable.

Violet lo miró a los ojos, con los suyos, azules, muy abiertos y

vulnerables. Probablemente hubiera practicado esa mirada en el espejo.

—Muy bien —dijo asintiendo levemente.

Pero no contestó a su pregunta, sino que volvió a la carpeta que tenía en la mano y la miró atentamente con el ceño fruncido. Tom quiso preguntarle qué leía, pero se dio cuenta de que era más importante que respondiera otra pregunta.

—¿A qué te refieres con que sabes cómo es esto?

Ella se encogió de hombros.

—Una declaración extraoficial solo se mantiene como tal hasta que alguien dice algo por lo que merece la pena saltarse las normas.

—Eso no es verdad —Tom defendió su profesión automáticamente, aunque sabía que en el caso de algunos periodistas era cierto, como esos que interceptaban correos electrónicos o mensajes telefónicos sin importarles el acuerdo verbal al que habían llegado con los entrevistados. De todos modos, era poco más que una convención social, un detalle agradable para que el entrevistado se sintiera cómodo.

Pero él había respetado esa convención toda su carrera, salvo en una ocasión, y no tenía intención de volver a saltársela.

—¿En serio? —Violet enarcó las cejas con incredulidad—. ¿De verdad crees que todos los periodistas respetan la intimidad de las declaraciones extraoficiales? —negó con la cabeza sin esperar respuesta—. La única forma de estar a salvo es asumir que todo lo que dices es oficial en todo momento —la convicción que había en sus palabras indicó a Tom que no se trataba del consejo de un experto, sino del lema que guiaba la vida de Violet, o al menos el que la guiaba en aquel momento.

—¿Al hablar con un periodista? —le preguntó Tom con la intención de que reconociera lo que sospechaba—. ¿O al hablar con cualquiera?

Ella dejó de mirarlo.

—Depende de con quién estés hablando y de si confías en que no vaya a vender la historia a los periódicos.

—¿Y tú en quién confías tanto? —Tom tenía el presentimiento de que la lista sería muy corta.

—¿Y tú? —contraatacó ella pillándolo desprevenido.

—A nadie le interesan mis historias personales —la mera idea lo hacía reír. Era periodista, siempre entre bastidores, y su trabajo consistía en arrojar luz sobre las vidas ajenas. Nadie tenía que examinar la suya, ni quería que lo hiciera.

—Suponte que interesan. Es una hipótesis —Violet se inclinó hacia él, e incluso con el escritorio entre ambos, su mirada inquisitiva lo hizo sentir incómodo—. Imagínate que sucede algo en tu vida, como

ganar a la lotería, escribir el siguiente libro de Harry Potter, casarte con alguien famoso, lo que sea. De repente, todo el mundo quiere conocer tus secretos. ¿A quién le contarías la verdad?

«A nadie», pensó él. No había nadie en quien confiara tanto, nadie a quien hablarle de sus sueños y esperanzas, nadie a quien confiar sus fracasos o lamentaciones.

Tenía amigos, claro. Un montón. Los suficientes en cada país para tener siempre alguien con quien ir a cenar o a tomar una copa. Y también tenía amigas. Un montón. Que no tuviera una en aquel momento no era relevante para la pregunta de Violet. No había contado a las anteriores nada más que lo que creía que debían saber. Probablemente, su madre había sido la última persona en quien había confiado plenamente, y hacía tiempo que había muerto. Sin mencionar el hecho de que haberle dicho la verdad no había acabado bien.

Él no era la historia ni lo había sido. Para eso era periodista.

—Nunca me ha sucedido nada importante —dijo él con toda la despreocupación de la que fue capaz—. El hecho de pasar totalmente inadvertido es una de las razones por las que he logrado tener éxito como periodista musical. Así que te toca. ¿En quién confías de verdad? Supongo que en Rose, en Daisy y en tus padres. ¿En alguien más?

—Me parecen bastantes, ¿a ti no? —Violet se volvió a recostar en el respaldo de la silla y a tomar de nuevo la carpeta—. Al fin y al cabo, son cuatro personas más de las que tú tienes —añadió sin alzar la vista.

Tom no supo qué contestar.

Iban a tardar una eternidad en repasar todas las carpetas de Rose. Violet reprimió un suspiro, ya que Tom le preguntaría de inmediato por qué suspiraba. Le preguntaría si estaba enfadada por la marcha de su hermana o, aún peor, si estaba enamorada de su cuñado. Tenía el presentimiento de que solo era cuestión de tiempo que alguien se diera cuenta de que Rose se había casado con el hombre que llevaba unos años escoltando a su hermana y sacara la equivocada conclusión de que ahí había una jugosa historia.

Violet miró a Tom a hurtadillas y reflexionó sobre el modo en que él había esquivado la pregunta de en quién confiaba. Por un lado, a ella le había sorprendido que hubiera alguien con una lista más corta que la suya; por otro, dada su profesión, tal vez no resultara tan sorprendente.

Tom debía de saber que todo el mundo tenía un precio cuando la historia o el vídeo eran lo bastante buenos.

Aun así, ella esperaba que tuviera alguien en quien confiar. Un amigo y colega, o una amiga leal. No todo el mundo tenía la suerte de tener un amigo íntimo desde el momento de nacer, como les había sucedido a Rose y a ella, pero Violet había creído que Tom habría encontrado al menos una persona de quien fiarse.

Lo más raro de todo era lo que había experimentado al ver que él eludía responder; la extraña sensación de que, en aquel momento, ambos habían mirado más allá de la máscara que no se solían quitar y habían visto algo que no deseaban que el otro viera. ¿Había visto él, de verdad, su miedo y su falta de seguridad en sí misma de un modo que ni siquiera su familia captaba? ¿O se había ella imaginado esa mirada inquisitiva?

¿Y él? ¿Había ella reconocido verdaderamente a otra persona que entendía que la verdad era algo íntimo que no siempre había que revelar? Al menos sabía que él tampoco confiaba en la gente.

¿Se sentía solo? ¿O le gustaba estarlo? ¿Le facilitaba el trabajo no preocuparse de sus amigos ni de su familia, que podían decepcionarlo o no aprobar lo que escribía?

¿O había habido alguien que lo había traicionado por una historia, como Nick había hecho con ella?

Violet negó con la cabeza y miró la carpeta. Estaba proyectándose. Cualquiera que fuera la historia de Tom, estaba segura de que no tenía nada que ver con la suya.

Dejó la carpeta que no tenía en la mano e iba a tomar otra cuando le sonó el móvil, que llevaba en el bolsillo. Se levantó y consultó el nombre en la pantalla.

—Es Rose —dijo al tiempo que pulsaba la tecla de contestar—. Voy a hablar a la otra habitación.

—Ya puestos, a ver si consigues saber dónde ha escondido los contratos de la banda.

Ella asintió y fue al salón contiguo para hablar con su hermana. No quería que nadie en quien no confiaba la oyera hablar con alguien de su familia.

—Hola, ¿dónde estás? —Violet cerró la puerta al entrar, por si acaso a Tom se le ocurría intentar espiarla—. ¿Es bonito? ¿Hace sol?

—Sí —contestó Rose riéndose—. Debo reconocer que Will se ha superado a sí mismo. Pero tendrás que esperar a ver las fotos cuando volvamos. Quiero ver quién adivina primero dónde hemos estado.

—Qué mala eres —se quejó Violet—. ¿Eres feliz?

—Mucho —le aseguró Rose poniéndose seria—. De verdad, soy mucho más feliz de lo que me podía imaginar.

—Me alegro mucho —dijo Violet con sinceridad. Y mientras hablaba se pasó la mano por el espacio que había entre sus senos, justo por encima del corazón, y deseó poder encontrar esa felicidad.

—¿Y tú? ¿Cómo va todo?

Esa era la indicación para contarle a su hermana historias ligeras sobre todo lo ocurrido en las menos de veinticuatro horas que hacía que se había marchado. El problema era que no se le ocurría ninguna.

—Bien. Y no hay mucho que contar. Papá y mamá se quedaron levantados hasta muy tarde con los chicos. Papá ha ido hoy al centro a hacer su turno. Parecía un muerto viviente incluso después de haberse tomado dos cafés.

—¿Y Tom? ¿Le encontraste en el aeropuerto sin problemas?

—Sí —quería decir a Rose que le había dado mal la hora del vuelo. Pero, si lo hacía, tendría que explicarle qué sucedió después. Intentaba hallar el modo de eludir el tema cuando su hermana habló de nuevo.

—¿Qué ha pasado? Cuéntamelo ahora mismo.

—No sé de qué me hablas.

—Claro que lo sabes. Has puesto la voz de «estoy enfadada contigo, pero no sé cómo decírtelo». Recuerda que soy tu hermana gemela.

—Muy bien. Me diste mal la hora del vuelo. Tom me llamó para saber dónde estaba yo, así que tuve que salir corriendo al aeropuerto con el vestido de dama de honor y los tacones. Y después me puse en ridículo delante de todos los que había en la cafetería —Violet respiró hondo y se relajó después de habérselo contado a su hermana. No decirle algo a Rose suponía un mayor gasto de energía que hacerlo.

—Fue Will quien te mandó la hora del vuelo por correo electrónico. Si estaba mal, es culpa suya. ¿Y por qué te pusiste en ridículo?

Tal vez, Violet hubiera debido reservarse esa información.

—Estaba resuelta a causarle buena impresión, a hacer que le cayéramos bien para que escribiera cosas agradables sobre nosotros. Pero, después de su llamada y del tráfico, estaba nerviosa. Y había sido un día muy largo —un día terrible para la única mujer soltera de una familia cuyos miembros estaban locamente enamorados de sus cónyuges.

—¿Qué hiciste? —preguntó Rose, consternada, ya que llevaba veintisiete años siendo testigo de todas las meteduras de pata de Violet.

—¡Tom creyó que eras tú! —Rose sabía lo mucho que su hermana detestaba que las confundieran. Y después del día que había tenido era inevitable que acabara estallando por uno u otro motivo.

—No me digas que reprendiste al pobre hombre en público por no haber sabido diferenciarnos.

—¡Claro que no! De hecho, le seguí el juego durante unos instantes, pero enseguida se dio cuenta —Violet tragó saliva al recordarlo. Odiaba lo que iba a continuación, pero Rose iba a odiarlo

aún más—. Me dijo que había reconocido la expresión de mi rostro por el vídeo —no hacía falta decir cuál.

Se produjo un silencio al otro lado de la línea. Violet se imaginó que su hermana se había quedado sin aliento.

—Si quieres, me vuelvo a casa ahora mismo y le doy una paliza —afirmó Rose entre maldiciones. Violet reconoció algunas palabras que no les habían enseñado en el internado—. Me resulta increíble que me pareciera un buen tipo. Creí que podríamos fiarnos de él para hacer la entrevista a papá. Pero ahora… Voy a llamar a papá y a pedirle que lo mande de vuelta a la cueva de la que haya salido.

Una oleada de afecto por su hermana invadió a Violet. Contaba con su apoyo incondicional. Pero sabía que ella también había sido en parte responsable.

—Para ser justos, Tom llevaba días sin dormir y tenía un exceso de cafeína en el organismo. Y no me lo dijo de manera ofensiva. Bueno, en la medida en que le recuerdas a alguien el mayor error de su vida sin intención de ofenderlo.

—No fue culpa tuya —dijo Rose automáticamente, como siempre había hecho al mencionarse el vídeo, durante los ocho años anteriores—. Confiabas en él y no tenías ni idea de que te estaba grabando, y mucho menos que fuera a colgarlo en Internet. No te sientas responsable de las acciones de Nick.

—De todos modos, creo que Tom no pretendía ofenderme. Y puede que mi reacción fuera algo exagerada.

—¿Qué hiciste?

Violet estaba segura de que su hermana se había estremecido.

—Anuncié a toda la cafetería que sí, que yo era la gemela Huntingdon-Cross del vídeo, y que si tenían preguntas se las hicieran a Tom, ya que era evidente que había visto la cinta muchas veces.

Rose soltó una carcajada.

—¿En serio? ¡Fantástico! Es la primera vez que te oigo bromear sobre el tema.

—No bromeaba —murmuró Violet.

—Entonces, ¿llegó vivo a Huntingdon Hall? ¿Cómo va todo? Me refiero a que, tras ese inicio, supongo que ya forma parte de la familia —parecía que la felicidad de Rose no había disminuido su capacidad para el sarcasmo.

—En realidad, decidimos partir de cero de nuevo. Me está ayudando con el concierto.

—¿Vas a organizarlo? Me lo esperaba, ya que Will me había dicho que habías aceptado hacerte cargo. Pero no estaba segura de si te sentirías a gusto haciéndolo. Ya sabes que, si no lo estás, puede llamar a alguien de la agencia que trabaja para nosotros.

—Estoy bien. He dicho que lo haría y lo haré —y saber que todos

esperaban que se retirara aumentaba su resolución de que fuera un completo éxito—. Aunque nos estamos divirtiendo al tratar de ordenar tus papeles.

—Sí, siento el desorden. Pero hay un sistema, te lo prometo.

—¿Te importa explicármelo? —Violet se recostó en el sofá para tomar notas mientras Rose le explicaba el significado de los distintos colores y que el lado izquierdo del escritorio solo se utilizaba para asuntos pendientes. Solo esperaba que Tom y ella no hubieran desordenado el extraño sistema que había concebido.

Capítulo 8

Tom miró la pantalla en blanco del ordenador portátil y se frotó los ojos. Llevaba casi una semana en Huntingdon Hall, había realizado entrevistas detalladas a Rick, a Sherry y a la mayoría de los miembros de la banda. Tenía muchas horas de grabación y un cuaderno lleno de notas. Incluso había conseguido escribir un artículo preliminar para uno de sus directores de revista musical preferidos, en el que hablaba de la emocionante oportunidad que tenía por estar en Huntingdon Hall. Cuando saliera publicado en uno de los suplementos de ese fin de semana contribuiría a aumentar el interés por el concierto benéfico, así como por la promoción del nuevo álbum, e incluso se empezaría a hablar de la futura biografía del grupo. Había sido una semana productiva.

Entonces, ¿por qué seguía pensando en Violet, que continuaba trabajando con las notas de su hermana en el despacho de esta?

Se debía a que estaba seguro de que era la única que no se sinceraría con él. Tenía una cita para hablar con Daisy, e incluso con su marido, dos semanas después, cuando volvieran para el concierto, y estaba seguro de que podría obtener otra con Rose y su esposo cuando regresaran del viaje de novios. Pero Violet… estaba allí, en la casa, con él, pero no podía acercarse a ella. Incluso cuando estaban en la misma habitación, le dejaba bien claro que había una zona de exclusión a su alrededor que no podía pisar.

Tal vez hubiera intimado demasiado con ella en la conversación que habían tenido sobre la confianza, aunque él hubiera salido peor parado. Pero solo significaba que debería presionarla un poco más.

Tom cerró el ordenador portátil. Podía tomarse un descanso si eso implicaba conseguir que Violet se sincerase. Sus padres habían salido a promocionar por primera vez el concierto en la radio, sus hermanas estaban ocupadas en ser felices… solo estaban los dos allí. Tal vez pudieran acostumbrarse a hacerse compañía.

Otra cosa que había logrado esa semana era aprender a orientarse en Huntingdon Hall. Al menos ya no se perdía cuando buscaba la cocina.

Llamó a la puerta del despacho esperando que Violet le dijera que entrara, pero no contestó.

Al cabo de unos segundos, Tom empujó la puerta un poco y miró

por la rendija.

—Sí, lo entiendo, señor Collins, pero… —Violet estaba sentada al escritorio hablando por teléfono. Se le habían soltado algunos mechones de cabello del clip con el que se lo había recogido y se frotaba la frente con la mano libre—. Como ya le he dicho… —suspiró.

Tom entró y se sentó al escritorio frente a ella.

—¿Quién es? —susurró.

—El mánager de Olivia —susurró ella a su vez.

Olivia era la artista de moda que Rose había contratado. Tom la había entrevistado un par de veces, y, en la segunda, las exigencias de la estrella habían aumentado. En la industria se comentaba las ganas que tenían todos de que su estrella se extinguiera y comenzara a suplicarles que le consiguieran entrevistas en la prensa. Pero mientras los jóvenes siguieran bajándose su música…

Tom pulsó el botón del auricular para oír la diatriba del señor Collins.

—Lo que digo es que quiero hablar con alguien con más autoridad. Olivia no es una simple artista local, sino la cantante pop más importante del momento, por lo que no creo que una chica que solo es famosa por sus padres y por aparecer desnuda en Internet pueda…

—Señor Collins… —Tom se esforzó por hablar en un tono profesional, sin dejar traslucir su indignación— soy Tom Buckley. Hemos hablado en otras ocasiones, cuando me encargaron escribir sobre Olivia.

—Sí, Tom —dijo el señor Collins, algo inquieto al saber que estaba hablando con la prensa. Tom no se hacía ilusiones de tener poder alguno, pero la capacidad de hacer que los famosos parecieran desagradecidos, estúpidos o mezquinos tenía cierto valor—. ¿Va a cubrir ese concierto?

—Ayudo a la señorita Huntingdon-Cross a organizarlo este año. Ya sabe que es con fines benéficos. Tengo la lista de exigencias de Olivia aquí delante —le tendió la mano y Violet se la pasó. Tom le echó un vistazo y enarcó las cejas—. Supongo que Olivia es consciente de que todos los beneficios se destinarán a fines sociales.

—Por supuesto que sí —le espetó el señor Collins—. Siempre está dispuesta a ayudar a quienes no son tan afortunados como ella.

—En ese caso, me imagino que no querrá que las sesenta y siete cosas que nos exige nos impidan alcanzar nuestros objetivos este año, ¿verdad? Estoy seguro de que nadie se atrevería a decir que Olivia concede más importancia a tener a su disposición una determinada marca de vodka que al hecho de que niños hambrientos puedan comer caliente.

Se produjo una pausa al otro lado de la línea. Tom esperó. Era el

señor Collins quien debía mover ficha.

—Estoy seguro de que Olivia estará satisfecha con un vodka más asequible.

Tom tachó las tres botellas de vodka.

—Yo también lo estoy. De hecho, ¿por qué no habla con ella para ver de qué otras cosas está dispuesta a prescindir en beneficio de los niños? —y de la publicidad que obtendría, desde luego.

—Veré qué puedo hacer —dijo el señor Collins antes de colgar.

Sonriendo de oreja a oreja, Tom le devolvió la lista a Violet.

—Así hay que tratar a las estrellas adolescentes, desagradecidas y egocéntricas.

—¿Amenazándolas con publicar en la prensa que son terribles? —por alguna razón, Violet no parecía tan contenta con la victoria de Tom como él creía que debiera estarlo.

—No, haciendo que se den cuenta de la realidad de su situación. Son figuras públicas, y la gente se fija en su comportamiento y actitud. ¿No crees que se debiera saber que Olivia prefería una botella de vodka de trescientos dólares a ayudar a la recaudación de fondos para la que se supone que va a actuar?

—No. Sí —dijo Violet con la frustración reflejada en el rostro—. Mira, lo importante es que no necesitaba que me salvaras. Podía haberlo resuelto yo sola.

—No me cabe la menor duda —algo indicó a Tom que tenía que andarse con pies de plomo—. Pero, a veces, estos tipos reaccionan mejor ante la prensa que ante… —no supo cómo seguir. ¿Cómo describir a Violet de modo que no se irritara?

—¿Que ante una chica que solo es famosa por sus padres y por haber salido desnuda en Internet? —citó Violet al señor Collins con voz amarga.

—No iba a decir eso.

—Pero es lo que piensas, ¿verdad? —ella le sonrió con tristeza—. Sé cómo me ve la gente.

La desilusión de su rostro la hizo parecer más frágil de lo que él suponía que era, sobre todo después de su primer encuentro en el aeropuerto. No era una mujer que disfrutara de la notoriedad, que defendiera sus errores y ansiara aparecer en los medios de comunicación. No era la mujer que había visto, durante un corto espacio de tiempo, antes de que la vergüenza se apoderara de él, en aquel vídeo.

—¿Sucede a menudo? —preguntó él, furioso de repente ante la idea de que no fuera solo el estúpido del señor Collins quien la menospreciara, sino muchos más.

Ella se encogió de hombros.

—A veces. En general, no me rodeo de ese tipo de gente. Si estoy

en un acto benéfico, la gente no me lo suele decir a la cara. Pero oigo las burlas y veo las sonrisas. Creo que solo soy famosa por eso, así que es de lo que quieren hablar todos.

—Pero no es todo lo que eres.

A Tom le sorprendió la firmeza con que lo creía y lo avergonzado que se sentía de que, cuando llegó allí, probablemente pensara lo mismo. ¿Qué había cambiado?

—¿Por eso no querías hacerte cargo del concierto benéfico?

—Quiero hacerlo, pero a mis padres les preocupa que me encargue yo —sus manos estaban ocupadas con un artilugio contra el estrés que había encontrado en un cajón en el despacho: una pelota que apretaba con la mano. Al cabo de una semana parecía mucho más usada que cuando la había encontrado—. Saben que últimamente no me gusta relacionarme con la gente. Eso es algo de lo que siempre se ha encargado Rose.

¿Últimamente? ¿Desde la grabación del vídeo? Tom frunció el ceño. Desde entonces, ella había dejado de confiar en nadie que no fuera de la familia y evitaba a la gente en la medida de lo posible.

Tal vez hubiera algo más que lo que había leído al buscar información sobre Violet. Y era periodista, por lo que siempre deseaba conocer la verdad.

Se levantó, extendió el brazo y le quitó la pelota.

—Ven —la tomó de la mano e hizo que se levantara.

—¿Adónde vamos? —Tom pensó que las arrugas de su entrecejo eran bonitas.

—A comer. Te aseguro que de manera totalmente extraoficial.

Pronto se vio que Tom no tenía ni idea de adónde ir a comer.

—Eres tú la que vive aquí. ¿Dónde hay un buen sitio?

Violet puso los ojos en blanco y agarró el bolso y las llaves del coche.

—Vamos.

Mientras arrancaba sin hacer caso de Tom, que trataba de sintonizar la radio, valoró las diversas opciones. Podían ir a Peacock, en el pueblo, pero estaba enfrente de la iglesia y era el lugar preferido del párroco. Estaba segura de que, si comía allí con Tom, el comité de arreglos florales hablaría de ella el domingo. También estaba Three Tuns, en el pueblo de al lado, pero su madre y sus amigas a veces comían allí a mitad de la semana. Y aunque no estuviera su madre, podrían estar sus amigas.

Así que solo quedaba Fox and Hounds, tres pueblos más allá, donde preparaban unas patatas fritas deliciosas.

—¿Hay algún motivo por el que vayamos tan lejos para tomarnos un sándwich? —preguntó Tom mientras entraban en el pueblo.

—Las patatas fritas —solo era una mentira a medias.

—Me parece bien —Tom se recostó en el respaldo del asiento y se puso las manos detrás de la cabeza.

—Esas preguntas que quieres hacerme… —Violet se puso nerviosa al verlo tan relajado, como si ya supiera las respuestas a lo que iba a preguntar.

—Cuando lleguemos al pub.

¿Tenía los ojos cerrados? Violet apartó la mirada de la carretera para comprobarlo. Sí, volvía a estar medio dormido en el coche.

—Muy bien, pero nada de declaraciones extraoficiales. Ya hemos hablado de eso —había sido una conversación íntima y reveladora. Desde entonces, ella había tratado de relacionarse lo menos posible con él. Cuando, días antes, él se había pasado por el despacho para ver si podía ayudarla, ella le había entregado unos folios sin decirle nada. Y, cuando la había ayudado a ordenar el despacho, había sido fácil mangonearlo.

Hasta ese día. Violet no se engañaba sobre quién dominaba la situación, aunque fuera ella la que conducía. Y no le hacía ninguna gracia.

A su lado, Tom suspiró, bajó las manos, se las colocó en el regazo y abrió los ojos.

—Mira, esto es lo que vamos a hacer. Vamos a comer y hablaremos amigablemente sobre la familia, los amigos y nuestra vida. Porque eso es lo que hace la gente cuando va a comer.

—No siempre. Cuando las mujeres del comité nos reunimos, hablamos de todo. De hecho, en la mayoría de las comidas en las que he estado, hemos hablado de otras personas —parecía que la gente se sentía más a gusto cotilleando sobre personas a las que apenas conocían que sobre sí mismas. Violet había descubierto que, sobre todo, les gustaba hablar de ella.

—Cierto —asintió Tom—. Muy bien. Entonces, imagínate que estamos en una cita de esas que se conciertan por Internet.

Violet se rio sin poder evitarlo.

—De ningún modo.

—¿Por qué no?

—Porque ningún programa informático nos pondría juntos.

—Eso no lo sabes —Tom giró la cabeza para sonreírle—. Los dos somos bastante jóvenes, bastante atractivos…

Violet hizo un movimiento de cabeza para apartarse el pelo de la cara como hacía su madre cuando trataba con idiotas que no sabían que lo eran.

—¿Bastante?

—En tu caso, bastante con respecto a las estrellas del pop y las supermodelos. En el mío, con respecto a todos los demás —Tom se encogió de hombros como si reconociera que el argumento era inconsistente.

Violet enarcó las cejas mientras se detenía en el aparcamiento del Fox and Hounds.

—Con independencia de nuestro nivel relativo de atractivo, te aseguro que nuestros perfiles de personalidad serían muy distintos —apagó el motor.

—Creo que tendríamos cosas en común.

—¿Cómo lo sabes? Lo desconoces todo sobre mí, aparte de lo que has leído en Internet —y visto, desde luego, aunque no tenía necesidad de recordárselo.

—Exactamente —Tom le sonrió y abrió la puerta—. Y tú no sabes nada de mí.

—Salvo que eres periodista.

—Eso es mi trabajo, no quién soy —bajó del coche.

—¿Quién eres, entonces?

—Vamos a comer y te enterarás —Tom se inclinó, apoyó los brazos en el marco de la puerta y la miró—. Te propongo un trato. Por cada pregunta que me respondas, te responderé una yo. Extraoficialmente.

—Ya te he dicho que no creo en declaraciones extraoficiales.

—Tal vez lo hagas al final de la comida. Vamos, tengo un hambre canina.

Capítulo 9

Violet tenía razón: las patatas fritas valían el viaje hasta allí. No tanto la conversación. Mientras él se tomaba una cerveza y ella un zumo de naranja, habían hablado del menú, de sus preferencias, de si una mesa al lado de la ventana sería más agradable que una al lado de la barra y de si la pareja que estaba discutiendo en el aparcamiento acabaría entrando o no.

Mientras la camarera se retiraba después de dejarles la comida, él vio su oportunidad.

—¿Quieres empezar tú o lo hago yo? —Tom se comió una patata mientras ella se lo pensaba. Como tardaba en responder, se comió otra —. No es una pregunta tan difícil.

—¡Es una decisión importante! —Violet escogió una patata y le mordió la mitad—. Si preguntas tú primero, sabré el nivel de las preguntas que vamos a hacer, lo que me facilitará decidir las mías. Pero, si pregunto yo primero, veré lo buenas que son tus respuestas antes de decidir lo buenas que serán las mías, ¿entiendes?

—Claro —no la había entendido en absoluto—. ¿Te gusta el cine? —preguntó Tom, cautivado por su inseguridad.

—¿Es esa tu primera pregunta? Porque aún no he decidido…

—Vale. No era una pregunta oficial —le valía cualquier cosa que la hiciera hablar con él.

—Entonces, sí. Me gusta el cine. Me toca.

—¿Ya te has decidido?

—Eso creo.

—Entonces, ¿soy yo el que ha preguntado primero o esa pregunta no cuenta y eres tú la que empieza ahora con tu primera pregunta? —Tom sonrió al ver la expresión irritada de ella.

—¿Acaso importa?

—Supongo que no. Entonces, adelante. Pregunta.

—¿Por qué accediste a venir a Huntingdon Hall y a escribir el libro sobre papá?

¿Era una pregunta fácil para que se confiara? ¿O era que ella no tenía ni idea de qué preguntarle? En cualquiera de los dos casos, él no iba a ser tan amable.

Se encogió de hombros.

—Porque es la ocasión de mi vida —respondió. La expresión de

Violet fue de decepción, por lo que él, de pronto, se percató de que tal vez no fuera una pregunta fácil, de que tal vez ella le estuviera preguntando más de lo que él creía. Hizo una pausa para reflexionar sobre la respuesta—. Los Screaming Lemons eran la banda preferida de mi madre; fueron la banda sonora de mi infancia. Así que aunque esta no fuera una gran oportunidad para hacerme un nombre y para ganar dinero, seguiría queriendo hacerlo. Tu padre, sus amigos, tu familia… todos sois parte de la historia moderna, importantes para la memoria colectiva de los amantes de la música de todas partes. No quiero que eso se pierda cuando nos hayamos muerto.

—La música seguirá viva —dijo Violet ladeando la cabeza mientras lo examinaba—. ¿No es suficiente?

—Sí, en muchos sentidos. Pero los Lemons son algo más que música. También son personas que significan mucho para sus fans, como lo era mi madre. Y no quiero que la verdad de lo que son se pierda en las historias y las anécdotas de gente que apenas los conocía.

¿No se había dado cuenta de por qué le interesaba aquello hasta que ella no se lo había preguntado? Creía que no. Hasta ese momento, había pensado que estaba allí para hacer un trabajo divertido, satisfactorio y, con suerte, lucrativo, pero un trabajo al fin y al cabo. En aquel momento, lo sintió más como una vocación.

—¿Así que tu madre está contenta de que lo hagas?

—Ese es otro tema —apuntó Tom con el ceño fruncido. ¿Por qué había mencionado a su madre? Era lo último de lo que deseaba hablar. Normalmente, era más inteligente—. Antes, me toca.

Violet respiró hondo, como preparándose para algo profundamente desagradable.

—Adelante.

¿Qué podía preguntarle? O, mejor dicho, ¿qué iba a preguntarle primero? Tenía una larga lista mental de cosas que quería saber, pero ¿por dónde empezar? Si entraba a saco, ella podría echarse atrás. Pero si empezaba de forma amable o delicada y se les acababa el tiempo, o si ella quería parar antes que él, tal vez nunca pudiera formularle las preguntas importantes. Era un dilema.

Al final, optó por un término medio.

—¿Qué te parece que tu hermana gemela se haya casado con tu mejor amigo?

Violet puso los ojos en blanco y agarró el sándwich con ambas manos.

—Me preguntaba cuánto tardarías en hacerme esa pregunta —dio un mordisco al sándwich, una táctica dilatoria, en opinión de Tom, mientras pensaba la respuesta.

—Me has prometido que me dirías la verdad.

Violet tragó.

—Ya lo sé, ya lo sé. Es algo extraño, pero, sinceramente, me alegro por los dos. Pensaba que iba a tener que pasarme la vida entera fingiendo que me gustaban las novias de Will y alegrándome después de que las dejara plantadas en el altar. Esta vez, espero que llegue hasta el final. Hacen una buena pareja.

—¿Por qué es extraño?

—Supongo que porque nosotros nunca tuvimos una relación similar. Rose es prácticamente mi doble, pero la química y la conexión que tiene con Will nunca existió entre él y yo. Y ahora me vuelve a tocar.

Sonrió, lo miró a los ojos, y Tom se sintió de nuevo cautivado por sus ojos azules. Entendía lo que quería decir con lo de la química. Conocía a Rose y había comido y charlado con ella con agrado, pero no había querido descubrir sus secretos ni colocarle un mechón de pelo caído detrás de la oreja. Si Rose le hubiera dicho que ninguna agencia matrimonial los hubiese juntado, se hubiera reído con ella, en vez de tratar obstinadamente de demostrarle que se equivocaba.

Lo que era ridículo. Violet tenía razón: no tenían nada en común, su historia y su mundo eran diferentes. Entonces, ¿por qué se esforzaba por hallar un punto de conexión entre ellos? No podía fingir que era para la historia que tenía que escribir.

—Adelante, pregunta.

—Ya lo he hecho. ¿Está contenta tu madre con que estés escribiendo esta historia? —Tom apartó la vista—. Perdona, pero es que has dicho antes que era fan de mi padre. Me pregunto si estabais muy unidos.

—Está muerta —dijo Tom al tiempo que se estremecía por su brusquedad—. Quiero decir que murió hace siete años, así que no sabe que estoy aquí. Pero, si lo supiera, creo que sí, que estaría contenta. Creo que también hubiera querido venir aquí.

—Lo siento —dijo ella con ojos tristes—. Por tu forma de hablar de ella, supuse… Debió de ser horrible.

Tom se encogió de hombros.

—Lo fue; lo sigue siendo en muchos aspectos. La echo de menos, desde luego, y pienso mucho en ella. Pero… —¿quería de verdad contarle aquello? ¿Hacerle una confidencia esperando que ella le hiciera más a cambio?—… cuando murió, nuestra relación no era buena. Es lo que más lamento, no haber tenido tiempo de arreglar las cosas antes de su muerte.

Esperaba hallar compasión en los ojos de Violet, pero no tristeza.

—Lo siento mucho, de verdad, Tom. Pero creo que sabía cuánto la querías. Lo sé solo con haber hablado de ella cinco minutos contigo, y ella te conocía desde siempre.

—Eso espero. Me toca —había llegado el momento, la ocasión de preguntar lo que realmente quería saber mientras ella se compadecía de él. Entonces, ¿por qué, de repente, no quería preguntárselo?

Se obligó a hacerlo.

—El vídeo. ¿Por qué nunca hiciste declaraciones sobre él? ¿Por qué no te disculpaste o trataste de explicarte?

—Porque no era asunto de nadie. Si quieren verlo, muy bien. No puedo impedírselo. Pero no tengo por qué dar explicaciones.

—Sí, pero un vídeo sexual que han colgado en Internet… Siempre corren rumores de que es el propio sujeto quien lo ha hecho, por publicidad o por lo que sea. Tú ni siquiera lo negaste —y todo el mundo lo negaba. Por eso, el escándalo del vídeo había sido tan extraño.

Violet lo miró a los ojos, con los labios apretados.

—Puesto que en su momento ni siquiera sabía que me estaban filmando, me parece poco probable que fuera yo quien lo filtrara a los medios.

—¿De verdad no sabías que te estaban filmando? Porque eso cambia la historia completamente —eso explicaba por qué Violet era tan susceptible sobre el tema de la confianza.

—¡Claro que no lo sabía! ¿En serio crees que dejaría que alguien me filmara haciendo eso? —ella negó con la cabeza—. Por supuesto que lo crees, porque no me conoces en absoluto, como te he dicho. Lo único que sabes de mí es lo que has leído en Internet, lo mismo que los demás. A pesar de haber pasado la última semana en mi casa, parece que no has aprendido nada.

—No quería… He supuesto que… —sus argumentos, de pronto, le parecieron estúpidos. Violet no confiaba en nadie fuera de su familia. ¿Por qué iba a confiar en alguien y dejarlo que la filmara en una situación de tanta vulnerabilidad?—. Mirabas directamente a la cámara. Tenías que saber que estaba allí.

Ella lo miró escandalizada.

—¿Ah, sí? ¿Cuántas veces has visto el vídeo, Tom?

—Ni siquiera una vez entera. Pero hay fotogramas…

—Ya lo sé. Alguien envió unos cuantos a mis padres, con una nota que decía: Su hija es una prostituta, escrita con un pintalabios rojo.

—Eso es terrible.

Violet se inclinó, le quitó la cerveza y le dio un trago. Después suspiró.

—De acuerdo, te contaré la historia del vídeo. Y eso será todo por hoy. Y si la utilizas en tu maldito libro…

—Debería hacerlo, y tú deberías querer que lo hiciera —la interrumpió Tom—. Todos creen que grabaste la cinta a propósito y que la filtraste tú misma: eso es lo que el mundo sabe de ti. ¿No

quieres que sepa la verdad?

—Quiero que se olvide —susurró ella, y Tom sintió una opresión en el pecho ante el sufrimiento que revelaba su voz.

—Cuéntame lo que pasó —le pidió él al tiempo que la tomaba de la mano.

Violet alzó la vista. Tenía los ojos tristes.

—De acuerdo.

¡Por Dios! No quería hablar de eso ni reconocer lo estúpida que había sido: estúpida e ingenua. Había estado ciega. O, en palabras de Rose, tenía diecinueve años.

—Después de dejar el internado, me tomé un año sabático. Trabajé en un periódico para adquirir experiencia porque creí que quería estudiar Periodismo.

—¿Querías ser periodista? ¿Tú?

Violet puso los ojos en blanco ante la incredulidad de Tom.

—Sí. Tenía dieciocho años y era una persona totalmente distinta. Y acabaremos mucho antes si no me haces preguntas sobre todo.

Si la interrumpía en exceso, Violet no estaba segura de poder llegar al final.

—Perdona. Sigue —Tom dio un mordisco a su hamburguesa para demostrarle que no iba a decir nada más.

—Muy bien. Trabajaba en un periódico. Allí a nadie le importaba quiénes eran mis padres, o, si les importaba, era fundamentalmente para quejarse. No me pagaban, y lo que hacía era llevar cafés, hacer fotocopias y, cuando se dieron cuenta de que no era idiota, artículos de relleno.

—Me suena.

—Mientras estaba allí, conocí a un hombre.

—Eso me suena menos.

Violet trató de sonreír para agradecerle su intento de relajar el ambiente. Pero le dolía pensar en aquellos días. Era tan joven, tan despreocupada… Creía que podía hacer lo que se propusiera, ser quien quisiera si se esforzaba lo suficiente.

La destrozó descubrir que estaba equivocada.

—Se llamaba Nick. Era uno de los periodistas más antiguos, y me tomó bajo su protección. Al principio creí que lo había hecho por ser mis padres quienes eran. Estaba habituada a que se acercaran a mí para poder acercarse a ellos. Pero Nick no parecía interesado en mis padres, sino en mí.

La había hecho sentirse especial, como si su familia fuera lo menos interesante de ella. Nadie lo había conseguido antes.

Era todo mentira, por supuesto.

—¿Qué pasó? —Tom tenía una expresión sombría, porque ya sabía cómo acabaría la historia. Violet no se lo reprochó. No era un final feliz.

—Estuvimos saliendo durante cierto tiempo. Me llevó a sitios en los que nunca había estado. Creí que íbamos en serio, que me quería tanto como yo me imaginaba que lo quería.

—¿Pero no era así? —no había compasión en los ojos de Tom, cosa que ella le agradeció. La compasión era peor que la burla.

—Nos filmó a los dos en la cama sin yo saberlo y lo colgó en Internet. Creo que también vendió algunas fotos al mejor postor.

—¡Qué canalla! —Violet nunca había oído unas palabras dichas con tanta vehemencia.

—Lo peor fue que tardé algún tiempo en darme cuenta de lo que había hecho. Creí que alguien nos había filmado sin saberlo nosotros —tragó saliva. No quería revivir lo que iba a continuación, pero había prometido a Tom que le diría la verdad—. Fui a verlo y le hablé de consultar a un abogado y de lo que podíamos hacer para que el vídeo desapareciera de Internet, y él se rio de mí. Al igual que la mujer con la que se estaba acostando.

Tom se estremeció.

—¡Vaya! No me extraña que lleves ocho años escondiéndote en Huntingdon Hall.

Ella se encogió de hombros.

—Allí estoy a salvo. No tengo que relacionarme con los medios de comunicación ni con la gente, ni con lo que cree saber sobre mí.

—¿Fue entonces cuando dejaste de confiar en los demás?

—¿Me lo reprochas?

Tom negó con la cabeza.

—No, pero hay una cosa que no entiendo. ¿Por qué no contaste la verdad? ¿Por qué no hiciste declaraciones o denunciaste a ese canalla?

Rose había querido que lo hiciera, que se defendiera, que jugara tan sucio como lo había hecho Nick. Había querido utilizar todos los contactos de sus padres para arruinarle la vida.

Pero Violet se había negado.

—No quería comportarme así —dijo preguntándose si Tom lo entendería. Rose lo había hecho, pero había tardado años—. No quería salir en los periódicos ni en las noticias. Quería que se olvidara todo.

—Pero no fue así.

Violet miró el plato.

—No, nadie lo olvidó. Y ya es tarde para cambiar la opinión que se tiene de mí.

—Puede que no —Tom se recostó en el respaldo de la silla y le dirigió una intensa mirada.

—¿A qué te refieres?

Él se encogió de hombros.

—Me preguntaba si el hecho de que tu padre quiera que escriba ahora el libro no tendría algo que ver también con revelar la verdad de lo que te pasó, con dar a conocer, por fin, al mundo lo que realmente sucedió.

Violet negó con la cabeza.

—¿Por qué iba nadie a creérselo? Ya es tarde. Decir la verdad no basta para cambiar creencias arraigadas.

Tom sonrió lentamente.

—Es evidente que no me has leído mucho. Espera y verás de lo que soy capaz.

Capítulo 10

—¿Por dónde quieres empezar hoy? —Rick Cross se recostó en el respaldo de la silla del salón contiguo a su despacho. Parecía relajado, justamente lo contrario de su hija cuando Tom le había hecho unas preguntas inocentes durante la comida, al principio de la semana.

«Concéntrate», se dijo Tom. Tenía frente a él al mismísimo Rick Cross, por lo que no debía distraerse pensando en Violet.

—Bueno, hemos cubierto lo más básico de la historia de la banda, aunque hay muchos aspectos en los que profundizaremos más adelante, cuando tengamos más tiempo. Pero como te tienes que ir dentro de una hora, tal vez podamos hablar de dónde se encuentran hoy los Screaming Lemons y hacia dónde se dirigen.

—Y no te olvides de la familia. Quiero que se cuente su historia, al igual que la de la banda. Y estamos viviendo momentos emocionantes.

—Desde luego —incluyendo, probablemente, la historia de Violet.

Tom se preguntó qué pensaría ella al respecto. Por un lado, contar su historia implicaría que se conociera la verdad, y ¿no le había prometido él que haría cambiar de opinión al público británico y norteamericano con sus palabras?

Pero incluso, si la atención de los medios de comunicación era en esa ocasión más positiva que antes, seguiría poniendo a Violet en un primer plano. Y se hablaría de su vida sexual más que nunca.

Por lo que sabía de Violet, no le iba a hacer ninguna gracia.

—Pero empecemos por la banda —dijo Tom. Quería hablar más con Violet antes de hablar de ella con su padre.

Rick le dirigió una mirada de complicidad.

—Muy bien, ¿qué quieres saber?

Tom ya conocía todos los detalles de la inminente gira de la banda y del lanzamiento del nuevo disco, quién había escrito las canciones y quién había realizado la cubierta del disco.

Necesitaba profundizar más.

—¿Qué problemas tuviste al escribir y grabar este álbum que no hubieras tenido antes?

Rick hizo una mueca.

—¿Te refieres a una rotura de cadera por lo viejo que soy?

—No necesariamente —Tom esbozó una sonrisa de disculpa—.

Pero publicasteis el último álbum hace cinco años, y la vida tiene que haber cambiado para todos vosotros. Dos de tus hijas se han casado, tu primer nieto está de camino… Jez se divorció hace un par de años, ¿verdad? —Rick asintió—. Y el mundo, sobre todo el musical, también ha cambiado. ¿En qué medida os ha influido todo eso?

Rick se recostó en el respaldo de la silla, levantó un pie y lo apoyó en la rodilla contraria, con la clara intención de desmentir la necesidad de una operación de cadera. Solo tenía sesenta años. Los Lemons todavía podían aportar mucho a la música.

—Creo que la escena musical cambia cada pocos minutos. No se puede componer haciendo caso de eso. Dejo que se preocupe de ello el departamento de mercadotecnia y nos dedicamos a escribir las mejores melodías posibles. En cuanto a la familia… Cada año que pasa nos sentimos más felices aquí. Somos afortunados. Tenemos salud y vivimos como queremos hacerlo —una expresión de incomodidad apareció en el rostro de Rick, y Tom supo que no podía dejar de preguntarle.

—Excepto en el caso de Violet.

—Así es.

Tom dejó el cuaderno en la mesita que había entre ellos y colocó la pluma encima. Su teléfono seguía grabando, desde luego, pero no utilizaría todo lo que le dijera Rick. Al menos, no de forma oficial.

—¿Es esa una de las razones por las que me has pedido que viniera?

Rick enarcó una ceja.

—¿Crees que puedes hacer feliz a Violet? ¿Conseguir que haga realidad sus sueños?

—No —Tom negó con la cabeza al tiempo que esperaba no haberse sonrojado delante de una leyenda del rock—. Me refiero a que nadie sabe la verdadera historia. La imagen que se tiene de Violet, las opiniones sobre ella, son responsables en buena medida de que se esconda aquí. Se me ha ocurrido que puede que quieras que este libro lo cambie, que informe a la gente de cómo es la verdadera Violet.

Rick lo examinó durante varios segundos antes de contestar, y Tom se resistió al impulso de apartar la vista. Tuvo la impresión de que ese momento, esa respuesta establecería el tono de las entrevistas posteriores; de que Rick estaba juzgándole a él y su capacidad y decidiendo hasta dónde se extendería en esa respuesta y en todas las siguientes.

Y Tom deseó con toda el alma que lo considerara digno.

—Creo que, al final, Violet demostrará al mundo la pasta de la que está hecha. Será la que se levantará y dirá: «Estabais equivocados sobre mí» —Rick sonrió—. Pero todo lo que puedas hacer para ayudarla será bien recibido.

Violet lanzó una mirada hostil al papel que tenía frente a ella cuando volvió a salirle el buzón de voz del teléfono.

—Ha llamado a Jake Collins, agente musical. Ya sabe lo que hacer al oír la señal.

Colgó. Si el mánager de Olivia no había respondido desde la última vez que habían hablado a sus mensajes ni a sus correos electrónicos, ¿para qué iba a dejarle otro?

Tal vez debiera tratarlo como había hecho Tom, pero tenía miedo de que el señor Collins se burlara de ella y no le hiciera ni caso. No era una situación ideal, precisamente.

Dejó el móvil en el escritorio y leyó el contrato de Olivia para actuar de nuevo en el concierto. Al menos, lo había firmado. Pero como había una cláusula que especificaba que solo era válido acompañado de otra cláusula adicional firmada, carecía de valor. Dicha cláusula no solo no se había firmado, sino que ni siquiera se había llegado a un acuerdo sobre ella.

Violet había enviado al mánager una versión revisada después de su última conversación, en la que había eliminado la petición de disponer del vodka carísimo que Olivia había solicitado y había dejado las exigencias que eran razonables. Desde entonces no había vuelto a saber nada de ella.

Un golpe en la puerta la distrajo de sus pensamientos. Alzó la cabeza y vio a Tom esperando en el umbral. Automáticamente frunció el ceño.

—¿Por qué me miras así? —le preguntó él con expresión alegre al tiempo que se sentaba en la silla que Violet ya consideraba suya—. No me has visto desde el desayuno, y creo que me he portado de forma inofensiva.

—Jake Collins no contesta mis llamadas ni mis correos electrónicos.

—¿El mánager de Olivia? —Tom negó con la cabeza—. Le gustan los jueguecitos.

—De eso ya me he dado cuenta —afirmó ella con brusquedad—. Y de este, en concreto, tienes tú la culpa.

—¿Crees que no te hace caso por lo que le dije el otro día? —Tom se encogió de hombros—. Pues se lo merecía.

Era verdad, pero no ayudaba en nada a Violet.

—Creo que me está tomando el pelo, que quiere que esté nerviosa hasta el último momento, en que aparecerá con la cláusula adicional firmada.

—Entonces, ¿por qué te preocupas? No le hagas ni caso y sigue con tu trabajo.

Dicho así, parecía fácil.

—Porque cabe la posibilidad de que esté jugando a otro juego. El contrato de Olivia carece de validez sin la cláusula adicional firmada. Y, si se echa atrás en el último momento, cuando se haya dado publicidad al concierto y se haya impreso el programa…

Tom hizo una mueca al considerar las consecuencias.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

Era la pregunta del millón. ¿Qué iba a hacer? ¿Seguir llamando y mandando correos como si estuviera desesperada? Si tuviera agallas, anularía el contrato de Olivia a menos que se firmara la cláusula adicional antes de acabar el día. Violet estaba segura de que eso sería lo que haría Rose. Pero Violet carecía de los contactos de su hermana para encontrar un sustituto adecuado en el último momento.

Por lo que solo tenía una tercera posibilidad.

—Voy a ir a ver a Jake Collins y a su ídolo del pop adolescente, y voy a obtener la firma de la maldita cláusula: eso es lo que voy a hacer —Violet deseó sentirse tan segura como aparentaba. Giró el ordenador para que Tom viera la pantalla—. Olivia se halla en mitad de una gira por el país. Hoy es viernes, por lo que está en… —recorrió con el dedo la lista de las ciudades que aparecían en la pantalla— Brighton. Así que voy a ir allí.

Tom parpadeó al tiempo que sonreía.

—Un viaje por carretera. Estupendo. ¿Cuándo nos vamos?

—¿Nos vamos? Ese no es el plan. Voy sola. Tengo que hacerlo sola.

—No es mi intención interferir en tus planes —dijo él al tiempo que levantaba los brazos como si se hubiera rendido—. Solo quiero ver cómo te enfrentas a Jake Collins. Será información confidencial, por supuesto.

—Por supuesto —repitió Violet, incrédula. De todos modos, y aunque pudiera parecer extraño, no le importaría que Tom la acompañara, a pesar de que no estaba segura de querer que ese episodio apareciera en su libro.

—Además, conozco a quienes se encargan de las relaciones públicas del estadio donde se celebrará el concierto, por lo que probablemente consiga acreditaciones de prensa para poder entrar.

Eso sería muy útil. Violet no había pensado en nada más allá de ir a Brighton, como, por ejemplo, convencer a los encargados de la seguridad para que la dejaran ver a la estrella y a su mánager.

Una vez tomada la decisión, cerró la tapa del ordenador portátil.

—Entonces, ve a por tus cosas. Si quiero estar allí antes de la actuación, tengo que salir dentro de veinte minutos.

Tom sonrió y se levantó de un salto.

—Estaré listo dentro de un cuarto de hora.

Lo cual estaba muy bien, aunque Violet no estaba segura de llegar



a estar preparada alguna vez para viajar con Tom Buckley.

Capítulo 11

Tom ya estaba apoyado en el coche cuando, dieciocho minutos después, Violet salió de Huntingdon Hall con una bolsa de viaje en la mano. Tom no había querido arriesgarse a que se fuera sin él.

Autoinvitarse al viaje había sido una decisión del momento, pero, mientras hacía el equipaje, decidió que había sido correcta. Desde un punto de vista estrictamente profesional, ver cómo Violet se enfrentaba a Jake Collins podía ser oro puro para el libro. Además, dos horas juntos en el coche le ofrecerían tiempo suficiente para entrevistar a Violet de camino a Brighton. Por una vez, no podría eludir sus preguntas.

No se sentía tan cómodo con las otras razones para acompañarla, ya que tenía que reconocer que cuando había decidido hacerlo no estaba pensando en motivos profesionales en absoluto, sino en la expresión de su rostro cuando Jake Collins le había hablado con desdén, y en su forma de reunir el valor para enfrentarse a él y exigirle que firmara.

Había pensado que no quería que lo hiciera sola. Y no estaba seguro de desear saber por qué le importaba tanto estar a su lado para protegerla.

Negó con la cabeza para apartar esos pensamientos y sonrió a Violet mientras ella se acercaba.

—¿Lista?

—Sí —ella también le sonrió—. Sabes que no hace falta que vengas.

Él se encogió de hombros.

—Lo sé, pero llevo en este país más de una semana y solo he visto el aeropuerto y Huntingdon Hall. Me apetece un viaje por carretera.

Violet abrió el maletero y ambos dejaron las bolsas de viaje.

—Ya habías estado en el Reino Unido, ¿no? —le preguntó ella mientras se sentaba en el asiento del conductor.

—Muchas veces, pero nunca lo he visto contigo.

Ella abrió la boca como si fuera a contestarle, pero la cerró y frunció el ceño.

—Vamos, entonces.

Tom se acomodó en el asiento del copiloto mientras ella arrancaba y ponía la radio. Viajaron en silencio la mayor parte del tiempo

escuchando la radio hasta llegar a la autopista, donde el tráfico se hallaba detenido.

Ella había rechazado los intentos previos de Tom de entablar conversación para hacerle las preguntas que deseaba diciéndole que estaba concentrada en la carretera.

Él no se lo había creído, ya que sabía que se trataba de una táctica dilatoria.

Pero volvió a intentarlo cuando llegaron a la autopista.

—Parece que tendremos que hablar con Olivia después de la actuación —dijo con toda la despreocupación de que fue capaz.

Violet lanzó un juramento y él sonrió. ¿Dónde había aprendido una chica educada palabras como esas?

—Por cierto, eso es información confidencial —añadió ella.

—Desde luego —dijo él con toda la seriedad de la que fue capaz.

—¡Maldita sea! —ella golpeó el volante con la mano—. ¿Puedes mirar los informes del tráfico para ver si vamos a seguir así?

Tom asintió y fue a agarrar el móvil, pero, antes de que pudiera hacerlo, se oyó un sonido agudo.

—Es el mío —Violet le indicó con un gesto de la cabeza dónde se hallaba, debajo del salpicadero. Los coches que tenían delante avanzaron unos metros—. ¿Es el señor Collins?

Tom sacó el teléfono y lo consultó.

—Es tu madre.

—Claro —Violet suspiró—. La llamaré cuando lleguemos.

—O yo podría… —Tom respondió la llamada y dirigió a Violet una sonrisa inocente mientras ella lo fulminaba con la mirada—. Hola, Sherry. Violet está conduciendo. ¿Querías algo?

—Sí. Dile, por favor, que acabo de hablar con Frances Littlewood, que me ha preguntado quién va a acompañarla a la boda de Henry, que se celebra el fin de semana que viene. Dice que uno de los amigos de Henry está soltero, si no tiene a nadie.

Sherry parecía agitada, lo que no era propio de ella. Pero la boda de Henry Littlewood era el acontecimiento del verano. De hecho, a Tom le parecía que Rick y Sherry eran los padrinos de Henry. Los Littlewood tenían el mismo dinero, prestigio y poder en el mundo de la actuación que Rick y Sherry en el musical. Sería un acontecimiento público, la clase de cosas que Violet solía evitar, por lo que él sabía.

Tapó el teléfono con la mano.

—Quiere saber a quién vas a llevar a la boda de Henry Littlewood. Si no tienes a nadie, un amigo de Henry está disponible.

Violet volvió a maldecir y él sonrió al tiempo que se alegraba de que Sherry no la oyera.

—No parece que tengas muchas ganas.

—Henry es un amigo de la familia, y su madre ha conseguido que

su prometida me haya elegido dama de honor, por lo que seguramente me odiará —Violet suspiró—. Quiero ir por él. Mis padres estarán allí, y probablemente Daisy y Seb… Es solo que…

—No quieres ver a toda esa gente ni enfrentarte a las cámaras.

—Exacto.

Tom pensó que cabía la posibilidad de que ella no lo perdonara por lo que estaba a punto de hacer. Por otra parte, si conseguía convencerla de la verdad, de que se trataba de un acto de amistad, de que, realmente, él no tenía otros motivos para hacerlo, tal vez consiguiera acercarse a ella.

Tal vez, un día, Violet aprendiera a confiar en él.

—Sherry, si a ti y a Rick os parece bien, yo acompañaré a Violet. Pero como amigo, no como periodista.

—Pues —dijo Sherry, sorprendida— me parece estupendo. Seguro que pasaremos un día magnífico.

—Soy de la misma opinión —aunque, a juzgar por la mirada que le dirigió Violet, no sabía si llegaría vivo a ese día—. Hasta pronto, Sherry.

Durante varios segundos, se hizo el silencio en el coche, que seguía parado.

Después, Violet dijo:

—No vuelvas a contestar una llamada de mi teléfono.

¿En qué estaba pensando Tom? En realidad, Violet sabía perfectamente lo que estaba pensando: que colarse en una boda importante como acompañante suyo era una forma perfecta de progresar en el plano profesional. Estaba acostumbrada a que la utilizaran por su apellido y su familia, pero aquello era el colmo.

—Es verdad lo que he dicho —dijo Tom—. No voy a ir a la boda como periodista.

—No, has dicho que irías como mi pareja. ¿No se supone que deberías preguntar a la interesada si quiere que la acompañes? —porque, si lo hubiera hecho, podría haberle dicho que no. Y lo hubiese hecho. Probablemente.

—Ha sido una decisión que he tomado sin reflexionar, igual que este viaje por carretera —Tom la miró de reojo y ella fingió no darse cuenta—. ¿Es una idea tan mala?

—¡Sí!

—¿Por qué?

—Porque… por muchas razones. Porque no eres mi novio, sino un tipo que está aquí para investigar y escribir sobre mi familia. Porque siempre, en todo momento, eres periodista, por mucho que finjas que te tomas el día libre.

Los periodistas nunca dejan de trabajar.

—Muy bien. Contesta a esta pregunta con sinceridad – Violet miraba la carretera, mientras él hablaba, porque necesitaba concentrarse, no porque no lo estuviera haciendo caso. Y eso a pesar de que el coche no se movía. —¿Te divertirás más en la boda si te acompaño?

¡Maldito Tom! Violet se mordió la lengua para evitar contestarle. Aunque sus padres y Daisy estuvieran allí, se divertiría más si estaba Tom, ya que Seb y Daisy se dedicarían a mirarse con ojos acaramelados, y probablemente también sus padres; y todos empezarían a hablar de su boda, o de su compromiso matrimonial, o de momentos románticos… Y, por una vez, ella no tendría que quedarse sentada como la única soltera del grupo, cuyo corazón había destrozado el único hombre al que había amado.

—¿Te divertirías más o menos? —insistió él.

—Más —reconoció ella de mala gana.

—¡Estupendo! Asunto arreglado —Tom sonrió de oreja a oreja y Violet casi perdió la oportunidad de avanzar dos metros.

El asunto no estaba arreglado en absoluto; más bien lo contrario.

—¿Cuántas veces, después de esta, habrás sido dama de honor este año?

Violet fingió no darse cuenta de que se estaba poniendo colorada.

—Tres. Y ya sabes lo que dicen.

—No tengo ni idea —replicó él alegremente.

—Tres veces dama de honor, ninguna novia —dijo ella—. Claro que es la decimosexta vez que soy dama de honor, así que creo que puedo dejar de preocuparme al respecto —lo cual no impedía que los demás lo pensaran y lo susurraran a sus espaldas. De eso estaba segura.

Tom lanzó un silbido.

—Dieciséis veces. Son muchas.

—Sí. La mayoría cuando éramos niñas. A los amigos de la familia les gustaba que las famosas gemelas desfilaran por la nave central con ellos, o querían asegurarse de que a Rick y Sherry se les fotografiaría en la boda. Ya sabes cómo son esas cosas.

—Me lo imagino.

—Solo lo he hecho cinco o seis veces después de acabar la universidad, casi siempre para amigos —¿por qué le hablaba de eso? A él no podía importarle lo más mínimo.

—De todos modos, es estupendo que estés tan guapa de dama de honor —afirmó él sonriendo.

Esa vez, ella no fingió que no se daba cuenta del calor de sus mejillas. Pero pensar en damas de honor y vestidos hizo que recordara el que llevaba puesto cuando lo conoció y lo que había sucedido

después.

No había sido su mejor momento.

—¿Has mirado el informe del tráfico? —le preguntó, deseosa de cambiar de tema.

Tom sacó el móvil.

—Parece que esto seguirá así hasta el segundo cruce.

Después, el tráfico será fluido.

Ella suspiró.

—Pues tendremos que ver a Olivia después de la actuación, ya que, a este paso, no vamos a llegar antes —y pensó que, cuando la actuación hubiera terminado, estaría agotada aunque las cosas hubieran ido bien.

—¿Quieres que trate de conseguir habitaciones en un hotel que esté cerca del estadio donde se celebra el concierto? —preguntó Tom como si le hubiera adivinado el pensamiento. Lo cual la desconcertó.

Se mordió el labio inferior. ¿Quería que lo hiciera? Eso implicaría pasar una noche entera con él, además del viaje de vuelta. Y él lo aprovecharía, a pesar de que ella se había tranquilizado un poco al oírle decir «habitaciones». Pero ¿era eso más peligroso que conducir muy fatigada? No, claro que no.

Suspiró.

—Sí, hazlo.

Avanzaron unos cuantos metros mientras Tom fruncía el ceño ante la pantalla del móvil. Al final, soltó un grito de triunfo y guardó el teléfono.

—¿Has conseguido algo?

—Nada cerca del estadio, pero tenemos dos habitaciones en el paseo marítimo, en un hotel de nombre antiguo. No creí que fuera a ver el océano en este país.

—Aquí es el mar —le corrigió ella—. Y las playas británicas son una institución. Ya lo verás.

Tom sonrió.

—¡Fantástico! Lo que no me explico es por qué una de las habitaciones cuesta la mitad que la otra.

Violet se lo imaginó. Ninguno de los hoteles situados al lado del mar estaba en buenas condiciones.

—Pues quédate tú con esa y lo comprobarás, ¿de acuerdo?

Él volvió a sonreír.

—Lo que usted diga, jefa.

Violet volvió a centrar la atención en el tráfico. Tenía la impresión de que la noche iba a ser muy larga.

Capítulo 12

El concierto debía de estar muy avanzado cuando Violet aparcó en el aparcamiento más cercano al estadio. Tom había sido discreto y no le había hecho muchas preguntas en la segunda parte del viaje, ya que la expresión de ella se había ido endureciendo a medida que el tráfico empeoraba.

Casi le daba lástima Jake Collins, por el estado de ánimo en que se hallaba Violet.

—¿Puedes conseguir que entremos? —preguntó Violet al tiempo que apagaba el motor y las luces. El sol se estaba poniendo, pero, como estaban en pleno verano, ya era tarde.

—Eso está hecho —Tom abrió la puerta y sacó las piernas al tiempo que se estiraba—. Tendremos pases en la puerta —no dijo cuántos favores le había costado semejante privilegio.

Violet echó a andar en la dirección que él supuso que sería la del estadio, y se apresuró a seguirla mientras admiraba su trasero, que realzaban los vaqueros.

Les permitieron pasar y quedarse entre bastidores. Por la mirada divertida que uno de los guardas de seguridad dirigió a Violet, Tom tuvo la impresión de que ella podría haber entrado sin su ayuda. Al fin y al cabo, su rostro era famoso, por no hablar del resto de su cuerpo.

Violet se detuvo un momento en el vacío pasillo mientras se aproximaban al camerino de la estrella. El sonido del último éxito de Olivia resonaba por todas partes. Tom se puso a su lado cuando ella se apoyó en la pared.

—¿Estás lista? —le preguntó en voz baja, ya que estaba muy cerca de ella.

—No —esbozó una sonrisa insegura—. Pero, de todos modos, voy a hacerlo.

Él no pudo por menos que admirar su actitud y sus agallas. La mujer que había creído que era al conocerla no hubiera tenido miedo, y la que había conocido en Huntingdon Hall los primeros días no hubiera dudado. Pero aquella Violet, la mujer que había comenzado a considerar su Violet, sin ninguna justificación, era más valiente que las otras dos que él había creído conocer.

Era magnífica.

—Estaré contigo —le prometió él—. Pero no vas a necesitarme.

La sonrisa de ella se hizo algo más firme, y él sintió una agradable calidez en el pecho. ¿Era el corazón? Llevaba tanto tiempo sin sentir algo así que no lo supo.

Lentamente se inclinó para besarla en la frente, pero ella alzó la cabeza para mirarlo y… bueno, lo natural era depositar ese beso en sus labios, ¿no?

—¿Ah, sí? Pues diles que no me llamen si no es para hablar de que mi chica actúe la primera.

La voz del señor Collins los interrumpió, y Violet se separó bruscamente de él. Y así concluyó un momento que a él le había parecido perfecto. Tuvo que reprimir un gruñido de frustración.

—Señor Collins —dijo Violet con una voz peligrosamente dulce. Tom trató de centrarse en lo que sucedía ante sus ojos. ¿Cuánto había visto el mánager?

Jake Collins parpadeó y se guardó el móvil en el bolsillo.

—Señorita Huntingdon-Cross. Qué sorpresa. Y el señor Buckley, ¿verdad? ¿Qué puedo hacer por estos dos tortolitos?

Eso aclaraba si Jake los había visto besarse o no. Violet se sonrojó y Tom se reprochó no haberse reprimido. ¿No podía haber esperado a besarla después de que ella hubiera acabado lo que había ido a hacer?

—No quiero robarle mucho tiempo, señor Collins —continuó Violet sin hacer caso de la mirada sorprendida del hombre. Tom se hallaba a unos pasos de distancia, lo suficientemente cerca para verlo todo, pero no tanto como para que Jake Collins tratara de negociar con él. Aquello era asunto de Violet.

—Estamos en medio de una actuación, por si no lo ha notado —dijo Jake mirando a Tom—. Supongo que tendrá otras distracciones que requieran su atención.

Violet no hizo caso de la indirecta, por lo que Tom resistió el impulso de dar un puñetazo al mánager.

—Estoy aquí por negocios, señor Collins —dijo ella en tono cortante—. Olivia no ha firmado la cláusula adicional. Tal vez usted no se haya dado cuenta, pero el contrato para que actúe en el concierto benéfico no es válido sin esa firma —Jake hizo una mueca. Claro que se había dado cuenta. Pero Violet siguió hablando—. Como no he podido ponerme en contacto con usted por teléfono ni por correo electrónico, he pensado que lo más sencillo era venir en persona a verle con la cláusula adicional —sacó una carpeta del bolso y se la entregó.

Jake ni siquiera la abrió.

—Ya sabe que tiene que ser Olivia quien la firme. Y ahora está ocupada.

Para subrayar sus palabras, Olivia alcanzó la nota más alta de su último éxito, y las paredes vibraron con el sonido.

—Esperaremos —Violet sonrió pacientemente y Tom se llevó la mano a la boca para ocultar su sonrisa.

Jake suspiró, abrió la carpeta y miró el papel que había en su interior.

—Esto no es lo que acordé con su hermana.

—Esa es la cláusula estándar que firman los artistas que actúan en el concierto, a la que se han añadido dos de las exigencias más razonables de la lista original de Olivia. Si no es aceptable para usted o para Olivia, debe decírmelo ahora. Falta poco más de una semana para el concierto, por lo que si necesito buscar un sustituto debo hacerlo inmediatamente. Seguro que lo entiende.

Tom observó las manos de Violet, que tenía a ambos lados del cuerpo, y vio que le temblaban ligeramente. Estaba seguro de que Jake no lo había notado. Nadie que no estuviera mirando, o que no conociera a Violet, lo hubiera hecho. Parecía dominar la situación por completo.

Solo Tom sabía que estaba aterrorizada.

¿Había tenido miedo la primera noche en el aeropuerto? Entonces, él no sabía qué indicios buscar, por lo que había supuesto que era la hija de famosos segura de sí misma y altanera que esperaba encontrar.

Ya sabía que no era así. Y le gustaba más por ello.

—¿De verdad cree que va a encontrar a una artista del calibre de Olivia en una semana? —Jake negó con la cabeza y se echó a reír.

—No me preocupa el calibre —contraatacó Violet—. Encontrar a alguien con el mismo nivel de fama podría ser un problema, pero puedo llamar a una docena de artistas mejores para que se suban al escenario en cuestión de minutos.

Tom se estremeció ante lo hiriente de sus palabras.

—Desde luego, el verdadero problema serían los fans —apuntó el señor Collins—. Porque, con independencia de lo que usted piense de su talento, solo quieren ver a Olivia. Me gustaría ver cómo llena el concierto sin ella.

Violet asintió con solemnidad.

—Estoy segura de que a Olivia no le gustaría decepcionar a sus fans. Por eso, si no piensa actuar, lo mejor es saberlo ya, para que yo pueda hacer un comunicado oficial disculpándome ante sus fans. Estoy segura de que lo entenderán cuando les explique que no hemos podido sacar dinero suficiente de la recaudación para satisfacerla. Sobre todo cuando esa información aparezca después de una detallada descripción de todas las buenas causas a que se destina el dinero.

Violet hizo una pausa y pareció reflexionar durante unos segundos.

—Tal vez le pida a mi padre que haga el comunicado. A fin de cuentas, es su concierto. A título comparativo, podríamos incluir una lista de todos los artistas que no han exigido cobrar por actuar en el

concierto. ¿Qué le parece?

Si Olivia se echaba atrás, Violet destrozaría su reputación. Jake no quería una diva, aunque era lo que tenía. Necesitaba que Olivia pareciera cariñosa y generosa para que los padres dejaran a sus hijos preadolescentes comprar su música.

Jake Collins fulminó con la mirada a Violet antes de volverse hacia Tom. Él se encogió de hombros al tiempo que le sonreía indicándole que no tenía nada que hacer.

—Muy bien —dijo Jake mientras cerraba la carpeta—. Haré que la firme esta noche y se la enviaré por mensajero mañana.

—Perfecto —Violet sonrió—. Y, si no la tengo para el lunes, redactaré ese comunicado para la prensa —le tendió la mano, que Jake estrechó de mala gana, evidentemente—. Me alegro de haber solucionado esto. Espero que el resto de la gira vaya bien.

Jake Collins se marchó a grandes zancadas por el pasillo sin siquiera despedirse. Tom lo miró irse y Violet lo imitó. Cuando hubo doblado la esquina y desaparecido, Tom soltó el aire que había retenido.

—Lo has conseguido.

—En efecto, así es —Violet tenía los ojos muy abiertos y una expresión de asombro—. Lo he hecho sola.

Tom sonrió.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

La expresión de sorpresa se evaporó del rostro de Violet y fue sustituida por una de júbilo.

—Ahora vamos a celebrarlo.

Capítulo 13

El bar del hotel estaba prácticamente vacío. Violet pidió algo de beber a un camarero mientras Tom metía el equipaje y se registraba en el hotel. Se alegró de estar unos minutos a solas para poder asimilar lo que le había sucedido desde su llegada a Brighton. Y el enfrentamiento con Jake Collins se le estaba difuminando en la memoria frente al beso que Tom y ella se habían dado.

En cuanto Tom volvió, ella se esforzó en no mirarle la boca. ¿Por qué la había besado? ¿Pensaba volver a hacerlo?

Y, si no era así, ¿lo haría ella?

—Brindo por haber vencido a ese cerdo en su propio terreno —Tom alzó su vaso de cerveza y Violet su copa de vino.

—¿No crees que me he pasado? —preguntó ella. Al fin y al cabo, una cosa era evitar que Jake Collins arruinara el concierto, y otra portarse tan mal como él para conseguirlo.

Tom negó con la cabeza.

—Sé lo que es ir demasiado lejos. Y este no ha sido el caso. Tu hermana estaría orgullosa.

—Pero no se lo vamos a contar —dijo Violet—. Ni va a aparecer en tu libro.

—Pero es una historia magnífica —protestó él.

—Sobre mí —respondió ella—. Una historia sobre mí, y se supone que el libro es sobre la banda de mi padre, por si lo has olvidado.

—Y sobre su familia. Tu padre ha sido muy claro al respecto.

Violet puso los ojos en blanco.

—No sé por qué. Entiendo que sea sobre mi madre y él. La gente quiere leer la historia de su épico romance. Y también entiendo que haya una pequeña sección dedicada a Daisy y su matrimonio con un aristócrata o al trabajo que Rose ha hecho con la banda. Pero ¿qué se puede escribir sobre mí, salvo referirse a un escándalo sexual que preferiría que no se volviera a mencionar?

—No lo sé. Es lo que intento averiguar.

—Haciéndome mil preguntas.

—Que no contestas. ¿Por qué?

¡Por Dios! Era incansable.

—El otro día, cuando comimos, contesté todas las preguntas. Te conté todo lo que querías saber.

—Sobre una mala experiencia con un tipo hace ocho años. Pero ¿cómo eres ahora? ¿Qué te ha ocurrido desde entonces? Tu vida no puede girar alrededor de una desafortunada cinta de vídeo, Violet.

Pero lo hacía, por mucho que le doliera reconocerlo.

—¿Por qué te importa tanto saberlo todo de mi vida?

—¡Porque quiero entenderte!

Violet miró a su alrededor para asegurarse de que nadie había entrado en el bar y estaba escuchándolos, pero era evidente que a Tom le tenía sin cuidado.

—Violet, eres un misterio para mí. Y resolver misterios forma parte de mi trabajo.

—Pero ¿por qué te importa? —susurró ella sabiendo que lo que realmente le estaba preguntando era por qué la había besado, al tiempo que deseaba que no le importara tanto saber la respuesta.

Solo hacía dos semanas que conocía a Tom, pero, de pronto, lo único que deseaba era oírle decir que sentía algo por ella.

—Porque… porque eres algo más que tu pasado. Eres… ¡Por Dios, Violet, podrías ser lo que quisieras! Pero te escondes en Huntingdon Hall. Quiero entender tu verdad. Quiero que confíes en mí.

¿No se reducía siempre todo a eso? Violet respiró hondo.

—Hoy he venido aquí.

—Así es —reconoció Tom—. ¿Por qué? Lo que quiero decir es que por qué aceptaste encargarte del concierto si no estás desesperada por hacer algo con tu vida.

¿Por qué lo había aceptado? Le parecía que hacía mucho tiempo que lo había hecho.

—Creo que, en parte, fue para demostrarte algo —reconoció ella—. Después de conocernos en el aeropuerto… me pareció que creías que yo no era nada más que el apellido de mis padres y mi desgraciada aparición en Internet. Supongo que quería demostrarte que era algo más.

—¡Muy bien! Porque lo eres. Y estoy muy contento de que comiences a darte cuenta —dio un largo trago de cerveza—. Y, si esa solo es una parte de la razón, ¿cuál es el resto?

Él se hallaba sentado demasiado cerca como para que ella pudiera pensar con claridad. Violet deseó haber elegido otra mesa, una de las que tuvieran dos sillas una frente a la otra, en vez de aquella con un largo asiento semicircular, en la que sus piernas casi se rozaban, por lo que ella no conseguía concentrarse en nada más.

Una pregunta. Él le había hecho una pregunta.

—Supongo que no quería decepcionar a Rose ni a mis padres. Y…

—¿Sí?

Él se le acercó otro centímetro y ella sintió el muslo masculino, cálido y reconfortante, contra el suyo. El brazo de Tom casi le rodeaba

los hombros, ya que lo tenía extendido en el respaldo del asiento, detrás de ella. La protegía y le transmitía que podía confiarle sus secretos.

—Quería hacer más. Sé que crees que me he dedicado a estar sin hacer nada en casa, salvo arreglos florales ocasionalmente. Y tal vez fuera eso lo que quisiera que pensara la gente, ya que, entonces, no esperarían mucho de mí. No lo sé.

Respiró hondo. Aquello no era como su pasado; aquello era su vida, y no se avergonzaba de ella, sino que, por el contrario, estaba muy orgullosa.

—Hago mucho trabajo comunitario, además de encargarme de las flores. Ayudo en las comidas para pensionistas en la iglesia; dirijo un grupo de asesoramiento; y, con mi madre, hemos creado un teléfono de ayuda. Es de ámbito nacional, y nuestro apellido no figura en ningún sitio. Recibimos llamadas de niños y adolescentes que necesitan a alguien con quien hablar o que requieren ayuda para huir de situaciones peligrosas. Hago un turno al teléfono la mayoría de los días y recibo muchas llamadas de chicas que inician su primera relación, chicas que han ido demasiado lejos y demasiado deprisa, y que no saben salir de la situación en que se encuentran. Yo las ayudo.

Violet se detuvo al notar la mano de él en el hombro. La miraba con unos ojos llenos de intensidad y de sentimientos que no supo descifrar.

—Así que no me dedico únicamente a las flores —prosiguió—. Pero quería hacer algo más, y el concierto no tenía que ver conmigo, por lo que me pareció un modo seguro de intentarlo.

Tom negó con la cabeza.

—Cada vez que creo que te he calado, me vuelves a sorprender al demostrarme que eres mucho más de lo que me imaginaba.

Violet lo miró.

—¿Sí?

—Sí.

Sus miradas se encontraron, y ella supo antes de que él inclinara la cabeza que iba a besarla otra vez. Y lo deseaba tanto… pero algo la hizo echarse atrás.

—Espera —dijo temiendo tener que lamentarlo el resto de su vida.

Violet intentaba acabar con él. Eso era todo.

Tom tragó saliva y se apartó de ella, no mucho; no tanto como para que ella olvidara la maravillosa química que había entre ambos; solo lo suficiente para que supiera que no iba a presionarla hasta que estuviera preparada.

—¿Qué pasa? —preguntó él al tiempo que intentaba buscar una

explicación racional. Pero lo único que se le ocurría era que quería volver a besarla, a pesar de que ella había dejado muy claro que no lo deseaba.

Era idiota. ¿Qué estaba haciendo? ¿En qué pensaba? Ella era el sujeto de su historia. Ni siquiera eso, la hija del sujeto. Un personaje secundario al que dedicaría veinte páginas del libro.

No era alguien de quien se pudiera enamorar.

—No lo sé —Violet se miró las manos y él deseó poder adivinarle el pensamiento—. No estoy segura de que sea buena idea.

Tom sí lo estaba. Al menos, su cuerpo estaba segurísimo de que era la mejor idea que había tenido desde hacía años.

—¿Por qué no? —preguntó él mientras lo invadía un sentimiento de decepción que trató de reprimir. Sabía que ella era precavida. Solo tenía que ganársela, convencerla. Se trataba de usar palabras, y a él se le daban muy bien las palabras. Era su trabajo, ¿no?

—Porque eres periodista, porque no quiero iniciar una relación y porque trabajas para mi padre. Hay mil razones.

—Ninguna de ellas me indica que no sientas lo mismo que yo cuando estamos juntos —ella también debía de sentirlo, ya que la conexión no podía funcionar en una sola dirección. Era imposible.

Violet suspiró.

—Mira, no digo que yo no… que no haya… Muy bien, sí, me atraes, aunque no quisiera que fuera así. Pero eso no significa que debamos hacer algo al respecto. Te alojas con mi familia, trabajas con mis padres. No podemos arriesgarnos a fastidiarlo todo.

—Merecería la pena —estaba completamente seguro, a pesar de que ella le estaba exponiendo los mismos argumentos que le rondaban en la cabeza desde hacía días.

—Vamos, Tom —los labios de ella esbozaron una media sonrisa—. Esta es tu gran oportunidad. No me digas que estarías dispuesto a ponerla en peligro por una aventura escabrosa con la gemela del vídeo sexual.

—No digas eso —le espetó él. ¿Cómo podía seguir diciéndolo después de lo que le acababa de contar?—. Tú no eres esa, ya no. No para mí.

—Pero lo fui. Fue lo primero que supiste de mí. Y lo primero que supe de ti fue que habías visto el maldito vídeo.

—Fue por trabajo. No…

—¡por Dios! No había ninguna excusa aceptable. —Por aquel entonces, no eras tú, para mí. No eras Violet.

Ella sonrió con tristeza.

—Pero de eso se trata. No soy yo para nadie. Solo soy la chica estúpida e ingenua en un vídeo sexy. Nunca soy simplemente Violet.

—Lo eres para mí —le aseguró él.

—Eso espero —lo miró con sus ojos azules muy abiertos—. Pero, en muchos aspectos, sigues siendo un periodista para mí. Yo no… me resulta extraño haberme abierto a ti más que a nadie después de Will, cuando apenas sé nada de ti.

Eso tenía fácil solución.

—¿Qué quieres saber?

—Todo —respondió ella—. Pero no esta noche. Necesito algo de tiempo para asimilarlo todo. Me refiero a que hoy he hecho algo grande al enfrentarme a Jake Collins. No podría haberlo hecho antes, ni siquiera hace un mes. Me quedaba paralizada ante personas como él, que sabía que, en su fuero interno, se burlaban de mí. Estoy cambiando, y me alegro. Creo que en buena medida se debe a tu presencia aquí. Pero todo está sucediendo tan deprisa y me quedan tantas cosas que preparar para el concierto…

—Necesitas tiempo, lo entiendo —la decepción luchaba con el alivio en el interior de Tom. Ella quería saberlo todo, lo que significaba que no era solo ella la que necesitaba tiempo. Él también necesitaba pensar sobre aquello, decidir cuánto podía contarle, hasta dónde podía dejarla llegar antes de que accediera a aquello que haría que lo rechazara por completo—. Esto no es una aventura para mí, Violet. Y creo que tampoco para ti. Así que podemos tomárnoslo con tranquilidad —a pesar de que contenerse fuera físicamente doloroso.

Consiguió que Violet sonriera levemente y se alejó un poco más de ella.

—Hablaremos pronto, ¿de acuerdo? —prosiguió él—. Para convencerte, tengo que pensar en cuáles son mis mejores anécdotas infantiles y aquellas en que mi comportamiento ha sido muy generoso.

Violet lo miró muy seria.

—No son esas las que me interesan, Tom. Quiero la verdad, igual que tú. Es la única manera en que podré confiar en ti —se inclinó hacia él y lo besó al lado de la boca antes de agarrar la llave de la habitación de la mesa y dirigirse al vestíbulo.

La verdad.

Tom siguió mirándola después de que hubiera montado en el ascensor. Su cabello dorado flotaba tras ella.

La verdad era lo único que no podía decirle.

Se bebió el resto de la cerveza, agarró su llave y se dispuso a subir a su habitación. Tenía mucho en que pensar y que escribir.

Capítulo 14

Violet tenía la horrible sensación de que Tom la evitaba.

No habían hablado mucho en el camino de vuelta de Brighton, sobre todo porque él se había quedado dormido en el coche después de farfullar algo sobre el minibar, un muelle del colchón que se le había clavado en la espalda, una ventana rota y el grifo de la ducha que goteaba, todo lo cual lo había impedido dormir.

Ella había pensado, mientras se incorporaba a la autopista, que podía haber ido a su habitación si tan incómodo se hallaba en la suya.

Pero, por otra parte, le había dejado muy claro que no estaba disponible, al menos hasta no conocerlo un poco mejor. En su relación anterior, su ex sabía todo lo que pensaba, lo que soñaba… Y resultó que ella no lo conocía en absoluto, y había acabado como había acabado. Pero aunque estaba segura de que, en principio, su decisión era totalmente razonable, no por eso le resultaba más fácil dejar de pensar en qué hubiera sucedido si hubiera dejado a Tom volver a besarla.

Desde entonces habían pasado varios días y él no se dejaba ver. Ni siquiera había cenado con ellos la noche anterior.

Su padre había dicho que estaba trabajando al tiempo que le guiñaba un ojo. Y Violet se lo hubiese creído de no haber sido ya viernes y llevar sin verlo toda la semana.

Sabía que estaba encerrado en el despacho con su padre haciéndole las entrevistas para las que había viajado miles de kilómetros. Incluso lo había oído de pasada hablar con su madre un par de veces, supuso que entrevistándola, antes de dejar de escuchar detrás de las puertas y volver a su trabajo.

Al menos, organizar el concierto benéfico la había distraído. Solo quedaba una semana para que se celebrara, y ya estaba llegando a las últimas páginas de las agotadoras listas que Rose había elaborado con tanto cuidado. Jake Collins le había enviado la cláusula adicional firmada, así que no tuvo que volver a amenazarle con hacerle publicidad negativa.

Las cosas iban bien, y haber resuelto el asunto del señor Collins había aumentado su seguridad en sí misma para seguir con su trabajo. Lo tenía todo controlado, había hablado con casi todos los que iban a tomar parte en el concierto, o al menos con sus representantes, sin que

las palabras «sexo» y «vídeo» hubieran aparecido en la conversación. Estaba progresando.

Pero tenía que reconocer que echaba de menos a Tom.

—¿En qué sentido lo echas de menos? —le preguntó Daisy cuando fue a la casa a probarse vestidos premamá el día antes de la boda de Henry Littlewood—. Está aquí.

Violet suspiró e intentó no pensar que Rose la habría entendido. Aunque incluso a su gemela le hubiera costado, ya que ni siquiera la propia Violet estaba segura de entenderlo.

—Supongo que me había acostumbrado a tenerlo cerca —agarró otro vestido del montón que Daisy había llevado—. ¿Qué te parece este?

Daisy negó con la cabeza.

—Lily Taylor se lo puso en una gala el mes pasado. La fotografiaron con él, por lo que no quiero que se establezcan comparaciones sobre a quién de las futuras mamás le sienta mejor.

«Entonces, ¿por qué lo has traído?», quiso preguntarle Violet. Sin embargo, no lo hizo, ya que el embarazo había vuelto a su hermana un poco susceptible.

—Y lo sigues teniendo —Daisy cambió de postura en la cama con la mano apoyada en su abultado vientre—.

Simplemente está ocupado entrevistando a papá y a mamá. Y a mí.

—¿Te ha entrevistado? —Violet dejó de prestar atención a los vestidos y miró a su hermana.

Daisy la miró sin comprender.

—Pues sí. Nos está entrevistando a todos, ¿no?

—Sí, claro —Violet se había imaginado que empezaría por ella.

Daisy tiró de la mano de su hermana para que se sentara en la cama.

—En serio, ¿qué os traéis entre manos los dos? Mañana va a acompañarte a la boda. Mamá dice que os marchasteis a Brighton, sin decir nada a nadie, el fin de semana pasado, y ahora me dices que no lo has visto en toda la semana. Sé que preferirías contárselo a Rose, pero no está. Así que ¿qué pasa?

Violet se mordió los labios. En cierto sentido, probablemente era lo mejor que Rose no estuviera. Ella hubiera sospechado que había algo desde la primera vez que Tom y ella fueron a comer. Por mucho que quisiera a su hermana gemela, tal vez fuera mejor no tenerla cerca para que la protegiera.

Y Daisy sabía escuchar.

—Para serte sincera, no tengo ni idea —Violet se tumbó en la cama —. Me ha dicho que siente algo por mí —y la había besado y vuelto su mundo del revés.

—¿Y qué le has dicho?

—Que no era buena idea —en aquel momento, una semana después, le pareció un error de proporciones astronómicas.

—¿Por qué? —preguntó Daisy enarcando las cejas por la sorpresa —. Es muy guapo y parece buena persona. Papá lo adora, lo que es buena señal, y es evidente que tú estás loca por él. Por tanto, ¿dónde está el problema? Ah, es periodista.

Rose hubiera llegado a dicha conclusión media hora antes, pero a Violet le resultaba más útil escuchar las razones por las que debiera decirle que sí.

—En realidad, para ser periodista no es lo suficientemente canalla.

—Te gusta, ¿verdad?

Violet suspiró. ¿Le gustaba? Repasó las dos semanas anteriores. Incluso después de su terrible primer encuentro, cuando había tenido ganas de estrangularlo, había habido entre ellos una extraña conexión cuando ella lo había tomado de la mano. Y la había ayudado mucho con el concierto. Y el modo en que había hablado al mánager de Olivia… Le había plantado cara para defenderla… e interrogarla, claro. Después la había llevado a comer para animarla… e interrogarla, por supuesto. Y la había acompañado a Brighton y se había asignado un papel secundario, ya que se había dedicado a observar cómo solucionaba los problemas.

Tom entendía que no confiara en nadie. Y ella esperaba que él la hubiera entendido cuando le había dicho que necesitaba conocerlo mejor para confiar en él, y que se hubiera dado cuenta de que pensar que acabaría fiándose de él ya era un paso enorme.

Y también esperaba que no la estuviese evitando.

—Así es, me gusta. Pero me hace muchas preguntas sobre mi vida y mi familia. Cuando acabe el libro será una autoridad en la materia. También yo quiero conocer su vida en detalle. ¿Tiene sentido lo que digo?

—Claro que sí —Daisy le acarició el brazo—. Espero que se abra a ti. Y, si lo hace, si te da lo que le pides, le ofrecerás una oportunidad, ¿verdad? Sé que es arriesgado. Las relaciones siempre lo son, pero todos queremos que seas feliz, y, si Tom puede hacer que lo seas, tienes que dejar que lo intente. ¿De acuerdo?

Violet asintió. Ocho años era mucho tiempo para estar escondida. La semana anterior había hablado con estrellas del pop, representantes, proveedores e incluso con los medios de comunicación que cubrirían el concierto. Seguro que podría manejar una cita con un periodista cuya presencia le producía un cosquilleo en todo el cuerpo.

El sábado por la mañana llegó muy deprisa para Tom. Había elaborado un plan para convencer a Violet de que le diera una

oportunidad. ¿Ella quería saberlo todo sobre él? Muy bien, se lo contaría hasta cierto punto. Nadie necesitaba de verdad saberlo todo de otra persona. Violet simplemente necesitaba tener la impresión de que entendía de dónde había salido él; y eso podía explicárselo.

Pero Tom rápidamente se dio cuenta de que se le daba mejor escribir que hablar, por lo que decidió sacar tiempo para escribírselo todo. Comenzó en Brighton, en una habitación de hotel helada y llena de goteras, y continuó en los ratos libres que le dejaron las entrevistas, pasar sus notas al ordenador y la escritura de un artículo corto para un editor que lo había llamado en el último momento.

Por eso, hasta el sábado por la mañana no se dio cuenta de que lo que había escrito era su obituario.

Tom miró las palabras escritas que tenía frente a él. Tal vez no fueran la forma más prometedora de iniciar una relación, pero transmitirían a Violet toda la información relevante, al menos la que podía contarle. Era un comienzo, una señal de que podía darle lo que ella necesitaba.

Además, ya era tarde para introducir cambios.

Se dio una ducha rápida, se puso su mejor traje, se echó una sustancia asquerosa en el pelo para que no se le despeinara y esperó estar presentable para los Littlewood.

Y para Violet.

Rick ya estaba en la cocina sirviéndose un café cuando Tom llegó. También se hallaba allí Seb, el esposo de Daisy, tomándose otro y leyendo el periódico.

—Ah, aquí está nuestro amigo —dijo Rick al tiempo que agarraba otra taza y la llenaba hasta el borde de café. Tom le dio un sorbo en cuanto Rick se la pasó. Durante las tres semanas anteriores, había comenzado a gustarle el café solo—. Ahora, caballeros, nos toca esperar —añadió Rick.

Tom consultó su reloj.

—¿No tendríamos que marcharnos enseguida?

—Teóricamente, sí —respondió Rick—. Pero ¿en la práctica? —negó con la cabeza.

—Les hemos dicho que teníamos que salir una hora antes de lo necesario —le explicó Seb—. Así, puede que consigamos hacerlo a tiempo.

Tom se sentó y trató de imaginarse a Violet tardando horas en prepararse. Le pareció poco probable, ya que era alguien que básicamente se vestía con blusas y vaqueros, y que se recogía el pelo con un pasador. Sin embargo, si intervenía Sherry… sí, entonces, la cosa tardaría un rato.

Violet, como dama de honor, debiera haberse quedado a pasar la noche en el hotel con el resto de los asistentes a la boda. Pero, como

había señalado al principio de la semana mientras cenaban, la novia solo la había aceptado como dama de honor a regañadientes, por lo que no quería imponer su presencia demasiado pronto.

—De todos modos, hay otras diez. No van a echarme de menos.

Por eso, había decidido peinarse y maquillarse en su casa e ir a la ceremonia con el resto de su familia.

Si conseguía estar lista de una vez.

Dos tazas de café después, Violet apareció vestida con un traje azul claro que le dejaba los hombros al descubierto. Se había recogido el cabello, que le caía en rizos sobre la espalda, y sus ojos parecían más azules que nunca.

—Os prometo que ya vienen. Daisy ha vuelto a cambiar de opinión sobre el vestido que se va a poner —Violet cruzó la cocina para servirse un café. Tom se fijó en que llevaba unos brillantes zapatos plateados.

Y se dio cuenta de que no dejaba de mirarla.

Parpadeó y apartó la vista justo a tiempo para observar que Rick ocultaba una sonrisa de complicidad tras la taza de café.

Fantástico.

—Esto… voy a ver si han llegado los coches —dijo Tom, y se dirigió a la puerta principal antes de que nadie pudiera contestarle. Tal vez el aire fresco lo ayudara a despejarse.

Como faltaba media hora para que llegaran los coches, estos, por supuesto, no estaban allí. Tom se situó a un lado de la puerta, se apoyó en la pared de ladrillo y cerró los ojos.

—Hola.

Tom abrió los ojos y vio a Violet a su lado, con una taza de café en la mano.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Sí —mintió él—. No, en realidad, no estoy bien. Tengo que darte algo y no estoy seguro de si debería hacerlo, de si te ayudará o te asustará.

Violet enarcó las cejas.

—Ahora no te queda más remedio que dármelo, porque lo que me imagino tiene que ser peor que la realidad.

Tom se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un folio cuidadosamente doblado.

—Muy bien. Dijiste que querías conocerme, saber cosas de mi vida. Así que pensé en escribírtelo, y eso es lo que he estado haciendo esta semana cuando no estaba entrevistando a tu familia. Aquí lo tienes —le tendió el folio y esperó a que ella lo agarrara, casi deseando que no lo hiciera.

Pero ella lo tomó y miró a Tom con los ojos muy abiertos. Después lo desdobló. Le echó un vistazo y frunció el ceño.

—¿Es tu obituario?

—Algo así —Tom trató de explicárselo—. Cuando trabajaba en un periódico local, una de las cosas de las que me encargaba era de poner al día los obituarios de los famosos locales, de modo que, si sucedía algo, estuviéramos preparados para publicarlos. También había redactado algunos de músicos a los que había entrevistado o sobre los que había escrito, para cuando llegara el momento. Así que, cuando me puse a escribir sobre mi vida, me salió así.

Violet lo miró fijamente.

—Eres periodista hasta la médula, ¿verdad?

—Eso parece.

—¿Ha llegado ya el coche, cariño? —la voz de Sherry les llegó desde las escaleras—. No vayamos a llegar tarde.

Violet dobló el papel y lo metió en el bolsito plateado que llevaba.

—Lo leeré después —le prometió a Tom—. Y tal vez podamos hablar entonces.

—Me encantaría —contestó él.

Aunque antes, desde luego, tenían que acudir a la boda. De repente, se dio cuenta de que nunca se había sentido menos emocionado por tener que pasar el día con los ricos y famosos.

Capítulo 15

—Entonces, ¿qué os parece? —preguntó Daisy mientras acababan de tomarse el postre—. ¿Es mejor o peor que mi boda?

—Nuestra boda —intervino Seb mientras masticaba un trozo de tarta de pistacho y chocolate. Daisy agitó la mano quitando importancia a sus palabras.

—No tiene ni punto de comparación con la tuya, Daisy —le aseguró Violet—. ¿Verdad que no, Tom? Un momento, tú no estuviste —tal vez no había sido buena idea tomarse una tercera copa de champán. Enseguida se le subía a la cabeza.

Pero había tanta gente, tantas miradas cómplices… E incluso del brazo de Tom, necesitaba interponer algo más entre ella y los demás.

—No, por desgracia no estuve —Tom sonrió a Daisy desde el otro lado de la mesa—. Pero, aunque la de hoy ha sido deliciosa, no creo que tenga punto de comparación con una boda organizada por Sherry Huntingdon.

Violet se recostó en el respaldo de la silla y trató de localizar a uno

de los camareros que pasaban con café. Una taza la ayudaría a centrarse en el día especial que estaba transcurriendo.

Hasta ese momento, lo único en que había sido capaz de pensar era en el papel que llevaba en el bolso.

Había tratado de concentrarse en sonreír mientras, en compañía de las otras damas de honor, recorría la nave central delante de la novia, en tanto que Henry sonreía nervioso desde el altar. Y había intentado escuchar al oficiante, que hablaba de la importancia del perdón y la comprensión en el matrimonio. Pero la única idea que le rondaba por la cabeza era que tenía en el regazo la historia de Tom Buckley: su vida y sus secretos.

Y ella ansiaba conocerlos.

Sin embargo, también quería saborearlos, asimilarlos y comprenderlos. No podía leerlos sentada a la mesa y rodeada de su hermana, su cuñado, tres primos de Henry y sus respectivas esposas.

Los primos, por suerte, se habían ido al bar antes de que Daisy comenzara a comparar las dos bodas, pero eso no implicaba que ella pudiera ponerse a leer el papel.

Alzó la cabeza. Daisy, Seb y Tom conversaban animadamente y no parecían necesitarla. Sus padres estaban sentados tres mesas más allá y charlaban con viejos amigos. Era muy posible que, si desaparecía diez minutos, nadie lo notara.

—Voy a… —agitó la mano en la dirección de los aseos mientras se levantaba, pero nadie le prestó atención.

Se detuvo en la puerta del salón de baile, donde se había servido el banquete de la boda, para comprobar que nadie la observaba, y se dirigió en dirección opuesta a los servicios, hacia el jardín.

Le resultó fácil hallar un banco retirado, oculto entre los muros de la rosaleda. Si aparecía alguien, diría que necesitaba tomar el aire. Al fin y al cabo, hacía buen tiempo, por lo que el salón de baile con sus quinientos invitados resultaba un poco asfixiante. Nadie sospecharía nada.

Sobre todo, no sospecharían que se ocultaba para leer el obituario de un hombre que estaba vivo.

Desdobló el folio mientras se preguntaba si el hecho de que Tom lo hubiera escrito le decía más incluso que las palabras que contuviera. Solo a un periodista se le ocurriría hacer algo así. Pero, por otro lado, él quería darle a conocer todos los hechos, la verdad, de un modo que solo se contaba después de morir.

Aquello constituía lo que él era, cómo creía que lo recordarían, todo lo que le parecía importante decir sobre su vida. Todo en dos páginas, que Violet pensó que era una más de lo que hubiera ocupado su vida, o una página y media más larga, si se omitía el asunto del vídeo en aras del buen gusto.

Pero nadie lo omitiría.

Respiró hondo y se centró en la lectura. A pesar del tono desapasionado que exigía un obituario, Violet oía a Tom pronunciar cada línea.

Revivió su infancia en Nueva York, los inicios de su carrera, su distanciamiento de su madre, sus giras con las bandas musicales y la historia de sus relaciones. Cuando llegó al final tuvo la impresión de que él se hallaba sentado a su lado.

—¿Tienes alguna pregunta?

Violet alzó la cabeza bruscamente al oír la voz de Tom, y se sonrojó al verlo apoyado en el muro del jardín mientras la observaba enarcando una ceja.

—Probablemente, más tarde —a fin de cuentas, los hechos no eran lo mismo que conocer a la persona. Pero desde que se habían conocido, lo único que ella ignoraba eran los hechos. Tragó saliva antes de ponerse de pie—. Pero hay algo que quiero hacer antes.

Él no se movió cuando Violet se le acercó, y ella comprendió que todo dependía de sí misma. Era decisión suya. Y él esperaría a que la pusiera en práctica.

Violet esperaba que no fuera un error.

Se detuvo muy cerca de él, tanto que casi sintió su aliento en el rostro, pero sin tocarlo. Lo miró a los ojos y vio que se estaba controlando, así que ella no lo haría.

Le puso una mano en el pecho y sintió los latidos de su corazón a través de la camisa. Y supo que quería acercarse a esos latidos todo lo que él le permitiera. Se puso de puntillas y, sin dejar de mirarlo a los ojos, lo besó.

Él tardó en reaccionar solo un instante y la abrazó para atraerla hacia sí. La boda y todo su entorno desaparecieron, y ella solo sintió el cuerpo de Tom contra el suyo y el sabor de sus labios. Aquello era lo que necesitaba. ¿Por qué se lo había negado a sí misma durante tanto tiempo?

¿Y cómo podía ser que besar a Tom le pareciera que era como confiar en él?

Al final, sin embargo, tuvo que separarse de él. Los brazos de Tom siguieron apretándola contra su cuerpo mientras ella volvía a apoyar los pies en la tierra sin dejar de mirarlo a los ojos.

—¿Te ha gustado mi obituario? —murmuró él.

Violet negó con la cabeza.

—En absoluto. Me gustaría que no lo hubieras escrito, pero me gusta conocerte.

—¿Es ahora cuando tengo que decir que puedes conocerme todavía más? —preguntó él enarcando una ceja.

Violet se echó a reír. Era como si besar a Tom hubiera liberado la

alegría que ocultaba en su interior.

—Probablemente sí.

—En ese caso, ¿cuánto tiempo crees que debemos quedarnos en este sarao?

—Hay quinientas personas —apuntó ella—. ¿Qué posibilidades hay de que echen de menos a dos?

—Bien pensado.

Tom sonrió, agarró de la mano a Violet y fueron corriendo hacia el coche.

—¿Estás dormido?

Habían pasado varias horas, y la voz de Violet apenas era algo más que un susurro. Más que oírla, Tom la sintió en su piel desnuda.

—No del todo —se dio la vuelta y la atrajo hacia sí. Ya que por fin la tenía donde había soñado, no estaba dispuesto a que hubiera entre ellos ni un centímetro de separación—. ¿Estás bien?

—Más que bien, formidablemente —Violet le sonrió medio dormida, y él sintió una punzada de orgullo al contemplar la relajación y satisfacción de su rostro. Ella se frotó la mejilla contra su pecho como un gatito feliz.

—Ya te dije que era buena idea —murmuró él.

Violet se rio bajito.

—Así es. Y tenías razón.

Toda la razón del mundo. Había sido más que una buena idea, más de lo que él había soñado. Había sabido desde el principio que ella lo atraía, pero no esperaba hacer nada al respecto. No se imaginaba que lo deseara hasta tal punto.

Pero la había conocido y comprendido, e incluso le había contado algo de sí mismo para que ella lo entendiera. Y allí estaban.

Y, por fin, ella creía que había sido buena idea.

—Me alegro de que lo pienses.

—Además, como lo hemos hecho sin haberlo planeado, estoy segura de que no has tenido tiempo de poner una cámara de vídeo.

Él sabía que era una broma, pero sus palabras seguían siendo algo crispadas, como si todavía no se le hubiera cerrado la herida. Le entraron ganas de abrazarla y ponerla a salvo, lo cual no era un sentimiento que soliera experimentar hacia las mujeres con las que salía. Y en aquel caso, le daba la impresión de que Violet llevaba a salvo demasiado tiempo. Estaba harta de que la protegieran y lista para cambiar y cuidar de sí misma.

Tom se deslizó hacia abajo un poco en la cama hasta que sus rostros estuvieron frente a frente.

—Sabes que no lo haría, ¿verdad? Tienes que saberlo —tal vez ella

no necesitara que la protegiera, pero sí necesitaba fiarse de él, saber que nunca le haría daño.

Ya no era de esa clase de hombres.

—Lo sé —Violet lo besó en los labios—. Pero es que todavía me estoy acostumbrando a la idea.

—Lo entiendo —le pasó el brazo por la cintura y la atrajo hacia sí —. Solo espero que llegues a confiar en mí.

—Creo que ya lo hago.

Él volvió a besarla. Pero, cuando se separaron, ella lo miró inquisitivamente.

—¿Qué pasa? —quiso saber él.

—Me preguntaba… en tu obituario hablas de tu madre y de que os peleasteis. Y me habías dicho que, cuando murió, no os habíais reconciliado. Pero no me contaste por qué os habíais peleado. No entiendo qué podía ser tan importante para que no te reconciliaras con ella.

A pesar de la calidez del cuerpo de Violet, un escalofrío recorrió la espalda de Tom y se le paralizaron los músculos. —El orgullo— susurró—. ¿Qué otra cosa podía ser? El estúpido orgullo.

Violet lo besó en la clavícula.

—Cuéntamelo.

No podía, ya que ese hecho, esa única omisión en su obituario, era lo único que ella nunca le perdonaría. De todos modos, tenía que decirle algo, y la confianza que veía en sus ojos lo hizo desear que fuera lo más cercano posible a la verdad.

—Al principio de mi carrera de periodista, trabajé para un periódico de mala reputación, y mi madre creyó que era indigno de mí. Lo dirigía un tipo que creía que el fin, una buena historia, justificaba los medios. Y esperaba que sus empleados hicieran lo necesario para conseguirla.

Poco a poco, cuanto más tiempo llevaba allí, más insensible se volvía a los métodos.

—Mi madre me dijo que estaba desperdiciando mi talento, que no merecía la pena vender el alma por un trabajo —tragó saliva al recordar el rostro de su madre lleno de furia justificada—. Me dijo que no me había educado para eso, que no quería un hijo que pudiera hundirse en aquel cenagal.

Tom se atrevió a mirar a Violet, que seguía en silencio, con la mejilla apoyada en su hombro. Tenía los ojos húmedos, y él tuvo que reprimir el impulso de decirle que no se merecía su compasión ni sus lágrimas.

—¿Y qué pasó? —murmuró ella acariciándole el brazo a modo de consuelo.

—Le dije que no entendía el periodismo y que nunca lo entendería;

que aquello era lo que tenía que hacer para labrarme una carrera. Me echó de su casa y me dijo que volviera cuando hubiera recuperado el honor —Tom cerró los ojos con fuerza—. No tardé mucho en darme cuenta de que tenía razón, pero el orgullo hizo que me mantuviera alejado de ella. No sabía que estaba enferma, y cuando me enteré ya era tarde.

Por aquel entonces, hacía tiempo que había dejado el periódico, en el momento en que aquella terrible historia había salido a la luz y se había dado cuenta de lo que había hecho. Pero al perder el respeto de su madre, había perdido el respeto hacia sí mismo. ¿Cómo iba a volver a verla hasta no haberlo recuperado? Pero resultó que se tardaba mucho menos en perderlo que en recuperarlo.

Violet lo abrazó con fuerza por la cintura y se puso encima de él para protegerlo del mundo.

—Lo siento mucho.

—Pasó hace mucho tiempo —como si eso fuera un alivio para la pena.

—De todos modos, desearía ayudarte a superarlo.

Tom se enroscó en su cuerpo.

—Lo estás haciendo. Por el simple hecho de estar contigo, al ver cómo has superado tu propia historia… todo eso me ayuda.

—¿Es eso lo único que te ayuda? —Violet alzó un poco la cabeza para mirarlo, y él sintió que se excitaba al contemplar sus ojos llenos de deseo.

—Se me ocurren un par de cosas más —respondió antes de volver a besarla.

Capítulo 16

Violet se desperezó entre las sábanas mientras escuchaba la respiración regular de Tom a su lado. Ya había amanecido, por lo que debían de ser alrededor de las seis. Horas antes había oído volver a sus padres y a Seb y Daisy, que se reían y se daban las buenas noches. Había enviado un mensaje de texto desde el coche a Daisy para decirle que Tom y ella volvían a casa. Pensó que no era necesario añadir nada más. Aunque Daisy no fuera su gemela, era su hermana, y la conocía bien.

¿Qué pensarían todos ellos? ¿Se alegrarían porque, por fin, estaba saliendo adelante o se asustarían a causa de la persona con quien había decidido hacerlo? ¿Lo entenderían? ¿Y cómo influiría la situación en el trabajo que Tom tenía que hacer allí?

—Estás pensando en voz alta —murmuró Tom—. Vuelve a dormirte.

—Voy a hacerlo —mintió ella. Le acarició el brazo y escuchó hasta que su respiración volvió a ser regular. Tal vez no recordaría su comentario cuando se despertara.

Pero recordaría el resto de la noche, de eso estaba segura, porque era imposible de olvidar. Aunque no fuera una mujer con mucha experiencia, la química que había entre ambos, la conexión que sentía cuando estaban piel contra piel… Violet nunca había experimentado nada igual.

Reprimió una carcajada al recordar las primeras palabras que Tom le había dirigido, en el aeropuerto, sobre cómo le recordaba su expresión de frustración el horrible vídeo. Tal vez Rose hubiera estado en lo cierto cuando ella le había contado el incidente. Tal vez fuera por fin capaz de reírse de todo aquello.

Eso debía de significar que estaba avanzando. Y ya era hora de hacerlo.

Miró a Tom, que tenía un brazo sobre la cabeza mientras dormía. Tenía el pelo revuelto, y su pecho desnudo era tentador. Podía acurrucarse a su lado, apoyar la cabeza en su pecho y volverse a dormir hasta que él se despertara para repetir lo que habían hecho la noche anterior.

El plan tenía muchas ventajas.

Volvió a mirarlo otra vez, suspiró y se levantó despacio para no

despertarlo. Tenía que reflexionar, lo que le resultaba imposible estando en la cama al lado de Tom. La distraía, incluso dormido.

Agarró unos leggings y una camiseta larga de un cajón y se vistió sin hacer ruido mientras daba gracias porque la noche anterior hubieran ido a su habitación en vez de a la de Tom. Después salió. Utilizaría el cuarto de baño que había cerca del vestíbulo en vez de el de su habitación, se tomaría un café e iría al despacho de Rose. No era probable que nadie la interrumpiera durante un rato. Después de haberse acostado tarde por la boda, todos seguirían durmiendo unas horas, y Tom probablemente también estaría cansado.

No pudo evitar sonreír al pensarlo. De una cosa no tenía la menor duda: había sido buena idea lo de la noche anterior.

Pero tenía que pensar qué pasaría a continuación.

El despacho estaba agradablemente fresco y tranquilo. Dejó la taza de café en una esquina del escritorio y se sentó a mirar por la ventana. Probablemente tendría trabajo que hacer para el concierto, pero sabía que no rendiría en absoluto si no reflexionaba primero sobre la noche anterior.

Tom le había hablado de su madre y del lado oscuro del periodismo, como si ella no lo conociera de sobra. Pero Tom había conseguido huir de él, y Violet sabía que el sentimiento de culpabilidad que arrastraba porque su madre no se había enterado de ello antes de morir haría que fuera honrado el resto de su vida. Nunca sería la clase de periodista que era Nick, ya que le había contado toda la verdad.

Aquello podía haber sido la historia que se repetía, pero no lo sería porque Tom no era Nick. Y, por primera vez en mucho tiempo, se sintió esperanzada ante el futuro.

Sonó el teléfono del escritorio y Violet frunció el ceño. ¿Quién demonios llamaría un domingo tan temprano?

—Violet Huntingdon-Cross al aparato.

—Señorita Cross, soy Jake Collins —por supuesto, solo podía ser el mánager más ofensivo de su lista. Probablemente estuviera buscando la forma de vengarse de ella por el asunto de la cláusula adicional—. Estamos en el aeropuerto de Dublín, a punto de tomar el avión para su isla, para actuar en el concierto benéfico.

Eso explicaba lo temprano de la llamada, pero no por qué llamaba. Al menos, le estaba hablando de un modo educado, casi amistoso, lo cual bastó para que ella recelara.

—Señor Collins —dijo con tanta alegría como pudo—, ¿en qué puedo ayudarle?

—Me parece que más bien se trata de que seamos nosotros quienes la ayudemos a usted. Sé que la noticia aún no es oficial, pero ya sabe cómo es la industria. Con toda la gente que hubo en la fiesta de

anoche, era de esperar.

¿Qué fiesta? ¿La boda de los Littlewood? Pero lo único que había sucedido allí… Violet ahogó un gemido. Estaba segura de que una cámara los había fotografiado a Tom y a ella en el jardín. Pero ¿de verdad eso le importaba a alguien? Y, de todos modos, ¿qué tenía que ver con Jake Collins?

—Lo siento, pero no le entiendo —y tampoco estaba segura de querer que se lo explicara.

—Claro, claro. Comprendo perfectamente que quiera esperar a que se anuncie oficialmente. Y, desde luego, tendrá que haber un periodo adecuado de luto, sobre todo para su familia. Pero estoy seguro de que nadie querrá que el concierto benéfico se suspenda. Lo que intento decirle es que, si a su padre le parece inapropiado que los Lemons actúen, Olivia estaría encantada de ayudar abriendo el concierto.

¿Luto? ¿Por qué iban…? ¿Y por qué iban a suspender el concierto?

—Señor Collins, yo…

—Lo sé, es demasiado pronto. La llamaré en otro momento y hablaremos. La acompaño en el sentimiento. Por favor, transmítaselo a sus padres.

La comunicación se cortó y Violet se miró la mano durante unos segundos antes de que se le ocurriera un terrible pensamiento.

Rose y Will.

Se le aceleró el corazón. No sabía dónde estaban ni qué hora sería donde estuvieran, pero no le importaba. Agarró el móvil con manos temblorosas y llamó a Rose mientras rogaba que respondiera.

—¿Violet? —la voz somnolienta de Rose le llegó desde el otro lado de la línea, y Violet, aliviada, soltó el aire que había estado conteniendo.

—Menos mal que has respondido. Acabo de recibir una extraña llamada telefónica y creí… da igual. Estás bien y todo está bien. Vuelve a dormirte.

—De acuerdo. Te llamo después.

Violet colgó. Era evidente que Jake Collins se había equivocado. Todo iba bien. Su pulso comenzó a recuperar la normalidad y extendió la mano para agarrar la taza de café.

Solo consiguió darle un sorbo antes de que la policía aporreara la puerta principal.

—¿Qué pasa? —preguntó Tom al entrar en la cocina. Hubiera deseado ir a su habitación para cambiarse de ropa y no seguir llevando el traje de la noche anterior. Pero se había despertado solo en la cama de Violet, había oído voces en el piso de abajo y, después, había visto los coches de la policía en la entrada, por lo que no había

tenido tiempo de pensar en la ropa.

Violet, que se hallaba al lado de la cafetera, lo miró tensa. Tenía arrugas en torno a los ojos que él no recordaba haber visto la noche anterior, y estos estaban rojos e hinchados, como si se estuviera esforzando en no llorar.

Sherry ni siquiera se esforzaba. Tom no sabía cómo conseguía seguir pareciendo hermosa con las lágrimas corriéndole por las mejillas. Rick le había pasado el brazo por los hombros y con la otra mano se tapaba la cara. Seb estaba en un rincón con Daisy, cuyo rostro estaba oculto en el pecho de su esposo.

Y cerca de la mesa de la cocina había dos policías y un hombre con traje. Su presencia era incongruente en la cocina de Huntingdon-Hall.

—Lo siento, señor —dijo el hombre del traje sin parecer disculparse en absoluto—. Soy el inspector Trivet. ¿Quién es usted?

—Tom Buckley. Estoy entrevistando a la familia —hasta ese momento, nunca se había sentido alguien ajeno a la familia con tanta intensidad.

—Es usted periodista —la boca del inspector se endureció— . Lo siento, pero la familia ha pedido que no haya periodistas presentes.

A Tom se le cayó el alma a los pies. Por supuesto que no. Lo que hubiera sucedido era asunto exclusivamente de la familia.

—¡No! —casi gritó Violet—. Tom es amigo de la familia, ¿verdad, papá?

Rick alzó la cabeza y se limitó a asentir. Tom notó que su escuálido rostro parecía diez años mayor.

—En ese caso, le diré lo que les he dicho a los demás. A primera hora de la mañana se ha descubierto uno de los coches del señor Cross en la orilla del río, a mitad de camino entre Huntingdon Hall y Londres. Lo conducía Jez Whittle.

El guitarrista de los Screaming Lemons y, lo más importante, el mejor amigo de Rick.

—¿Ha…? —Tom apenas se atrevió a preguntarlo. La respuesta estaba escrita en el rostro de todos los presentes.

—Parece que ha muerto a primera hora de la mañana.

—¿Por el accidente? —preguntó Tom.

Violet negó con la cabeza.

—El señor Whittle ha muerto a causa de una sobredosis de heroína —afirmó Trivet con expresión solemne—. La gente de la fiesta a la que acudió en Londres ha confirmado que se tambaleaba cuando se marchó y que había dicho que necesitaba algo más fuerte para sentirse mejor.

—¡Llevaba años limpio! —Rick levantó la cabeza. Su expresión era apesadumbrada—. Veinte años. No empiezas otra vez después de dos décadas sin haber hablado antes con alguien. Sin haber hablado

conmigo.

Tom pensó que no debería estar allí ni ser testigo de aquello. No debería contemplar como Violet se acercaba a sus padres y los abrazaba con lágrimas en los ojos. Porque, al estar allí, tendría que escribir sobre aquello, contar la historia.

¿Y cómo iba a hacerlo?

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Seb en voz baja. Ya formaba parte de la familia por ser el esposo de Daisy. Podía hacer preguntas y ocuparse de los demás mientras Tom debía intentar pasar desapercibido y fingir que no era un intruso en medio de aquel dolor.

Pero no quería hacerlo. Deseaba tomar a Violet entre sus brazos, como Seb abrazaba a Daisy; quería ayudarla en la medida de sus posibilidades.

—Habrá una investigación oficial, desde luego —dijo el inspector —. Y tendremos que hacerle unas preguntas al señor Cross sobre el coche. Pero, sobre todo, pronto habrá una avalancha de paparazzi. Puedo dejar a un par de hombres vigilando la puerta, si lo desean, para que los disuadan de llevar a cabo acciones extremas.

Como entrar trepando por las ventanas y hostigar a la familia cada vez que miraran por ellas. Aquello iba a ser un infierno para Violet, pensó Tom.

Seb asintió.

—Gracias. Si eso es todo… —Tom se percató de la manera aristocrática del conde de lanzar una indirecta para que se fueran, y estuvo a punto de sonreír.

—De momento —el inspector señaló la puerta con la cabeza y los dos policías salieron con él dejando sola a la familia. Con Tom.

—Debería… —Tom intentó decir que debería marcharse. Pero ¿cómo iba a hacerlo cuando Violet había alzado bruscamente la cabeza y lo miraba pálida y con ojos suplicantes?—… preparar más café. O algo de comer. Si alguien quiere algo… lo que sea.

—Gracias —susurró Violet. Pero nadie la oyó.

—No lo entiendo —Rick dio un puñetazo en la mesa, y las tazas vibraron—. ¿Por qué no habló conmigo? Sabía que lo ayudaría.

«Hace años monté un centro de rehabilitación y de asesoramiento para drogadictos». Tom recordó las palabras de Rick de una de sus numerosas entrevistas. «Siempre me ha parecido importante contribuir de algún modo, porque muchos amigos han escapado de la muerte por los pelos. Quería ayudar».

¿Por qué? ¿Pensaba Rick en Jez al iniciar el proyecto? ¿Creía que haría más fácil la vida de su amigo, o incluso que estaría allí, dispuesto a ayudarlo, si volvía a necesitarlo?

En el pasado habían aparecido con regularidad en los periódicos noticias sobre las adicciones de Jez. Pero Tom recordaba que la banda

siempre había cerrado filas en torno a él. Y en aquel tiempo no había Internet ni móviles con cámara con los que competir. Cuando se inventaron, Jez se había desintoxicado y retomado el buen camino.

Hasta la noche anterior.

—Probablemente volvía hacia aquí, Rick —Sherry parecía agotada, aunque solo llevaban levantados aproximadamente una hora—. Siempre venía cuando tenía problemas, ya lo sabes. Acudía a nosotros y se los solucionábamos.

—Salvo esta vez, que ha sido demasiado tarde —el tono melancólico de Rick arrancó otro sollozo a Daisy. Violet estaba más pálida que nunca. Tom notó que le temblaban las manos. Quería acercarse a ella, saber qué decir, saber cómo ayudarla.

Entonces sonó el teléfono, y Tom se dio cuenta de que, al menos, había una cosa que podía hacer.

—Aparecerá en los periódicos —dijo Sherry en voz baja.

—Son unos buitres —Rick alzó la vista—. No te ofendas, Tom.

—No me ofendo.

—¿Contestamos o lo dejamos sonar? —preguntó Daisy.

—No van a dejar de llamar —apuntó Seb.

Tom respiró hondo. No era su lugar. No formaba parte de la familia.

Pero haría aquello por Violet.

—Yo hablaré con ellos, con todos. Vosotros no os preocupéis de la prensa ni de los fotógrafos. Ya me encargo yo.

No estaba seguro de si la expresión de Violet era de agradecimiento o de preocupación, pero daba igual. Si no confiaba en él por completo después de aquello, nunca lo haría.

Capítulo 17

Nada volvería a ser igual.

No era la primera vez en su vida que Violet tenía esa revelación, pero esa vez le parecía imposible que su familia se recuperara de aquello. El pesar que todos sentían había impregnado la casa, y el silencio se extendía por los pasillos y se aferraba a las cortinas.

Ese silencio la había impulsado a refugiarse en el despacho de Rose, el lugar en el que había pasado más tiempo en las semanas anteriores; el lugar que había esperado que la ayudaría a recuperar el control de su vida, y a empezar a vivir en vez de seguir escondiéndose.

Pero esconderse era lo único que deseaba hacer en aquellos momentos.

El tío Jez. Lo conocía desde el día de su nacimiento y había crecido con él, que acudía a todos los cumpleaños y fiestas, y cuando le apetecía mucho un helado.

Podía deambular libremente por toda la casa y era bienvenido en la cocina cuando quería hacer tortitas. Usaba la colección de coches de su padre como si fuera suya y era famoso por haber dicho que no se casaría, ya que Rick le había robado a la única mujer con quien merecía la pena formar una familia. Después se había casado y divorciado cuatro veces. Era un hombre salvaje y libre, y muy divertido.

Violet iba a echarlo de menos y siempre lo llevaría en su corazón.

Pero su mayor pesar se lo causaban sus padres, por su pérdida. Y por la prueba horrible e inesperada de que todo lo que le habían contado, toda su vida, la de Violet, había sido un error.

Las cosas no se solucionarían por el simple hecho de estar juntos. Aunque se tuvieran los unos a los otros, podían suceder cosas terribles. Había cosas en el mundo que la familia no podía resolver.

Y lo peor era que ella lo sabía, claro que sí, pero no se lo había creído hasta esa mañana.

—Hola —Tom asomó la cabeza por la puerta al tiempo que la golpeaba con los nudillos—. ¿Necesitas algo?

No le había preguntado si estaba bien, y ella se lo agradeció. De hecho, se le daba muy bien evitar comentarios y preguntas innecesarios y estúpidos y dedicarse a lo que había que hacer.

Había salido y se había enfrentado a la manada de hienas que había enfrente de la casa y le había pedido que respetaran la intimidad y el dolor de la familia en aquellos terribles momentos, aunque nadie pensara que fueran a hacerlo.

De todos modos, les había dejado claro que ningún miembro de la familia iba a hacer el ridículo delante de ellos ni a proporcionarles información alguna ni ocasión de que los fotografiaran.

Violet lo había visto en la televisión, ya que estaba tan asustada que no se había atrevido a mirar por la ventana, oculta por una cortina, para verlo en directo. Le había parecido que Tom controlaba la situación, pero que además le importaba lo que estaba sucediendo.

Como si formara parte de la familia.

Violet respiró hondo.

—Para serte sincera, me vendría bien un abrazo.

—Eso tiene fácil solución —Tom sonrió y cerró la puerta.

Abrió los brazos y ella prácticamente se lanzó hacia ellos. ¿Solo habían pasado unas horas desde que había estado acurrucada y desnuda en sus brazos? ¿Y cómo podían haber cambiado tanto las

cosas desde entonces?

—Rose va a volver —murmuró al cabo de unos segundos—. Al menos, eso espera. La última vez que hemos hablado, Will y ella habían ido al aeropuerto a ver si podían tomar un avión. No sé dónde estarán ahora, pero tardarán mucho en llegar. Le he dicho que iré a recogerlos si me dice a qué hora llega su avión.

—Te acompañaré.

—Me parece bien —Violet se preguntó si habría notado el alivio de su voz. Podía haber mandado un coche, pero le parecía importante que Rose viera a algún miembro de la familia al llegar, lo cual no implicaba que no agradeciera estar con alguien que la apoyara cuando comenzaran los inevitables comentarios, fotos y miradas en el aeropuerto.

Le resultaba extraño que esa vez fuera a causa del tío Jez y no de sus propios errores.

—¿Cómo está tu padre? —le preguntó Tom, y ella se separó de sus brazos suspirando al volver a la realidad.

—Está destrozado. Mi madre está con él, así que eso lo ayudará. Daisy y Seb van a quedarse hasta la semana que viene. Seb ha ido a su casa a recoger algunas cosas y Daisy se ha acostado.

—¿Y tú? ¿Cómo estás?

Al fin le había hecho la pregunta. Violet supuso que ni siquiera Tom podía evitar hacérsela.

—Estoy enfadada con el tío Jez, con esos buitres que rondan la casa, no te ofendas, y con el mundo.

Pero había aprendido que enfadarse no servía de nada. Tenías que hacer algo; si no, era una pérdida de tiempo.

Se había pasado ocho años enfadada, y así le había ido.

—Estoy enfadada porque la situación no tiene sentido —dijo ella mirándolo a los ojos—. Así que he decidido hacer algo para que lo tenga.

Él parpadeó.

—¿El qué?

Violet respiró hondo y le mostró el boceto del nuevo cartel que había creado durante la mañana.

—Sé que solo faltan cinco días para el concierto, y también que esto implicará un montón de trabajo para sacarlo adelante, sobre todo porque no sabemos si mi padre y el resto de la banda querrán actuar. Pero ¿qué te parece? ¿Me ayudarás? —miró el nuevo cartel que proclamaba que el concierto benéfico sería para apoyar los centros de rehabilitación de adicciones de todo el país. Implicaría mucho trabajo, pero tendría sentido y merecería la pena.

Tom sonrió, y ella supo que estaba de su parte.

—Dime lo que quieres que haga —dijo él.

Violet llevaba dos días trabajando como una posesa. Tom la contemplaba admirado y llevaba a cabo las tareas que le encomendaba con la mayor eficacia y rapidez posibles, sobre todo porque quería volver a su lado para verla trabajar. Si alguna vez la había considerado la hija mimada de un famoso que solo deseaba ser el centro de la atención sin tener que hacer nada más que desnudarse, y era verdad que la había considerado eso, Violet le estaba demostrando que se había equivocado.

Lo había sorprendido. Se pasaba el día haciendo llamadas que él sabía que unas semanas antes la hubieran aterrorizado, hablando con la gente de la industria y con los medios de comunicación. Evitaba las preguntas sobre su familia y sobre la reacción de su padre a la muerte de Jez como una profesional, como si no la afectara en absoluto.

Tom sabía que no era así, que cuando se aferraba a él por la noche, en la cama, pensaba en toda esa gente que estaba desesperada por conocer todos los detalles de su vida y utilizarlos en su contra.

En esos momentos, él hacía todo lo posible para distraerla.

Y también entonces lo sorprendía, cuando no era la Violet profesional que volvía a organizar un concierto benéfico partiendo de cero; cuando no era la Violet que cuidaba de sus afligidos padres y de su hermana embarazada; cuando no era la Violet que rechazaba a los vecinos que, llenos de buenas intenciones, le llevaban flores o comida. Cuando solo era su Violet, en la oscuridad, y le mostraba su corazón. Era como si la muerte de Jez hubiera derribado las últimas barreras y le ofreciera un camino expedito para llegar a la verdadera Violet.

En realidad, no habían hablado del futuro ni de lo que cada uno esperaba de su relación, si era que se la podía denominar así. Pero a Tom le parecía que no era necesario. Habían sobrepasado esa fase de forma instintiva y habían llegado a comprender que aquello era lo que era, y que era lo que ambos necesitaban en ese momento. Se importaban mutuamente, y el mundo era más sencillo con ambos en él. Era lo único que le importaba a Tom.

—Muy bien. Entonces, ¿qué falta? —preguntó Violet dando golpecitos con el bolígrafo en el bloc de notas mientras leía lo escrito con el ceño fruncido.

Tom se contuvo para no decir que era ella la que tenía la lista y, en lugar de ello, se situó detrás y le masajeó los hombros con firmeza mientras miraba la lista escrita a mano.

—La mayor parte de lo que había que imprimir ya está impreso —dijo él—. Y, entre los dos, hemos hablado con todos los artistas, patrocinadores y medios de comunicación.

—Y todos se han embarcado en la aventura —afirmó ella, con una

nota de asombro en la voz, como si le resultara increíble que ella pudiera haberlos convencido.

—¿Con tu capacidad de persuasión? Claro que lo han hecho —Tom le metió los dedos en una zona particularmente tensa de la espalda—. Las cláusulas adicionales de todos los contratos están firmadas, incluso la de Olivia, y la parte técnica no se ha modificado. Las nuevas pulseras para entrar al concierto ya están encargadas. ¿Qué más queda?

Violet tensó los hombros, a pesar del masaje de Tom.

—El artista principal.

—Aparte de eso —Tom suspiró y dejó reposar sus manos sobre los hombros de ella, simplemente para recordarle que estaba allí y que quería ayudarla—. ¿Has hablado con tu padre?

—Sobre eso no. Hemos hablado de los preparativos del funeral, los buenos tiempos, la clínica de rehabilitación, lo que hubiera hecho para ayudar a Jez si este hubiera acudido a él… Pero no me ha dicho ni una palabra sobre si los Screaming Lemons tienen la intención de actuar en el concierto.

—Tampoco ha hablado de ello con el resto de la banda —le confirmó Tom—. Ayer me preguntaron si sabía cómo estaban las cosas.

—Tengo que hablar con él —Violet dejó el bolígrafo sobre el escritorio. Era evidente que no quería añadir esa acción a la lista—. Si quiere actuar, tendremos que contratar a un guitarrista. A lo largo de los años, la banda ha trabajado con estupendos músicos.

—De hecho —dijo Tom antes de haberlo pensado bien y de decidir si era buena idea—, conozco a alguien que creo que contará con tu aprobación.

Violet se giró hacia él en la silla hasta casi estar entre sus brazos.

—¿En serio? ¿A quién?

Tom negó con la cabeza. No quería despertar en ella grandes esperanzas, por si acaso no salía bien.

—Habla con tu padre primero. Si dice que está dispuesto a actuar, haré algunas llamadas.

—De acuerdo —Violet esbozó una triste sonrisa, la misma que él se había acostumbrado a verle en los días anteriores—. Gracias por todo lo que has hecho esta semana. Sé que no has venido hasta aquí precisamente para eso.

—Tampoco para esto —bajó la cabeza y la besó en los labios—. Y no renunciaría a nosotros por nada del mundo.

Ella se sonrojó levemente y Tom se preguntó si no estaría yendo demasiado lejos. ¿No se aproximaba aquello a la línea de «tenemos que hablar del futuro» que no querían cruzar? Porque si de algo se había dado cuenta Tom en los dos días anteriores era de que quería

hablar de cómo estaban las cosas entre ellos. Quería ponerle un nombre a su relación.

Quería decirle a Violet que se había enamorado de ella.

Pero no era el momento. Mejor, después del concierto, cuando las cosas se hubieran tranquilizado, Rose estuviera de vuelta y la familia algo más calmada. Tenían tiempo. Simplemente debía elegir el momento adecuado.

Merecía la pena esperar por amor.

—Lo digo en serio, Tom —afirmó ella con expresión grave—. Viniste a escribir un libro. Una historia exclusiva que te haría famoso. Y aquí estás, en medio del suceso más importante que les ha ocurrido a los Screaming Lemons en treinta años, y todo tu tiempo lo empleas en decir a otros periodistas: «sin comentarios». Sé que no te debe de resultar fácil, ya que eres un periodista nato; los dos lo sabemos. Pero no te has propuesto cubrir esta historia, no has desvelado el dolor de mi padre. Y te estoy verdaderamente agradecida.

Tom sonrió de manera forzada. Un periodista nato. ¿Era eso lo que siempre sería para ella? Y peor aún, ¿era cierto?

—Por supuesto que no voy a centrarme en lo que ha sucedido. Estoy aquí para ayudarte, y no como periodista. Cuando tu padre esté listo para retomar las entrevistas, seguiremos. Pero, de momento, centrémonos en el concierto, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

—¿Sigues queriendo acompañarme al aeropuerto a recoger a Rose y a Will esta tarde?

La pareja había tenido que tomar tres aviones distintos en treinta y seis horas para llegar solo un día antes de lo que habían previsto, pero Rose se había empeñado en hacerlo así.

—Allí estaré —le prometió Tom—. Quedamos a las dos en la puerta principal, ¿de acuerdo?

—Vale —Violet lo besó en la boca—. Mientras tanto, voy a hablar con papá.

—Muy bien.

Ninguno de los dos quería reconocerlo, pero, si los Lemons no actuaban en el concierto, este perdería buena parte de su impacto. La gente probablemente entendería que Rick se negara a actuar inmediatamente después de la muerte de Jez, e incluso lo respetaría. Pero sin él en el escenario, el concierto se convertiría en uno más. Y Tom sabía que Violet deseaba que la recaudación de ese año fuera la mayor posible, ya que quería emplearla en cambiar actitudes y en fomentar la ayuda para los adictos y sus familias y amigos.

Quería influir en ese campo, y Tom creía sinceramente que lo conseguiría.

Además, si había alguien que podía convencer a Rick Cross de

algo, era Violet.

—Deséame suerte —dijo ella.

—No la necesitas —respondió Tom, pero la volvió a besar para deseársela. Por si acaso.

Capítulo 18

Violet agitó las llaves del coche que tenía en la mano y resistió el impulso de comenzar a golpear el suelo con el pie. ¿Dónde estaba Tom?

Eran las dos y cuarto y no había dado señales de vida. Tenía que marcharse a recoger a Rose y a Will, a no ser que quisiera que se enfadaran porque no había nadie esperándolos, después de treinta y seis horas de vuelo.

—¿Sigue sin aparecer? —Sherry salió por la puerta de la cocina.

Violet asintió con la cabeza.

—¿Tú tampoco lo has visto?

—No. He vuelto a comprobar que no está en el despacho ni en su habitación.

—¿Le has preguntado a papá? —preguntó Violet, cosa que lamentó inmediatamente al ver que se ensombrecía la expresión de su madre. Rick no estaba de muy buen humor después de la conversación que había mantenido con su hija esa tarde.

—Se ha encerrado en el despacho —dijo Sherry—. Creo que es mejor no molestarlo de momento.

—Lo entiendo —observó Violet, presa del sentimiento de culpabilidad. No debería haberlo presionado, pero estaba deseosa de conseguir que el concierto benéfico de ese año tuviera más éxito que nunca. Por el tío Jez.

—Violet… —su madre se detuvo, y a Violet se le hizo un nudo en el estómago.

—Sé lo que vas a decirme, mamá. No te preocupes, no volveré a molestarlo.

Pero Sherry negó con la cabeza.

—No es eso, cariño. Estamos muy orgullosos de cómo has progresado en estas últimas semanas. Te has hecho cargo del concierto, lo has organizado todo, incluso con Tom aquí – Sherry sonrió. —Aunque me parece que soportar a Tom no te ha resultado

tan difícil como creías, ¿verdad?

—Mamá, yo…

—Cariño, me parece maravilloso. Es un hombre estupendo, y ya era hora de que encontraras algo por lo que te mereciera la pena dejar de esconderte. No, lo único que quería decirte era que me siento orgullosa de lo que estás haciendo al convertir el concierto de este año en un acto en memoria del tío Jez y en un modo de ayudar a otros que no saben adónde acudir. Es un trabajo importante, y sé lo que te ha costado hacerlo.

A Violet se le empañaron los ojos de lágrimas.

—Gracias, mamá.

—Estoy tan orgullosa, cariño… —Sherry abrazó a su hija—. Y, en mi opinión, los Lemons deberían actuar. Sé que tu padre no está convencido, pero lo estará cuando consiga pensar con más claridad. Así que voy a hablar con los chicos para que todos estemos de acuerdo y preparados para cuando llegue el momento en que tu padre salga del despacho como una exhalación, listo para subirse al escenario.

—Estupendo. Gracias, mamá.

Violet la abrazó a su vez al tiempo que pensaba, y no era la primera vez, que la familia se habría hundido años atrás si Sherry no hubiera estado allí para llevarlos de la mano.

—Ahora vete a buscar a tu hermana y a su esposo. Necesitamos a toda la familia aquí. Cuando Tom aparezca, le diré que no has podido esperarlo. Probablemente esté hablando por teléfono.

Violet pensó que su madre tenía razón mientras salía del garaje, dispuesta a pasar al lado de los periodistas que seguían esperando en la puerta. Tom no la hubiera dejado hacerlo sola a menos que algo importante hubiese ocurrido. Y como había asumido la tarea de distraer a los medios de comunicación y de no contestar a sus numerosas preguntas sobre el tío Jez y la familia, lo más probable era que estuviera gritando «sin comentarios» por teléfono a alguien a quien antes consideraba un amigo y un colega.

—¡Violet! ¡Violet!

Los gritos comenzaron en el momento en que el coche giró hacia la puerta principal de la casa para tomar el sendero que llevaba a la carretera principal. Violet comprobó que las ventanillas estaban subidas, pero eso no servía para dejar de oír los gritos.

—¿Cómo está tu padre?

—¿Hay noticias del coche?

—¿Van a volver Rose y Will a casa?

—¿Es verdad que Daisy ha dado a luz antes de tiempo y que tiene que guardar cama?

Violet sonrió al oír la última pregunta. Daisy solo estaba de cinco meses y, si estaba en la cama, lo más probable era que estuviera

buscando «consuelo» en brazos de su atractivo esposo. ¿No pensaban los periodistas que si le hubiera ocurrido algo al bebé habrían visto a médicos y ambulancias? Sherry Huntingdon no iba a correr ningún riesgo con su primer nieto.

Aceleró y se alejó por la carretera. Le resultaba extraño pensar que la última vez que había tomado ese camino había sido al ir a recoger a Tom al aeropuerto. Habían cambiado tantas cosas desde entonces que apenas reconocía a la mujer frustrada y solitaria que se había enfrentado a él en la cafetería.

Al final resultó que el último vuelo de Rose y Will llevaba retraso. Violet suspiró al contemplar la pantalla de las llegadas. Se encaminó a una cafetería que le resultaba familiar porque pensó que era un buen lugar para pasar desapercibida. Compró un periódico y un café y se sentó en un rincón desde donde seguía viendo la pantalla de información de los vuelos, dispuesta a esperar.

Oyó algunos murmullos cuando la gente la vio, probablemente exacerbados porque en la portada del periódico aparecía un artículo sobre la autopsia de Jez. Sin embargo, nadie la abordó, lo que ella agradeció. De hecho, estaban siendo los momentos más tranquilos desde hacía días.

Debería haberse imaginado que no durarían.

Iba por la mitad del editorial sobre el precio de la fama y estaba escribiendo a lápiz sus propios comentarios en el margen, cuando sonó el teléfono. No reconoció el número, pero en los últimos días no era inusual. Había incorporado al móvil los principales números de contacto, pero de vez en cuando alguien llamaba desde su casa o desde otro teléfono que no fuera su móvil.

—Violet Huntingdon-Cross al aparato —dijo intentando parecer a la vez cordial, por si era alguien relacionado con el concierto, y desdeñosa, por si se trataba de otro periodista que hubiera conseguido su número.

—Hola, cielo.

La voz del otro lado de la línea la dejó paralizada y con los músculos en tensión. Llevaba ocho años evitando esa voz y al hombre al que le pertenecía; ocho años fingiendo que no existía, lo que era casi verdad. El hombre al que había creído amar no existía, solo existía aquel, que la había traicionado por una buena historia.

—Nick…

Debía colgar, apagar el teléfono y fingir que esa llamada no se había producido. Volver a esconderse de él y de todo lo que representaba.

Pero ya no era esa Violet.

—¿Qué quieres? —le preguntó en tono seco. Tenía más que superada su relación con él, por lo que una corta conversación no le haría ningún mal.

—Lo mismo que todos quieren de ti ahora —dijo Nick—. Un comentario oficial sobre la muerte inesperada del guitarrista de tu padre.

Violet soltó una carcajada, lo que atrajo la atención de quienes estaban sentados a la mesa de al lado.

—¿Y por qué crees que iba a dártelo? —eso o cualquier otra cosa, ya puestos.

—Por los buenos tiempos —respondió él—. Pero supongo que tenía que habérmelo pensado mejor.

—Desde luego.

—Me refiero a que ahora tienes a otro periodista, ¿no? Alguien que te da falsas esperanzas mientras espera la historia de su vida. Seguro que Tom no se cree la suerte que tiene.

—¿Conoces a Tom?

No era una pregunta. Nick conocía a todo el mundo. Que Tom estuviera al otro lado de la barrera, no quería decir nada. Frecuentaban los mismos círculos. Pero Nick se equivocaba si creía que Tom se le parecía.

—¿Quién no lo conoce? Pero supongo que la verdadera pregunta es cómo de bien lo conoces. ¿Has leído sus artículos? No los recientes, sino los antiguos. Por ejemplo, el reportaje que supuso su primer éxito.

—No sé de qué me hablas, ni me interesa saberlo —Violet tragó saliva para ahuyentar el miedo que le atenazaba la garganta al recordar que Tom le había hablado del primer periódico en el que había trabajado, el que había producido el distanciamiento entre su madre y él. No le había hablado de lo que escribía en ese periódico, a lo que ella no había hecho caso intencionadamente en aras de su relación con él— . Tom no es como tú. De todos modos, ¿a ti qué te importa?

—Puede que no soporte ver que te vuelven a engañar por completo —se produjo una pausa y Nick se rio—. Vale, tómate esta llamada como un recordatorio. Cuando descubras cómo es Tom en realidad y te des cuenta de que todos los periodistas somos iguales, tal vez pienses: «Más vale lo malo conocido…». En algún momento tendrás que hablar con alguien. Puedes hacerlo conmigo.

—Contigo, nunca —le espetó Violet. ¿Cómo podía habérsele ocurrido? ¿Y qué sabía sobre Tom que haría que él, Nick, le pareciera la mejor opción? Era incapaz de imaginárselo—. Adiós, Nick.

Finalizó la llamada con el corazón latiéndole a toda velocidad. Lo más probable era que Nick le hubiera tomado el pelo o estuviera

tratando de tomar parte de algún modo en la historia del siglo, o cualquier otra cosa. El director de su periódico lo habría incitado a hacerlo, ya que no era posible que Nick hubiera supuesto que estaría dispuesta a hablar con él.

Eso implicaba que probablemente se habría inventado lo que había dicho de Tom. ¿Qué sabía Nick? Los reportajes de Tom siempre eran sobre música, e incluso los primeros para aquel maldito periódico seguramente serían críticas de discos. Tal vez hubiera dado alguna vez solo dos estrellas a los Lemons, pero eso no era suficiente para abrir una brecha entre ellos. El pasado, pasado estaba; había dejado de importar.

Pero Nick había dicho que todos eran iguales. Y Violet conocía algunos artículos de los que Nick había escrito, de los que incluso había sido la protagonista.

No podía creer que Tom hubiera escrito algo así.

Miró la pantalla de llegadas. Seguía sin aparecer la hora de llegada de Rose y Will. Tenía que matar el tiempo.

Así que sacó la tableta del bolso e inició una búsqueda de información sobre Tom.

Tardó menos de lo que se imaginaba. Aunque no era una experta en Internet, sabía buscar información básica sobre una persona y los artículos que había escrito. Y no le resultó difícil descubrir al que Nick se había referido.

Entre las reseñas de discos, las entrevistas a bandas y los reportajes sobre conciertos, se hallaba el artículo, con fecha de diez años antes, que había hecho despegar la carrera de Tom.

A Violet se le contrajo el estómago al leerlo.

Joven actriz aparece desnuda en fotos.

Las fotos se habían tomado en primer plano y en persona, no mediante un teleobjetivo. Quien las hubiera tomado estaba cerca, muy cerca. Y lo habían invitado para que lo hiciera.

Violet recordó la historia, que esas mismas fotos habían aparecido en el noticiario, los periódicos e Internet en cuestión de horas. Y el texto, la información… Violet supo que Tom había ido a buscarla. Tal vez le dieran el soplo o tuviera una corazonada; en cualquier caso, Tom había seguido y expuesto la historia deliberadamente. Y tal vez seducido a la actriz para lograrlo.

Kristy Callahan aún no tenía dieciocho años por aquel entonces, recordó Violet. Era famosa por haber actuado en un culebrón. Y la información de Tom había destruido su carrera.

Violet no querría haberse enterado de aquello, pero ya que lo había hecho no podía fingir que no existía, que no sabía lo que Tom había hecho. No se había peleado con su madre por el periódico en el que trabajaba, sino por aquel artículo. Tenía que haber sido por eso.

Le había estado mintiendo justo cuando ella creía que sabía la verdad, que podía confiar en él.

Miró la pantalla de llegadas. Por fin, el avión de Rose y Will había aterrizado. Tenía que buscar a su hermana y a su mejor amigo.

Y, después, volvería a casa y buscaría a Tom.

Capítulo 19

¡Qué día, por Dios! Tom se había quedado sorprendido cuando Rick lo había llamado al despacho, y asombrado cuando le pidió que lo entrevistara inmediatamente.

El material que obtuvo era oro puro.

—Creo que, cuando pierdes a un ser querido, te preguntas si podrías haber hecho algo más por él; algún detalle sin importancia que lo hubiera mantenido a tu lado —Rick negó con la cabeza y se miró las manos—. En el caso de Jez, saber que podía haber hecho algo más, que podía haberlo salvado si me hubiera dejado, si me hubiera llamado… Me va a resultar difícil vivir con eso, con el sentimiento de culpabilidad, preguntándome si hubiera debido percatarme de las señales, si hubiera debido tomar más precauciones.

Tom tragó saliva antes de hacerle la siguiente pregunta. Se dijo que, en ese momento, Rick era un sujeto al que estaba entrevistando, no un amigo ni el padre de la mujer a la que amaba; que estaba allí para hacer un trabajo para el que Rick lo había contratado. Todo lo cual implicaba que no debía evitar las preguntas difíciles.

—¿Crees que había indicios que te pasaron desapercibidos?

Rick suspiró.

—Probablemente, pero puede que no. Cuando aparece una adicción, a veces se desarrolla lentamente, pero, otras, es solo un momento, un instante en el que pasas de estar limpio a volver a ser adicto. La línea es muy fina, y, a veces, a Jez le gustaba recorrerla, dejarse tentar —volvió a negar con la cabeza—. No sé. Si quería ocultármelo, sabía cómo hacerlo. Y con todo lo que ha sucedido aquí en los últimos meses, tal vez yo no haya estado prestando la debida atención.

La culpabilidad se dibujaba en el rostro de Rick, con independencia de lo que dijera. Tom conocía esa clase de culpabilidad, la que nunca desaparecía, la que no se podía compensar porque, una vez que el momento había pasado, se había perdido la oportunidad de hacerlo.

Rick Cross se sentiría responsable de la muerte de su amigo el resto de su vida, tanto si había habido algo que pudiera haber hecho por él como si no. Los hechos no importaban en ese caso, solo el amor.

—¿Papá? —la puerta del despacho se abrió y apareció Violet—.

Rose y Will están aquí. ¿Y has visto…? —se calló al ver a Tom.

Este esbozó una sonrisa de disculpa. Esperaba que no estuviera muy enfadada por no haberla acompañado al aeropuerto. Su intención era habérselo dicho, pero Rick había insistido en hacer la entrevista entonces.

—¿Ya están aquí? —Rick se secó las mejillas con la mano y se levantó de un salto—. Lo siento, Tom. Tenemos que dejarlo para después.

Violet no miraba a su padre, sino a Tom. Y él tuvo el horrible presentimiento de que aquella había sido la última entrevista con Rick Cross.

—Siento no haberte podido acompañar al aeropuerto —dijo cuando Rick hubo salido—. ¿Ha ido todo bien?

—¿De qué estabas hablando con mi padre cuando he entrado? —el tono de Violet era cortante y su mirada dura—. Da igual. Prefiero oírlo.

Extendió la mano hacia el móvil de Tom, que se lo entregó con aprensión.

—Me ha pedido que viniera —dijo él—. Quería hablar de algunas cosas conmigo mientras fueran recientes. Me ha dicho que le habías pedido que actuara en el concierto, pero que no estaba seguro. Todavía tenía que resolver varias cosas. Creía que la entrevista podía ayudarlo.

Parecía como si se estuviera disculpando, pensó Tom, cuando no tenía nada de qué disculparse. Estaba haciendo su trabajo e intentando ayudar a Rick a la vez. Y a Violet de rebote, si contribuía a que Rick actuara en el concierto.

Ella no tenía motivo alguno para estar enfadada, pero estaba seguro de que era así.

Violet pulsó la tecla adecuada y la voz de Rick, cascada y angustiada, llenó la habitación.

—Creo que, cuando pierdes a un ser querido, te preguntas si podrías haber hecho algo más por él, algún detalle sin importancia que lo hubiera mantenido a tu lado. En el caso de Jez, saber que podía haber hecho algo más, que podía haberlo salvado si me hubiera dejado, si me hubiera llamado… Me va a resultar difícil vivir con eso, con el sentimiento de culpabilidad, preguntándome si hubiera debido percatarme de las señales, si hubiera debido tomar más precauciones.

Violet presionó otra tecla y la voz cesó.

—Has venido para esto, ¿verdad? —preguntó con calma—.

Creo que se me había olvidado con todo lo que ha sucedido entre nosotros. Pero solo estás aquí para hacer tu trabajo, ¿no es así? Para averiguar los vergonzosos secretos de mi familia y mis amigos y exponérselos al mundo entero. El tío Jez decía…–se interrumpió, y

Tom vio que le temblaban las manos, que asían el móvil. Sintió deseos de acercarse a ella. —Le dijo a mi padre que tenía que esconder mejor dichos secretos. Pero, al final, él ha sido el mejor tema que podías esperarte, ¿verdad? Debías de sentirte muy frustrado por haberte perdido la boda de Daisy y la de Rose. Pero al menos quedaba una hermana a la que seducir. Y después, el tío Jez se toma una sobredosis en el coche de mi padre, por lo que tienes la historia del siglo aquí mismo: una entrevista con un apesadumbrado Rick Cross. Solo tenías que asegurarte de que ningún otro periodista hablara con él primero— contuvo un sollozo, y el sonido le desgarró el corazón a Tom—. Y pensar que creía que nos estabas haciendo un favor al alejarlos.

—No, Violet. Te equivocas —no había planeado nada de aquello, y mucho menos enamorarse de ella—. Te he dicho que no soy de esa clase de periodistas.

Tenía que hacerla entrar en razón. Estaba trastornada, lo cual era comprensible, pero cuando se tranquilizara vería la verdad. Tenía que ser paciente, no perder los estribos, y todo saldría bien.

—Tu padre me ha pedido que viniera, ya lo sabes, y me ha dicho que la entrevista debía ser hoy —dio un paso hacia ella y le tendió los brazos, pero ella retrocedió—. Y sé que has tenido una mala experiencia previa, por lo que comprendo que estés un poco susceptible… —¿Un poco susceptible?

Tom hizo una mueca.

—No me he expresado bien. Quiero decir que entiendo que estés preocupada, pero no debieras. No soy como tu ex. Soy de los buenos.

—¿Ah, sí? —la expresión de Violet se endureció—. ¿Fue eso lo que le dijiste a Kristy Callahan?

Tom se quedó sin aliento y se esforzó por tomar aire para poder responder. El mero hecho de oír ese nombre hizo que lo invadiera el sentimiento de culpabilidad. Y, en ese momento, supo exactamente cómo se sentía Rick, aunque lo suyo era peor, ya que este no había hecho nada malo en tanto que él sabía perfectamente lo que hacía y lo había llevado a cabo de todos modos.

Violet tenía razón. Era tan malvado como su ex, pero lo disimulaba mejor.

—¿Cómo te has…? Da igual —ya no importaba. Ella lo sabía, y eso bastaba—. Puedo explicártelo. ¿Estás dispuesta a escucharme?

Violet soltó una carcajada.

—¿Escucharte? No me hace falta, Tom, porque sé exactamente lo que vas a decirme: que ella sabía lo que hacía; que era famosa; que conocía los riesgos; que entonces era distinto porque ella no significaba nada para ti; que yo soy distinta…que somos distintos. Si estás lo bastante desesperado, probablemente me saldrás con que estar conmigo te ha hecho cambiar y que, como me quieres, no podrías

volver a hacer algo así.

El vitriolo y la amargura de sus palabras lo hirieron, pero lo peor era que Violet tenía razón: le diría cualquier cosa para convencerla. Y ella no creería que lo hacía porque la amaba de verdad.

Nunca volvería a creerse nada de lo que le dijera.

Pero tenía que intentarlo.

—Fue un error. Estaba empezando y el periódico en el que trabajaba… No hice esas fotografías, tienes que creerme. No haría algo así.

—No, claro, te limitaste a distribuirlas a periódicos de todo el mundo. Esa fue la verdadera razón de que te pelearas con tu madre, ¿verdad? Eso fue lo que no pudo perdonarte.

—Así es. Pero no sucedió como crees —tenía que hallar el modo de que lo comprendiera. Probablemente no volviera a confiar en él, y las posibilidades de que se enamorara de él habían desaparecido. Había creído disponer de tiempo, pero, en aquel momento, tenía que esforzarse para que creyera que no era el mayor canalla del planeta.

Lo que, teniendo en cuenta algunas de sus pasadas acciones, le iba a resultar complicado.

—¿En serio, Tom? ¿Vas a contarme cómo fue? —esbozó una sonrisa burlona—. Ya me lo sé. Al fin y al cabo, lo he vivido.

No, Tom no consentiría que creyera que era como su ex. Había cometido un error, pero sin planearlo. No había intentado destruir a aquella chica de forma intencionada.

Violet debía saberlo.

—No es lo mismo. Violet, tienes que escucharme…

—¡No! ¡No tengo por qué hacerlo! Se acabó. Te he estado escuchando desde la primera noche. Y tendría que haber sido más inteligente. Sabía lo que eras y cómo acabaría esto. No debería haberte dejado acercarte a mí —negó con la cabeza con tristeza—. Me lo dijiste la noche en que nos conocimos. Nunca he sido para ti nada más que la gemela del vídeo sexual, alguien a quien utilizar para conseguir lo que querías, porque yo no te importo en absoluto. Para ti solo soy un vídeo de mala calidad en Internet que los monologuistas utilizan para obtener unas risas del público, incluso después de tantos años.

¿Cómo podía pensar eso?, se preguntó Tom. ¿Después de todo lo que habían compartido, de cómo habían estado juntos?

—¿Sabes qué es lo peor? —preguntó ella—. Confiaba en ti. A pesar de que te dije que no confiaba en nadie que no perteneciera a mi familia, me fiaba de ti porque me tratabas con amabilidad —se rio con amargura—. Fíjate lo desesperada que estaba. Debiste de pensar que era una presa fácil.

A Tom lo invadió una oleada de ira que le llegó al pecho y le salió

por la boca sin que le diera tiempo a censurar sus palabras.

—¿Hablas de confianza? Si confiaras en mí mínimamente, me escucharías, me dejarías explicarme y no te habrías precipitado a llegar a la peor conclusión posible en cuanto se presenta un problema.

Violet retrocedió ante la fuerza de sus palabras, y aunque él deseaba sentirse mal por ello, no pudo.

—¿Cómo has descubierto esa historia? ¿Te has dedicado a buscar una razón para interponerla entre ambos? ¿O te la ha contado alguien? —ella se sonrojó levemente, por lo que él supo que había acertado—. ¿Quién ha sido? ¿Rose?, ¿otro periodista?

La verdad lo golpeó en el rostro, y estuvo a punto de soltar una carcajada ante lo ridículo de la situación.

—Ha sido él, ¿verdad? Después de lo que te hizo, sigues creyéndole más a él que a mí.

—¡Creo en los hechos! —contraatacó ella—. Da igual cómo me haya enterado. Lo único importante es que no ha sido por ti. Si quieres que confíe en ti, tienes que decirme la verdad.

—¿Cómo iba a contártelo? —preguntó él—. Llevas escondida aquí tanto tiempo, Violet, te asusta tanto lo que la gente diga o piense que ya no sabes lo que es la confianza. Ni siquiera has querido hablar de si lo nuestro era o no una relación. Me estaba enamorando locamente de ti y no podía decírtelo por si te asustaba, por si te precipitabas a llegar a la conclusión a la que has llegado hoy.

—La conclusión correcta —apuntó ella, sin hacer caso del resto de sus argumentos.

—No —la ira desapareció con la misma rapidez con la que había llegado dejando a Tom únicamente una certeza—. Te equivocas con respecto a mí. Cometí un error hace diez años. Pero, desde mi llegada aquí, el único error que he cometido ha sido creer que podías superar tus errores, tu historia pasada, y buscar un futuro conmigo.

Violet lo miró con los ojos como platos y, durante un instante, Tom creyó que estaba escuchando su versión de los hechos. Después ella blandió el móvil y volvió a ponerlo en funcionamiento.

—¿Crees que había indicios que te pasaron desapercibidos?

La voz de Tom, presionando a Rick para que respondiera, era una admisión más profunda de su culpa.

El rostro de Violet adoptó una expresión pétrea al oírla.

El suspiro de Rick resonó en el despacho.

—Probablemente, pero puede que no. Cuando aparece una adicción, a veces se desarrolla lentamente, pero, otras, es solo un momento, un instante en el que pasas de estar limpio a volver a ser adicto. La línea es muy fina y, a veces, a Jez le gustaba recorrerla, dejarse tentar.

Ella volvió a detener la grabación y dejó el móvil en la mesa como

si estuviera contaminado.

—Yo hago caso de los indicios —le espetó—. Y no voy a dejarme tentar. Quiero que te vayas hoy mismo.

—Tu padre…–no podía irse. Le daba igual perder la historia de su vida. Si se marchaba, sabía que Violet no volvería a dejar que se acercase a ella.

—Lo comprenderá cuando le explique lo que has hecho – Violet lo miró fríamente, con los brazos cruzados como si fueran un escudo. —Tú solo eres un periodista; yo soy de la familia. Sé a quién va a elegir.

Tom también lo sabía, así como que lo había vencido.

Asintió levemente y agarró el teléfono.

—Voy a hacer la maleta y me habré marchado dentro de una hora.

Lo había apostado todo a que aquello era algo más que una historia. Era hora de reconocer que había perdido.

—Adiós, Violet.

Capítulo 20

Violet se quedó temblando en medio del despacho varios minutos después de que Tom se hubiera ido. Necesitaba salir de allí, hablar con Rose, explicarle a su padre lo que había hecho Pero ¿cómo iba a hacerlo cuando tenía el corazón desgarrado?

Desde el momento en que había visto el artículo con el nombre de Tom en él supo lo que sucedería ese día, y que al final se quedaría sola. Comprobar que Tom había abusado de la confianza de su padre y explotado su dolor solo se lo había puesto más fácil. Había tomado la decisión correcta. Había cortado la relación antes de que Tom le destrozara la vida.

Entonces, ¿por qué, a pesar de ello, estaba destrozada?

—Violet, cariño —¿cuándo había entrado su padre? No se había dado cuenta—. ¿Dónde está Tom? Tu madre dice que lo acaba de ver saliendo por la puerta principal con la maleta.

—Le he dicho que se fuera —susurró ella. ¿Se enfadaría su padre? Al fin y al cabo, era él quien lo había invitado. Era su invitado, su empleado, en realidad. No le competía a ella despedirlo.

Pero ¿qué otra cosa podía haber hecho?

Con expresión de cautela, Rick le pasó el brazo por los hombros y la condujo al sofá, más allá de las sillas en que Tom y él estaban sentados cuando ella había entrado. ¿Cuánto hacía de eso? El tiempo era extraño, confuso.

—¿Qué ha pasado, cariño? —preguntó Rick sentándose a su lado —. Díselo a tu padre.

Violet frunció el ceño al esforzarse por hallar las palabras correctas para explicárselo. Al final, lo que le salió fue:

—¿Le has pedido hoy que te entrevistara sobre Jez?

—Sí —Rick enarcó las cejas, sorprendido—. ¿Eso es lo que pasa? Violet, cielo, era algo que yo tenía que decidir. Cuando antes me pediste que actuara este fin de semana, no estaba seguro de querer hacerlo. Supuse que hablarlo con alguien me ayudaría. Y Tom es un buen tipo. Y como todo esto acabará probablemente saliendo en el libro, quería que quedara reflejado cómo me siento ahora, cuando la pérdida es tan reciente, por si puede ayudar a otros que estén pasando por lo mismo.

Por si podía ayudar a otros. A veces, Violet se preguntaba si sus

padres no pensaban demasiado en los demás y poco en sí mismos. Así eran, y los quería por eso.

—¿Estás seguro de que ha sido buena idea? Me refiero a que todos quieren esa entrevista y no sabes lo que Tom va a hacer con ella ahora que se ha… —se le quebró la voz en un sollozo antes de decir la palabra «ido».

Rick la apretó contra sí y ella ocultó el rostro en su hombro.

—¿Quieres que llame a tu madre o a tus hermanas?

Violet negó con la cabeza.

—No, solo necesito unos minutos.

Unos minutos para expresar su dolor, para olvidarse de la esperanza a la que se había aferrado durante una semana: la posibilidad de que el futuro fuera distinto del pasado.

Probablemente, el tío Jez también hubiera albergado esa esperanza, y ya se veía con qué resultado.

Ese pensamiento le provocó una nueva oleada de lágrimas, que no intentó contener. Aunque fuera una persona adulta, a veces una mujer necesitaba el hombro de su padre para llorar.

Al final, los sollozos disminuyeron y las lágrimas se le secaron. Violet sabía que su padre querría que le explicara lo sucedido.

—Le has dicho que se fuera —dijo Rick. No era una pregunta ni un juicio, sino una forma de iniciar la conversación.

—He averiguado algo sobre él —replicó Violet, sin estar segura de cuánto deseaba que su padre supiera. Pero era su padre y había pasado por todo. Seguro que la entendería y que desearía que su niña estuviera a salvo y fuera feliz—. Sé que crees que es un periodista de fiar y que por eso lo elegiste para escribir el libro. Pero hace tiempo escribió un artículo que arruinó la vida de una chica del mismo modo que Nick destrozó la mía.

Rick se quedó inmóvil abrazándola.

—¿Estás segura?

—Totalmente. Lo ha reconocido —bueno, más o menos—. Afirma que no es lo mismo, pero ¿qué otra cosa iba a decir?

Rick lanzó un profundo suspiro.

—Entonces, entiendo lo que has hecho. Pero debes recordar algo muy importante, Violet —la miró a los ojos y ella asintió—. Nick no te destrozó la vida. Recuérdalo.

Violet se sintió avergonzada. Allí estaba quejándose mientras el tío Jez se había marchado para siempre. Hubiera dado lo que fuera porque lo pillaran en un escándalo sexual en aquel momento, aunque eso implicara que en los periódicos volviera a aparecer la sórdida historia de ella.

—Ya lo sé. Comparado con lo del tío Jez…

—No me refiero a eso —dijo Rick negando con la cabeza—.

Piénsalo, Violet. Sigues teniendo tu hogar y a tu familia. Te arrebataron la seguridad en ti misma, por lo que nunca los perdonaré. Pero sigues siendo tú misma. Sigues siendo mi hija. Y te seguimos queriendo.

—Lo sé. Y soy afortunada por teneros a todos vosotros. Pero tenía la impresión de que me habían convertido en alguien que no era, de que me habían arrebatado mi verdadero yo.

—No pueden —Rick le dio unos golpecitos en la frente—. Sigue ahí dentro. Y me parecía que Tom te estaba ayudando a recordarlo.

—Yo también lo creía —hasta que había averiguado la verdad.

Se produjo un silencio. Cuando Violet miró a su padre, su rostro mostraba una expresión reflexiva, esa que a ella siempre la ponía nerviosa.

—¿Cómo te has enterado del artículo que había escrito?

Violet se estremeció.

—Me ha llamado Nick y me ha dicho que echara un vistazo a sus primeros artículos.

—¿Nick? —Rick enarcó las cejas—. ¿Y le has hecho caso?

—Le he colgado. Pero me picaba la curiosidad.

—Como siempre —Rick suspiró—. ¿Hablaste con Tom de ello antes de echarlo?

—Un poco, pero creo que él quería decir algo más —reconoció ella.

—Tal vez hubieras debido escucharlo —Rick levantó las manos defendiéndose por adelantado—. Que conste que no lo defiendo; eres tú la que debe decidir sobre él. Y, si me dices que no es de fiar, aparcaré el proyecto del libro. Puede publicar lo que tiene en las entrevistas, pero no hay suficiente ni para un relato corto. Sin embargo, si Tom te importa, y creo que así es, tienes que escuchar todo lo que tenga que decirte. No dejes que lo que te diga otro sobre él decida por ti.

Violet asintió y Rick se inclinó para besarla en la cabeza antes de dirigirse a la puerta.

—Hazle caso a tu padre. Ha vivido mucho y, a veces, solo a veces, sabe de qué habla.

—Lo haré —le prometió ella, pero pensando que esa era una de las veces en que no lo sabía.

—¿Has visto esto?

Violet alzó la mirada de la carpeta que tenía frente a ella y vio a Rose en la puerta del despacho blandiendo un periódico.

—Faltan menos de veinticuatro horas para el concierto, Rose —dijo Violet—. No tengo tiempo de leer el periódico.

—Tienes que leer esto —Rose entró en la habitación seguida de Daisy. Esta se sentó en la silla de las visitas acariciándose el vientre en tanto que Rose lo hacía en el borde del escritorio con el periódico en la mano.

Violet suspiró. No iba a poder acabar con aquella situación sin leer algo.

—¿Qué es? —preguntó al tiempo que, de mala gana, tendía la mano hacia el periódico.

—El primer artículo de Tom a partir de las entrevistas con papá —dijo Daisy.

La mano de Violet se inmovilizó al rozar el papel.

—Tienes que leerlo, de verdad —añadió Rose.

No quería hacerlo porque, de un modo u otro, su lectura inclinaría la balanza. Si había escrito el artículo que ella esperaba, no tendría sentido escuchar su versión de la historia. Todo habría acabado.

Y, si no había escrito lo que ella esperaba, si lo que había escrito era lo que ella deseaba leer, ¿qué haría, entonces? ¿Arriesgarse a concederle una segunda oportunidad?

No estaba segura de poder hacerlo.

Tragó saliva, agarró el periódico de la mano de su hermana y leyó rápidamente el artículo. Después, soltó el aire y volvió a leerlo más despacio.

—Es bueno, ¿verdad? —apuntó Daisy al cabo de unos segundos—. Me refiero a que sabe escribir.

—También demuestra sensibilidad —añadió Rose—. Refleja muy bien a papá. Nunca había leído una entrevista suya que me diera la impresión de ser yo la que estaba hablando con él.

—Violet, ¿estás segura de…? —Daisy se calló cuando su hermana la fulminó con la mirada.

No tenía ganas de hablar de aquello. Por un lado, debería haber sido lo suficientemente inteligente para no relacionarse con un periodista. Y si en verdad hubiera resultado ser de otra clase, un buen periodista, ¿qué importaba ya? Se había marchado. Ella lo había echado, y por buenas razones.

—A propósito, ¿sabes a quién ha conseguido Tom para sustituir al tío Jez esta noche? —preguntó Rose—. Quién sabe cómo lo habrá hecho. Debe de haber recurrido a sus contactos.

—Soy la organizadora del concierto, Rose. Por supuesto que lo sé —le espetó Violet. Después suspiró—. Lo siento. Ya sé que se ha portado estupendamente desde el principio.

—Y sin embargo… —dijo Daisy.

Violet dejó el periódico en el escritorio. Si había alguien con quien pudiera hablar, alguien que le dijera lo que debía hacer, sin duda eran sus hermanas, sobre todo porque sabían lo que era el amor.

—¿Han hecho Will o Seb algo en el pasado que no estáis seguras de poder entender o perdonar?

Rose se echó a reír.

—Violet, cariño, ¿recuerdas que Will dejó plantadas a cuatro mujeres al pie del altar? Eres su mejor amiga, por lo que sabes que no es perfecto. ¿Crees que no me temía que fuera a hacer lo mismo conmigo? Por supuesto que me lo temía.

—Pero, de todos modos, te casaste con él.

Rose se encogió de hombros.

—Es lo que siempre dicen papá y mamá. Cuando lo sabes, lo sabes. Will está hecho para mí. Una vez lo hube aceptado, todo resultó mucho más fácil.

Violet se volvió hacia Daisy.

—¿Y tú?

—Creí que mi boda solo sería una puesta en escena, un acuerdo comercial —le recordó su hermana—. Pero Rose está en lo cierto: cuando lo sabes, lo sabes. Así que la pregunta es si tú lo sabes.

¿Lo sabía? Violet no estaba segura.

—Lo único que sé es que me duele no tenerlo a mi lado.

Rose y Daisy se miraron. Violet no estaba acostumbrada a que la excluyeran de esas miradas. Y no le gustaba.

—¿Te duele como un dolor sordo, como si algo te faltara pero aún pudieras sentirlo? —preguntó Rose—. ¿Como un miembro fantasma?

—¿O te duele con un dolor agudo y cegador, de esos que te consumen sin dejarte pensar en nada más? —preguntó Daisy.

—De las dos formas —reconoció Violet—. Y sin parar.

Rose y Daisy intercambiaron una sonrisa.

—Cariño, está claro que lo sabes —afirmó Rose saltando del escritorio.

—¿Adónde vais? —preguntó Violet al ver que Daisy también se levantaba.

Daisy le sonrió.

—A ver vestidos de dama de honor, por supuesto.

Violet se recostó en el respaldo de la silla. Ojalá pudiera ella tener esa seguridad en sí misma. Tal vez la hubiera tenido antes de conocer a Nick y de todo lo que siguió.

Respiró hondo. Quizá tuviera que volver a tenerla; tal vez reencontrara la seguridad perdida, si eso significaba convencer a Tom de que volviera a su lado.

No debería estar allí. Tom estaba completamente seguro de que no debería estar allí. Pero Rick lo había llamado para decirle que finalmente iba a actuar y para preguntarle si podía sugerirle a alguien

como guitarrista para el concierto. Tom no tuvo más remedio que ayudarlo porque sabía lo que significaría para esa noche que Violet y él habían organizado con tanto esfuerzo.

A pesar de que ella no quisiera que él estuviera allí.

—Gracias de nuevo por hacerlo —dijo a Owain cuando un voluntario los dejó entrar por la puerta de los artistas.

—No me lo agradezcas. Tocar con los Lemons es un honor —la sonrisa de Owain era ancha, sincera… y famosa en el mundo entero.

Tom lo había conocido en los inicios de su banda, y pronto se había convertido en un amigo al que llamaba para salir siempre que se encontraban en la misma ciudad. Una vez consagrada, la banda de Owain agotaba las entradas en sus giras. Y aunque el miembro más famoso fuera el cantante, todos sabían que era la guitarra de Owain la que hacía que las canciones fueran memorables.

También estaba muy bien que tuviera legiones de seguidoras, ya que sería una ventaja adicional esa noche.

—Creo que aquí debemos separarnos —dijo Tom cuando llegaron a la zona donde estaba la banda. Normalmente, se hubiera quedado allí charlando con los miembros, fijando entrevistas y absorbiendo el ambiente. Esa noche, sin embargo, no se podía arriesgar a encontrarse con Violet.

Tenía que estar por allí, pensó, mientras se despedía de Owain agitando la mano. Probablemente iría de un lado a otro corriendo, comprobando que todo estaba en orden y controlándolo todo de un modo que él no podía haberse imaginado cuando la conoció.

Le resultaba extraño recordar que creyó que era una niña rica y malcriada, incapaz de hacer nada salvo comerciar con el apellido de sus padres y con su propia notoriedad. Estaba contento de reconocer que se había equivocado completamente con respecto a ella.

Solo deseaba que ella también creyera que se había equivocado con respecto a él.

—¡Tom! Has venido —Rick Cross le palmeó el hombro, y Tom estuvo a punto de dar un salto del susto.

—Hola. ¿Todo bien? —le preguntó, ya que no podía preguntarle cómo estaba Violet, dónde estaba y si llegaría a perdonarlo algún día.

—Está siendo el mejor concierto benéfico que hemos organizado —le anunció Rick. Después, bajando la voz, añadió—: No le digas a Rose que te lo he dicho.

—No se me ocurriría.

—Hablando de mis hijas, ¿has visto a alguna? —preguntó Rick en un tono excesivamente despreocupado—. ¿A Violet, por ejemplo?

—No. He creído que lo mejor era no cruzarme con ella esta noche. En realidad, solo he venido para traer a Owain, por hacer un favor a un compañero.

—Entiendo —Rick lo estudió largamente—. Pues yo estaba pensando que habías venido a arreglar las cosas entre vosotros. No te consideraba alguien que se rinde ante el primer obstáculo.

—Nunca he dicho que me haya rendido —Tom no era de los que se rendían, pero sabía cuándo no era bien recibido—. Puede que solo esté dejando espacio a Violet antes de dar el siguiente paso.

—O puede que estés muy asustado pensando que nunca confiará en ti.

¿Cómo lo hacía? ¿Cómo conseguía Rick ver en su interior y entender sus preocupaciones? Tom comprendía que fuera así con sus hijas, pero no con él, al que solo hacía un mes que conocía.

Rick le sonrió y lo agarró del hombro.

—No te preocupes, hijo. No leo el pensamiento. Pero ya me he encontrado en la situación en que te hallas. Sherry y yo siempre decimos: «Cuando lo sabes, lo sabes», y es verdad. Pero nos casamos a toda prisa, y saber que lo que hay entre vosotros es verdadero no facilita las cosas cuando llegan malos tiempos. Lo único que significa es que merece la pena luchar por ello.

—Así es —murmuró Tom.

—Exactamente. Ve a buscarla. Creo que está entre bastidores.

Tom no debiera hacerlo. Era la gran noche de Violet. Había trabajado mucho para organizarla y él no quería interponerse en su camino. Pero, por otro lado, ¿cómo iba a dejar que aumentara aquel horrible sentimiento que le oprimía el pecho y que había comenzado en cuanto se marchó de Huntingdon Hall?

—Entre bastidores —Tom se cuadró de hombros y deseó no sentirse como si fuera a entrar en combate—. Pues, allá voy.

Capítulo 21

El ambiente entre bastidores era increíble. Violet se preguntó por qué no lo había experimentado antes. Habitualmente era Rose quien se hallaba allí yendo de un lado para otro, mientras Violet, Daisy y su madre miraban desde una zona restringida al público.

Pero ese día, Violet sabía que entre bastidores era donde debía estar.

El artista que estaba actuando finalizó la última canción con un resonante acorde que rebotó en los árboles que rodeaban el recinto del concierto, y el público estalló en aplausos. Violet sonrió y también aplaudió mientras la banda se retiraba.

—Buen trabajo, chicos —dijo ella obteniendo a cambio grandes sonrisas. Para eso había llevado a cabo todo el trabajo, para montar un espectáculo que contribuyera a recaudar dinero y despertara conciencias para una causa que realmente merecía la pena.

Casi no le importaba que la persona con la que quería compartirlo no estuviera allí.

Casi.

—¿Violet?

Se quedó sin respiración al oír la voz de Tom a sus espaldas. Estaba allí. ¿Cómo iba a perderse un periodista que escribía sobre música una noche como aquella?

Se volvió lentamente, sin apenas prestar atención al siguiente grupo que subía al escenario, aunque Sammy, la cantante, le dijo algo que no entendió.

Estaba rodeada de vítores, música y ruido, pero lo único que veía u oía era a Tom frente a ella, que la observaba con expresión solemne esperando que hablara.

Y, de pronto, Violet tuvo que improvisar lo que quería decir.

Creía que tendría más tiempo, que podría hacerlo a su ritmo. Sin embargo, allí estaba él, por lo que tenía que arreglar las cosas de algún modo.

Podía ser su última oportunidad.

—Tom —decir su nombre era un comienzo, muy breve, pero aun así…

Él dio un paso hacia ella.

—Parece que las cosas van estupendamente esta noche.

—Efectivamente —Violet se mordió el labio inferior—. No estaba segura de que vinieras.

—Yo tampoco, pero Owain me pidió que lo acompañara.

—¿Esa es la única razón? —estuvo a punto de no hacerle esa pregunta. Por si acaso.

—No.

Violet se preguntó cómo era posible que una sola palabra le supusiera tan enorme alivio.

—Me alegro de que hayas venido —reconoció—. Quería… La última vez que nos vimos no te di la oportunidad de explicarte. Y creo que ahora estoy dispuesta a hacerlo, si aún quieres hablar.

—Claro que quiero —dijo él, pero la vacilación de su voz la puso nerviosa.

—¿Pero…?

Tom negó con la cabeza.

—Hay mucho jaleo ahora. Puede esperar.

—No estoy segura de que sea así —observó ella con el ceño fruncido. Había algo más, algo que no entendía—. ¿Qué pasa?

Tom se apoyó en la pared dando un suspiro, y ella tuvo que acercársele para poder oírlo por encima de la música de la banda, que acababa de comenzar a tocar.

—Puedo explicarte todo, y creo que lo haré tan bien que podrás perdonarme. Esta vez.

—¿Y bien?

—El problema, Violet, es que las explicaciones servirán esta vez. Pero ¿qué pasará cuando vuelva a hacer algo que no te guste o algo que te recuerde que soy un detestable periodista? ¿Volverás a echarme sin escucharme?

—¿Me estás diciendo que no merece la pena intentarlo?

—Te estoy diciendo que es algo sobre lo que quiero que reflexiones. Quiero que sepas que puedes confiar en mí porque soy yo, no porque te diga que el director del periódico recibió las fotos en un sobre de forma anónima y me pidió que escribiera el artículo a modo de prueba, para demostrarle que podía hacerlo, para ganarme un ascenso. Y creí que sería simplemente un ejercicio, que no se imprimiría.

Violet lo miraba sin pestañear.

—No quiero que confíes en mí porque te jure por lo más sagrado que le pedí que no se publicara y que él se me rio en la cara. Fue entonces cuando supe que mi madre estaba en lo cierto —suspiró y se revolvió el cabello—. Puedo explicarte todo lo que quieras, Violet, y lo haré probablemente con frecuencia, si decidimos seguir adelante con lo nuestro. Pero tengo que saber que confías en mí lo suficiente como para no necesitar explicaciones para seguir queriéndome.

¿Entiendes lo que quiero decirte?

Lo entendía.

Ella abrió la boca para responderle, para prometerle lo que quisiera con tal de que se quedara a su lado hasta poder solucionar las cosas. Pero, entonces, oyó que por los altavoces se gritaba su nombre. Era Sammy, la cantante del grupo, quien lo hacía.

—Y un enorme aplauso para Violet Huntingdon-Cross por organizar esta increíble fiesta. ¡Sal, Violet!

—Ve —dijo Tom al tiempo que retrocedía—. Creo que no está acostumbrada a que la hagan esperar.

—Pero tenemos que…

—Te busco después y hablaremos.

Pero Violet sabía que después sería demasiado tarde, por lo que tendría que hacerlo de otro modo.

—Ve a buscar a mi madre y a mis hermanas. Están frente al escenario.

Tom asintió y se marchó antes de que ella saliera al escenario.

Las luces centelleaban y le hacían daño en los ojos, los vítores le aceleraron el corazón, pero nada hizo vacilar su determinación. Sabía lo que debía hacer, solo necesitaba el valor para llevarlo a cabo.

—Gracias, Sammy —dijo acercándose al micrófono.

No distinguía nada más que una multitud borrosa frente a ella. Esperaba que Tom estuviera allí escuchándola.

—Y gracias a todos por haber venido —se detuvo mientras la multitud gritaba esforzándose por que las rodillas dejaran de temblarle—. El concierto benéfico de Huntingdon Hall siempre es el acontecimiento del año, pero este ha sido el primero en que he participado directamente. Ya habréis notado que, en los últimos años, he tratado de pasar desapercibida. Pero eso… —para impedirse tartamudear se mordió la lengua— eso va a cambiar.

Hubo murmullos entre los espectadores, preguntas y especulaciones, y probablemente también algún chiste. Violet no hizo caso, alzó la vista hacia las luces y dijo lo que tenía que decir.

—Quería que esta noche sirviera para recordar a mi tío Jez y para recaudar dinero para otros que se hallen en su misma situación y necesiten nuestra ayuda.

Respiró hondo para reunir valor.

—Cuando sufrimos una pérdida, la de un trabajo, la de nuestra reputación o la de un ser querido, tenemos que pasar el duelo, dejar que las heridas cicatricen y seguir adelante. Y, a veces, eso es lo más difícil: dejar atrás el pasado y abrirnos a las posibilidades que traerá el futuro. He tardado en hacerlo, pero, por fin, he sido capaz de seguir adelante.

Volvió a hacer una pausa y a respirar hondo.

—Y, debido a ello, me veréis más a menudo. Voy a estar ahí despertando conciencias por todas partes. Quiero que la gente sepa que, si necesita ayuda, la va a recibir. Y quiero asegurarme de que la reciban, porque, si consigo evitar otra pérdida familiar como la que hemos sufrido esta semana, habrá valido la pena.

El rugido de los aplausos le resonó en los oídos, al tiempo que el rubor de sus mejillas comenzaba a desaparecer. Lo había hecho. Había dado un paso adelante. Esperaba que Tom lo hubiera visto.

Porque, en aquel momento, tenía que encontrarlo para llevar a cabo la segunda parte.

Devolvió el micrófono a Sammy y salió a toda prisa del escenario mientras la banda comenzaba a tocar de nuevo. Se abrió paso entre bastidores sonriendo vagamente ante cada palmada en la espalda o comentario de apoyo, y se dirigió a donde esperaba que Tom estuviera con su familia.

A Tom, el orgullo no le cabía en el pecho, que parecía ir a estallarle de un momento a otro. Daba igual que Violet hubiera hablado con la prensa o se hubiera reunido con los mánagers de los artistas. Se acababa de exponer por completo. Se había enfrentado a una multitud, con todos los medios de comunicación presentes y con la gente viéndolo por televisión, y había declarado que volvía a formar parte del mundo. Era una mujer con una misión.

Ya no se sentía avergonzada, lo cual era hermoso.

—¿Lo has visto? —Rose se abalanzó sobre él con el rostro resplandeciente de júbilo.

—Ha estado magnífica —corroboró Daisy.

—Desde luego —dijo Sherry con una sonrisa de orgullo.

—¿Dónde está? —preguntó Rose—. Tengo que darle un abrazo.

—No hasta que lo haga yo —murmuró Tom, y las tres mujeres se volvieron a mirarlo.

En ese momento, llegó Violet.

—¡Violet! Has estado brillante —Daisy y Rose la abrazaron, y ella sonrió, pero tenía la mirada clavada en Tom.

—Lo siento, chicas, pero tengo que hablar con Tom.

Tom y Violet no hicieron caso de las miradas de complicidad que intercambió la familia mientras salían de la zona reservada. Tom reconoció vagamente a algunas de las mujeres del pueblo que estaban en los puestos de venta benéfica. Al pasar frente a ellas, Violet las saludó con la mano y después agarró la de Tom. ¿Era otra señal de que había dejado de preocuparse de lo que pensaran los demás? Tom esperaba que así fuera.

Aunque, desde luego, en aquel momento le interesaba más

enterarse de lo que Violet pensaba sobre su futuro juntos.

Al final llegaron a las barreras de seguridad de la salida del recinto.

—¿Adónde vamos? —preguntó Tom.

Ella se encogió de hombros.

—Da igual. Solo quiero… hay cosas que son íntimas, ¿no te parece? —le dedicó una rápida sonrisa y tiró de él hasta que estuvieron rodeados de árboles, al principio del bosque.

—Este sitio servirá.

Tom quiso preguntarle para qué exactamente serviría. Pero Violet parecía muy nerviosa. Por una vez, tuvo que reprimir su impulso natural de hacer preguntas, muchas preguntas, y dejar que ella se tomara su tiempo.

Había aprendido que, a veces, las mejores entrevistas se conseguían así.

Violet respiró hondo. Tom notó que la impaciencia crecía en su interior, pero debía darle tiempo.

—Muy bien. He aprendido algo mientras no estabas; o me he dado cuenta de algo: que puede que la gente no se haya olvidado de mi pasado porque, después, no he hecho nada más. Tengo que sustituir esos recuerdos, esas historias y chistes, por otros nuevos y mejores.

—Eso es lo que has hecho en el escenario —afirmó él.

Violet asintió.

—Al menos he empezado, lo cual significa que debo pasar página no solo de esa estúpida cinta de vídeo, sino de los últimos ocho años que me he pasado escondida, de no confiar en nadie y esperar siempre lo peor.

—Muy bien —dijo él.

Violet alzó la cabeza y lo miró a los ojos, con los suyos muy abiertos.

—Mis padres dicen que, cuando lo sabes, lo sabes. Y creo que tienen razón —esbozó una media sonrisa—. Y, en mi fuero interno, yo lo sabía, pero me era difícil darme cuenta ante tantas dudas, miedos y desconfianza.

—¿Y ahora? —le preguntó Tom con el corazón golpeándole el pecho.

—Y al estar sin ti, todo eso desapareció. Me dolía tanto estar sin ti que todo lo demás dejó de importarme. Lo único que me importaba era decirte que te quiero y que confío en ti. De verdad.

—¿En serio? —¿por qué no se creía lo que le decía?

Violet tomó sus manos entre las suyas.

—Lo bastante para confiarte el resto de mi vida, si me aceptas.

Tom parpadeó.

—¿Quieres casarte?

Violet sonrió lenta y cálidamente.

—¿Por qué no? Parece que está de moda este año. Además, cuando lo sabes, lo sabes —se puso de puntillas y lo besó en los labios—. Y sé que, pase lo que pase, hayas hecho lo que hayas hecho o vayas a hacer, confío en que lo hagas por nosotros, no por un artículo. No soy la misma persona que era cuando se grabó ese vídeo, y sé que tú tampoco eres la misma persona que dejó que el director del periódico publicara su artículo. Y no me interesa quiénes éramos, sino solo que estemos juntos.

Y eso era lo único que él necesitaba saber. La abrazó con fuerza por la cintura y la atrajo hacia sí para besarla larga y profundamente hasta que dejaron de percibir los sonidos del concierto, las luces y hasta la brisa que soplaba entre los árboles. Lo único que importaba eran Violet y él, y su futuro juntos.

Al final, él se separó lo justo para apoyar su frente en la de ella:

—Tú has hecho lo mismo por mí —susurró—. Me he pasado muchos años arrastrando el peso de la culpabilidad por haber escrito ese artículo, porque mi madre no llegó a saber que me había dado cuenta de que tenía razón, aunque tarde. Haberte conocido me ha hecho enfrentarme a la culpabilidad y a todos mis prejuicios sobre cómo eras. Si no me hubieras demostrado que es posible superar el pasado, no hubiera podido volver hoy aquí ni haberte dicho que yo también te quiero.

Violet volvió a besarlo con rapidez, pero con sentimiento. Pero Tom no había acabado de hablar.

—Sé que debería hincar una rodilla en tierra, pero no quiero alejarme tanto de ti.

Violet se echó a reír.

—Violet, ¿me harás el honor de ser mi esposa?

—Solo si me haces el honor de ser mi esposo —dijo ella, y volvió a besarlo.

—Entonces, asunto arreglado. Tu madre tendrá que organizar otra boda —la apretó un poco más contra sí—. ¿Qué te parece el próximo verano? ¿Haremos un gran banquete?

Violet volvió a reírse.

—¿No te has enterado de que las hermanas HuntingdonCross no esperan tanto para casarse?

—Es verdad —Tom sonrió—. ¿El mes que viene, entonces?

—Me parece perfecto. Estoy lista para comenzar nuestra nueva vida. Juntos.

Epílogo

Un sol de verano iluminaba Huntingdon Hall mientras una multitud se reunía para la cuarta y última boda del año. Violet la espiaba por entre las cortinas de su habitación, con cuidado de que no la vieran.

Ahí fuera, probablemente paseando con sus futuros cuñados, estaba su prometido. Se preguntó cómo le sentaría a Tom ser el centro de atención por una vez, en lugar de limitarse a escribir sobre la fama de otros.

—¿Estás preparada? —Violet volvió la cabeza al oír la voz de su hermana gemela, dejó caer la cortina y se volvió sonriendo a Rose.

—Más que nunca.

Rose se acercó a su hermana, con su vestido de dama de honor de color lavanda, y la abrazó. Y Violet experimentó una sensación cálida y familiar.

—Mamá está abajo esperando para darnos su aprobación final a las tres antes de salir para la ceremonia —dijo Daisy.

Su hinchado vientre de embarazada de siete meses entró antes que ella por la puerta. —Y papá está dando los últimos toques a su discurso, una vez más.

—¿Su aprobación final? —preguntó Violet con una sonrisa—. ¿Tiene miedo de que a Daisy se le manche el vestido de mermelada, como le pasó cuando fue dama de honor en la segunda boda del tío Jez?

El dolor al pensar en el tío Jez seguía ahí, pero ya era más un recuerdo afectuoso que una pérdida irreparable. El vacío que les había dejado siempre seguiría allí, pero Violet sabía que aprenderían a vivir con él. Seguirían adelante y, al menos, harían que su muerte tuviera sentido.

—¡Tenía cinco años! —observó Daisy con indignación.

—¡Fíjate! Pronto será tu niña la que recorra la nave central de la iglesia con un vestido de tafetán manchado de mermelada lanzando pétalos de rosa a su paso —dijo Rose.

—Con tal de que por una vez no sea yo —apuntó Violet mientras se miraba al espejo por última vez antes de bajar al piso inferior—. No pienso volver a ser dama de honor.

—Hoy eres la novia —declaró Daisy casi sollozando. Rose le

entregó un pañuelo de papel, por si rompía a llorar.

—No empieces todavía —dijo Rose—. Tenemos toda la ceremonia por delante.

—Por no hablar del discurso de papá —añadió Violet.

No estaba segura de si temía o estaba deseando oír qué partes de su vida había decidido Rick que era adecuado comunicar a otros.

—No puedo evitarlo —dijo Daisy—. Son las hormonas.

—Sí, una excusa muy conveniente —repuso Rose—. Pero no parece que te estén quitando las ganas de hacer cosas. Anoche, mientras cenábamos, Seb me estuvo contando vuestros planes para vuestra casa y para su nueva serie de televisión. ¡Cómo te adora ese hombre! Me produciría náuseas si no fuera porque te lo mereces.

Daisy dio un codazo a Rose en las costillas.

—No me digas que no vertiste alguna lagrimita mientras hacías los preciosos anillos para Tom y Violet.

—Alguna, sí —reconoció Rose—. Son muy bonitos, ¿verdad?

—Son perfectos —dijo Violet—, como todo lo de hoy. Venga, vamos a someternos a la inspección de nuestra madre.

Violet salió con sus hermanas de la habitación y cerró la puerta. Se le hacía raro pensar que saldría de allí como siempre, pero volvería siendo una mujer casada. Le resultaba casi tan increíble como la idea de que se iba a casar.

Pero allí estaba, con sus hermanas a su lado, preparándose para decir «Sí, quiero» al último hombre con el que se hubiera imaginado que se casaría.

Y no podía sentirse más feliz.

Sherry palmoteó con alegría cuando vio a sus hijas.

—¡Estáis magníficas! Muy bien. Ahora voy a ir a ocupar mi asiento, lo cual será la señal para que los encargados de recibir a los invitados les indiquen los suyos. Rose y Daisy, iréis detrás de mí; después, Rick. ¿Dónde está vuestro padre?

—Aquí, cariño —Rick salió corriendo de su despacho mientras se metía varios papeles en el bolsillo—. No te preocupes —añadió guiñando un ojo a Violet—. No he mencionado aquella vez que te caíste en el estanque de la terraza de aquel hotel cuando estábamos de gira por Europa.

—Muy bien —respondió su hija, poco convencida.

—Vamos —dijo Sherry atrayendo la atención de todos los presentes—. Voy a salir. Rose y Daisy, estad preparadas para seguirme.

La comitiva nupcial se desarrolló a la perfección. Cuando su padre la tomó del brazo y salieron por la puerta principal del hogar de su infancia, Violet respiró hondo y siguió a su familia al claro situado detrás de los árboles donde habían colocado las sillas para la

ceremonia. No habría muchos invitados, a pesar de los intentos de Sherry, pero tampoco los pocos que Violet había querido desde el principio.

No le daba miedo compartir su felicidad, dejar que otros vieran que su vida tomaba una nueva y emocionante dirección. Ya no se escondía.

Al llegar donde estaba Tom, él se volvió como si hubiera presentido su presencia, y ella sonrió al verlo vestido de traje, esperándola.

—¿Estás preparada, cariño? —preguntó Rick mientras el cuarteto de cuerda comenzaba a tocar.

—¿Cómo no voy a estarlo? —susurró ella—. Al fin y al cabo, cuando lo sabes, lo sabes.

Fin